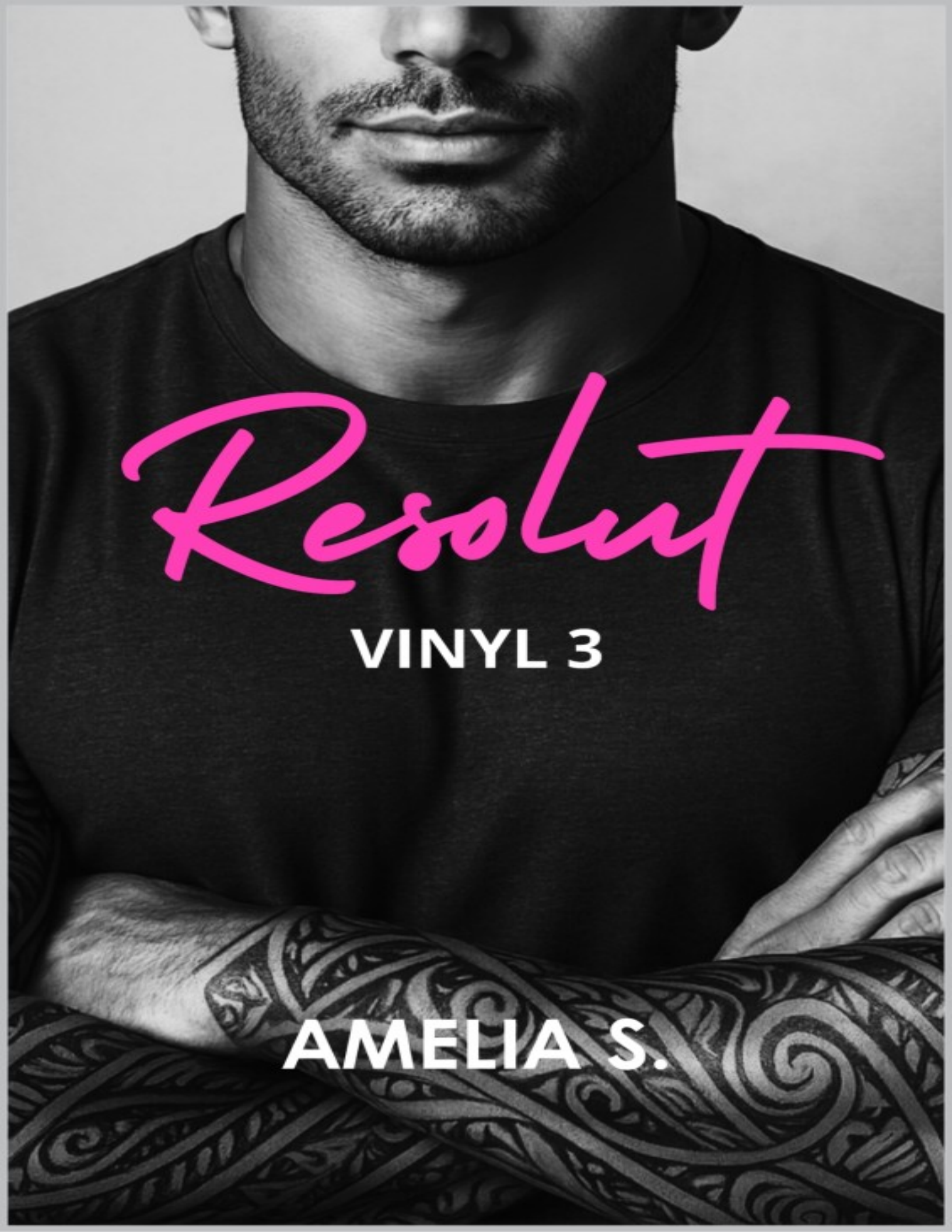

Resolut
VINYL 3
AMELIA S.

Resolut

Saga Vinyl

Amelia S.





Derechos de autor © 2025 Amelia S.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente, transformada, almacenada o transmitida por ningún sistema o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
Cualquier uso no autorizado será perseguido civil y/o penalmente.

Obra de ficción: los nombres, personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.
Marcas: los nombres comerciales y marcas citados pertenecen a sus respectivos titulares.

ISBN: 9798267445276

Diseño de la portada: Amelia S.
Editorial: Publicación independiente
Impreso en España

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
PRÓLOGO
CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
EPÍLOGO
¡Gracias por llegar hasta aquí!
Acerca del autor
Libros de este autor

DEDICATORIA

A todas esas mujeres que han sacrificado su propia existencia por el cuidado de los demás. A las que se mantuvieron firmes cuanado nadie les agradecía lo que hacían. Y a las que por fin fueron libres de vivir su vida como quisieron.

PRÓLOGO

Landon

15 años antes

La lluvia golpeaba los cristales con una constancia que a Lan le resultaba familiar. Como si el cielo también supiera que en esa casa no pasaban cosas buenas.

Estaba sentado en el suelo del cuarto que compartía con Ash y Max, las piernas cruzadas, la espalda apoyada contra la pared. Tenía diez años, pero ya no lloraba por nada. Ni siquiera por la niña nueva, la que había llegado hacía una semana y a la que todos evitaban mirar. Él la había oído. Cuando los gritos cesaban, los sollozos seguían flotando por el pasillo como un fantasma.

Ash estaba junto a la ventana, los brazos cruzados, la mandíbula apretada. Max se había quedado dormido en la cama de arriba con la ropa puesta, agotado después de la bronca que había tenido con los hijos mayores de sus padres de acogida, así como el posterior castigo impuesto. Los dos matones eran los únicos hijos biológicos, dos de ocho en total. Eran los únicos que no sufrían castigos, ni hambre, ni frío. Al contrario, en los últimos dos años esos cabrones habían empezado a ejecutar los castigos de sus queridos papis. En una ocasión habían acorralado a Lan en el pasillo que llevaba a la habitación de la colada, sabía que no era bueno y normalmente era más cuidadoso, pero se había despistado y lo pillaron solo. Por suerte Max apareció, se enfrentó a ellos y tomó el castigo que le tenían preparado, Max no habló durante dos días después de eso.

La ventana se abrió sin ruido y Lan se incorporó. Ash se apartó ligeramente de dónde estaba apoyado y dejó pasar a Dominic. Este entró con la chaqueta empapada y un *tupper* de comida envuelto en un trapo.

—¿Tenéis hambre? —susurró Dom. Hacía poco más de un año que había cumplido la mayoría de edad, y esos cabrones lo habían echado a la calle como a un perro. Por suerte Dom tenía un plan desde antes y con él fuera podían conseguir pequeños "lujos". Por ejemplo, más de una comida caliente al día.

Lan asintió de inmediato. Ash no se movió, pero su ceño se relajó.

Dom dejó el *tupper* en el suelo, se agachó y le revolvió el pelo a Lan. Había conseguido un trabajo en un bar de mala muerte, vivía en una habitación alquilada y dormía poco. Pero siempre volvía. Siempre.

—¿Cómo ha ido hoy? —preguntó mirando a Ash.

—Lo de siempre —contestó este sin mirarlo—. Pero a la niña la han encerrado en el cuarto del fondo. No ha comido nada desde ayer a mediodía.

Dom tragó saliva. Sus ojos se oscurecieron. Lan lo miró fijamente. Leía cada gesto de su hermano como si fuera un libro abierto, era una de las pocas cosas que le hacían sentirse seguro. Ese entendimiento mudo, sin necesidad de palabras.

—Ya casi tengo lo suficiente —dijo Dom, bajo—. Otro mes, dos como mucho, y podré sacarte. A ti primero, Lan. Después iremos por ellos. Lo tengo todo arreglado con Tonya, la nueva trabajadora social. Ella sospecha lo que está pasando aquí. Me ayudará para tener tu custodia lo antes posible.

Lan bajó la cabeza. El nudo en la garganta amenazaba con asfixiarlo, eso era todo lo que sentía desde que Dom había tenido que irse de la casa. Pero la furia estaba ganando posiciones en su interior, creciendo de forma que también amenazaba con ahogarlo o explotar como un volcán. Tenía diez años y ya sabía lo que era odiar.

—¿Y la niña? —preguntó Lan.

—No podemos con todos —murmuró Ash. Pero su voz tembló, a él le gustaba menos aun todo aquello.

—Podemos con nosotros —replicó Max desde la cama, medio dormido, Lan no quería ni imaginar lo que le habían hecho los hermanitos diabólicos —. Y eso ya es más de lo que tiene nadie.

Dom se pasó una mano por el rostro, agotado, pero con los ojos encendidos.

—Escuchad. Vamos a salir de aquí. No solo tú, Lan. Todos. No importa cuánto tiempo tarde. Yo trabajaré, conseguiré un piso, aprenderé a llevar negocios. Max hará lo suyo con su instinto, Ash con su cabeza fría, tú con tu brillante cerebro. Vamos a construir algo. Un sitio donde nadie vuelva a tocarnos. Nadie.

Lan lo miró con una intensidad que no parecía propia de su edad.

—¿Y si intentan separarnos? —preguntó.

Ash se giró por fin. Max bajó de la litera.

—Que lo intenten —dijo Max.

—Les romperemos los dientes —añadió Ash, sin una pizca de ironía.

Dom sonrió por primera vez.

—Vamos a ser una familia. Una familia elegida. Una de verdad. La única que importa.

Lan asintió. Sintió que algo se fijaba dentro de él. Una promesa y una esperanza. No importaba lo que pasara, cuántos castigos tenían que soportar ni lo que costara salir de ese infierno. Solo tenía que mantenerse firme. Y algún día, sería tan fuerte que nadie podría tocar a los suyos.

△△△

Sienna

3 años antes

La cerradura cedió con un *clic* suave y Sienna empujó la puerta con la mochila colgando de un solo hombro, la bufanda deshecha y el portátil apretado contra el pecho. Estaba empapada. La lluvia de Chicago era implacable en noviembre.

Dejó las llaves en el cuenco de cerámica azul junto a la entrada y se descalzó, sintiendo el calor de la casa abrazarla. La casa de su madre. La única constante que le quedaba de lo que fue una infancia segura y feliz. Colgó su chaqueta goteante junto a la puerta de entrada y con el portátil pegado a su costado se dirigió a la cocina. Aprovecharía esa calma para hacerse un tentempié.

La casa estaba inusualmente silenciosa, parecía que no había nadie en casa a esa hora. Normalmente Rory tenía música puesta o estaba hablando solo, concentrado, frente a uno de sus cuadernos de dibujo o uno de sus lienzos.

Entró sin hacer ruido y lo vio.

Su hermano pequeño estaba sentado a la mesa redonda, el pelo rojizo revuelto, con los puños apretados sobre la madera, la espalda rígida y el rostro mucho más pálido de lo normal. Frente a él, una hoja de papel doblada.

—¿Rory? —llamó Sienna con cautela. Algo pasaba. Algo gordo.

Él alzó la vista. Sus ojos, esos ojos dulces de niño herido que ella recordaba tras la muerte de su madre, estaban enrojecidos por una furia desbordante.

—Se ha ido —escupió.

Sienna parpadeó confundida.

—¿Quién?

Rory señaló con el mentón la nota. No la miró. No la tocó. Sienna la tomó con manos temblorosas y la desdobló.

"Rory, ya eres mayor. Ya no tengo ninguna obligación. Me voy a Las Vegas. Si me va bien, quizás escriba. He cogido todo el

dinero. No me odies. Tu padre."

Sintió que el suelo cedía. Como si la casa entera se inclinara hacia un abismo. "*Rory*", no "*Rory y Sienna*". Que su padre la ignorara era algo normal para ella, pero que ni siquiera añadiera su nombre a la nota de despedida impactó en el centro del pecho de Sienna como una bala.

—¿Cuánto se ha llevado? —preguntó, aunque ya lo sospechaba.

—Todo. La cuenta conjunta de gastos. Los ahorros de mamá. Incluso lo que tenías guardado para la matrícula de la universidad del próximo semestre.

Rory se levantó de golpe. La silla chirrió. Su cuerpo alto, aún desgarbado, vibraba de tensión.

—¿Sabes lo peor? —dijo, con la voz rota—. Que no me sorprende. Solo me jode que lo haya hecho así. Como si ni siquiera fuéramos lo suficientemente importantes como para hablarnos a la cara.

Rory le arrebató la nota que Sienna aun sostenía con los dedos temblorosos. La lanzó al cubo de basura con furia. El papel chocó contra los bordes y cayó dentro sin dignidad.

—Voy a salir.

—Rory, espera— Sienna sabía que eso no era bueno, su hermano había empezado a salir con una pandilla, no sabía hasta que punto eran conflictivos o hacían cosas ilegales, pero sí que sabía que no era nada bueno y ahora con todo aquello, era la tormenta perfecta de mierda.

—No.

Ella dio un paso, pero él ya estaba en la puerta.

—No soy mamá, Rory —susurró Sienna angustiada—. No puedo protegerte de todo.

Él no respondió. Cerró la puerta con un portazo que retumbó en los cimientos.

Sienna se quedó en la cocina. El silencio volvió a caer como un manto. Era pesado, devastador.

Respiró hondo.

Un, dos, tres.

Apoyó su portátil en la mesa con calma y precisión, necesitando algo de control. Tenía 20 años. No tenía trabajo. No tenía ahorros. Su carrera universitaria pendía de un hilo. Y su hermano, el único ser humano que le quedaba, estaba cayendo en un pozo sin fondo.

Afuera, la lluvia no paraba.

Se sentó donde antes estaba Rory. Cruzó los brazos sobre la mesa. Apoyó la frente. Y por primera vez desde que era niña, deseó que alguien viniera a salvarla. Era algo parecido a lo que sintió cuando su madre exhaló su última respiración, cuando Sienna vio como cerraba los ojos para siempre. Pero hora no había nadie, nadie en quién confiar, nadie en quién apoyarse.

Solo tenía que mantenerse firme. Aunque se rompiera por dentro. Algún día, recuperaría la esperanza y el control. Pero ahora… ahora solo quedaba resistir.

CAPITULO 1

El sol de la tarde acariciaba las copas de los árboles con una luz dorada y serena, el tipo de luz que parecía no pertenecer a ninguna ciudad, solo a los lugares donde la vida era segura, hermosa… estable. Sienna tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los pies enterrados en el césped recortado del jardín trasero de Max y Tess. La nueva casa era perfecta, incluso más de lo que había imaginado cuando Tess se lo describió por mensaje: madera clara, amplias cristaleras, vistas al lago, y un porche que parecía sacado de una postal. A solo veinte minutos de la suya. Veinte minutos que a veces le parecían un abismo.

Había dejado a Rory con la nueva cuidadora que Ash le había conseguido. La mujer era dulce, paciente, formada en salud mental. Sienna sabía que podía confiar en ella… y sin embargo, no lograba relajarse del todo. Cada minuto que pasaba lejos de Rory, una parte de ella contaba los segundos hasta volver. Aun así se había puesto su mejor atuendo, un vestido mostaza por debajo de la rodilla, ajustado con falda lápiz y un corpiño que se ajustaba a la perfección sobre su pecho, dejando poco a la imaginación. Era elegante, sofisticado, pero sin ser exagerado. Perfecto para la boda de Max y Tess. Se había recogido su larga melena rojiza en una trenza suelta que caía a un lado de su cuello y el maquillaje era mínimo, lo justo para destacar sus ojos grises. Se sentía bonita, arreglada y elegante. Pero ahora mismo, no podía moverse.

Porque al otro lado del jardín, *él* estaba sonriendo.

Landon.

Apoyado con descarada naturalidad en una de las columnas del porche, una cerveza en la mano, su camisa negra remangada dejando ver los tatuajes de los antebrazos musculosos, el pelo negro espeso peinado a la perfección de esa forma sexy "sin esfuerzo" que le encantaba, los ojos claros encendidos y el brillo de su risa iluminando el rostro moreno mientras charlaba con tres mujeres —enfermeras del Chicago Mercy, lo sabía porque las había visto con Ivy más de una vez— que lo rodeaban como polillas a una llama. Todas reían. Todas se inclinaban hacia él. Una le tocó el brazo al decir algo; él no la apartó.

Sienna sintió una punzada aguda justo debajo de las costillas.

Sabía que no tenía derecho a sentir celos. No había ningún compromiso, ninguna promesa. No había *nada*. Y sin embargo… Lan no era cualquiera. Era el hombre que se había sentado a su lado durante tres horas sin decir una palabra cuando su hermano había tenido uno de sus episodios más violentos. El que había traído comida caliente al hospital sin preguntar. El que se quedó dormido en el suelo de su pasillo solo para que no estuviera sola esa noche.

Aun así, lo miraba desde lejos. Siempre desde lejos.

—¿Vas a seguir observándolo como si fuera un cuadro en el museo, o vas a hacer algo? —dijo una voz suave a su lado.

Sienna parpadeó y se giró. Brynn sonreía con calidez, su vientre redondeado bajo un vestido vaporoso con un estampado de flores que se movía suavemente con la brisa. Tenía el cabello recogido a un lado con una horquilla de hojas doradas y los ojos tranquilos, llenos de esa ternura serena que solo parecía habitar en quienes habían atravesado el caos y lo habían hecho suyo.

—No estoy… —Sienna comenzó, luego se corrigió—. Solo estaba mirando.

—Claro —replicó Brynn con una media sonrisa, divertida—. Igual que yo solo me como la ensalada cuando hay brownies sobre la mesa. Venga, Sienna, *todas* te hemos visto mirarlo. Cada vez que Lan entra

en una habitación, tus ojos lo siguen como si fueran un imán. Y, cariño… él también te mira a ti.

Sienna bajó la mirada, azorada.

—No puedo, Brynn. No con todo lo que tengo encima. Rory es… Mi vida no es como la vuestra. No tengo tiempo para juegos o para enamorarme.

Brynn se inclinó ligeramente hacia ella, sin perder la sonrisa.

—¿Y quién ha dicho que enamorarte de Lan sería un juego? —preguntó con suavidad—. Ese chico lleva una vida entera construyendo redes para sostener a los demás. Y tú llevas años sosteniendo el mundo sobre tus hombros sin que nadie te sujete a ti. Igual es hora de dejar que alguien lo haga. Solo un poco. Compartir la carga.

Sienna la miró en silencio, con la garganta apretada. Quería creerlo. Quería pensar que el amor podía ser algo más que otra forma de herida o de dolor. Pero había tantas cosas que Lan no sabía, tantas cosas que Sienna no le había dicho. El miedo la tenía paralizada, porque si le confesaba todos sus secretos corría el riesgo de perderlo todo.

Brynn tocó su brazo con delicadeza.

—No hace falta que vayas corriendo. Solo… da un paso. Uno pequeño. No pienses en Rory. No pienses en lo que *deberías* hacer. Piensa en ti, hazlo por ti.

Sienna asintió sin responder. Al otro lado del jardín, Landon había terminado la conversación y se alejaba hacia una mesa de bebidas. Sin compañía.

Un paso.

Solo uno.

La música flotaba en el aire como un susurro cálido de primavera, mezclándose con el murmullo del lago y las risas suaves que salpicaban el jardín. Las luces colgadas entre los árboles se mecían

con la brisa, envolviendo la celebración en un resplandor casi mágico.

Sienna se acercó a la mesa con pasos ligeros, sin apresurarse. Landon estaba sentado solo, los dedos jugando distraídamente con la etiqueta de su botella, la mirada perdida en el baile.

Ella se sentó a su lado sin decir nada. No hacía falta. Durante un momento compartieron el silencio. Sienna detectó el momento en que Lan se dio cuenta de su presencia, Lan enderezó sutilmente los hombros y tensó la mandíbula.

Frente a ellos, Tess y Max bailaban. No había nada ostentoso en su forma de moverse, solo una conexión tan íntima y perfecta que parecía formar un universo cerrado sobre ellos. En un rincón, Parker —el pequeño terremoto de alegría— tiraba de Brynn para que bailara con él, y Brynn reía mientras Dominic la miraba con una devoción imposible de disimular.

En otro extremo del jardín, Ash tenía a Ivy atrapada entre sus brazos, besándola como si aún no pudiera creerse que fuera suya. Ivy le sonreía con esa alegría luminosa que atraía a todos.

Landon suspiró muy bajo. Sienna lo miró de soslayo. Le fascinaba lo que decía sin hablar.

Él la miró entonces.

Y el mundo, por un instante, pareció detenerse.

No dijo nada. No lo necesitaba.

Pero Sienna sí.

—Gracias por venir al hospital hace dos semanas —dijo por fin, su voz un poco más baja de lo que pretendía—. No te lo dije entonces. Me ayudaste más de lo que sabes.

Lan desvió la vista un instante. Cuando la levantó, sus ojos claros estaban fijos en los de ella.

—No hace falta que me des las gracias. Siempre iré si me necesitas. Solo tienes que pedírmelo.

Ella tragó saliva, sintiendo que tenía una piedra en la garganta.

—Y… siento no haberte contado lo de Rory —añadió en voz más baja —. Fue Ash quien te lo dijo, ¿verdad?

Lan asintió despacio, sin rastro de juicio.

—Sí. Pero deberías haber sido tú. Puedes contarme cualquier cosa, Sienna. Soy bueno escuchando. Y… suelo encontrar soluciones. O al menos, lo intento.

Sienna lo miró con una mezcla de anhelo y miedo. Él no sabía. No sabía quién era *ella* realmente. No sabía que era *Nocturna*. La mujer que había metido las manos en los servidores de medio Chicago, la que había desenmascarado a Elise y a Peter. La que había descubierto el plan de Coral, la madre de Ivy. Lan no sabía que era a ella a quién recurría cuando había necesitado salvar a su familia.

Sienna tenía miedo. Ninguna novedad en su vida. Era así como se sentía desde el momento en que murió su madre cuando era una niña.

Tenía miedo de que, si se lo decía, Lan no lo entendiera. O peor aún, que se sintiera traicionado por no haber confiado en él antes. Y si perdía a Lan… perdería lo único que de verdad deseaba para ella misma.

Entonces sonó su móvil.

Vibró una vez, luego otra.

Sienna miró la pantalla. La cuidadora. Respondió de inmediato.

—¿Ha pasado algo?

Una pausa breve, profesional.

—Nada grave —dijo la mujer al otro lado—. Rory ha tenido una pequeña crisis, ya ha pasado, pero ha preguntado varias veces por ti. Está tranquilo, pero creo que sería bueno que volvieras cuando puedas.

—Estoy en camino —respondió Sienna, poniéndose de pie con agilidad.

Lan la observó recolocarse el pelo, meter el móvil en el bolsillo oculto de su vestido y caminar hacia la salida con ese paso ligero

que ocultaba su constante estado de alerta.

No lo miró al irse, ni se despidió.

Pero él no apartó la mirada.

No hasta que la vio desaparecer entre los árboles iluminados.

Y entonces, por primera vez en toda la noche, Landon Vance supo exactamente lo que quería.

Y tenía nombre.

Y se llamaba *Sienna*.

ΔΔΔ

La puerta del ático se cerró con un suave *clic* tras Landon, y el silencio del apartamento lo envolvió como una manta pesada. Dejó las llaves sobre la encimera de cemento pulido y se quitó la chaqueta con movimientos mecánicos, aún con la imagen de Sienna alejándose entre los árboles anclada en la mente.

Encendió las luces del *loft*. El espacio, amplio y diáfano, estaba bañado en luces cálidas que contrastaban con el acero y el ladrillo expuesto. Pantallas, servidores y ordenadores de última generación ocupaban una gran mesa de trabajo junto a la pared de cristal. Desde ahí se veían los tejados del centro de Chicago, con sus luces parpadeantes y su ruido lejano.

Pero dentro, todo estaba quieto.

"Como yo, supongo" pensó con amargura mientras se servía una cerveza y se dejaba caer en el sofá. Se frotó los ojos. No era su estilo quedarse enganchado con alguien sin saber qué pasaba… pero con Sienna, todo era distinto. La deseaba. Le importaba. Y al mismo tiempo, era como intentar tocar la superficie de un lago helado sin romperlo. Parecía frágil y sabía que estaba pasando por mucho, tenía responsabilidades con el cuidado de su hermano. Aun así, Lan no podía evitar pensar que había más detrás de Sienna, era un misterio para él. Quizá por eso se estaba volviendo tan loco por ella.

Un *ping* sutil interrumpió sus pensamientos. Una notificación en la pantalla secundaria.

Mensaje entrante de: Nocturna.

Lan sonrió. La *hacker* más escurridiza de Chicago. Su aliada en la sombra. Habían colaborado en más de una ocasión, aunque él aún no sabía quién era realmente. *Nocturna* nunca se mostraba, nunca se equivocaba, y nunca hablaba más de lo necesario. Otro jodido misterio.

Excepto esa noche.

Nocturna:
¿Has visto lo del *hackeo* al Pentágono? Han puesto los servidores en modo loro. Literalmente. Repiten en bucle frases de dibujos animados. Glorioso.

Lan dejó escapar una risa seca, por primera vez en toda la noche.

Lan:
Sí, lo vi hace una hora. Me estaba preguntando si habías tenido algo que ver.

Nocturna:
¿Y arriesgarme con algo tan obvio? Por favor. Dales una semana y descubrirán que fue un chaval de catorce años con WiFi prestado.

Lan:
Dudo que tuviera tanto estilo. ¿Cómo estás?

Nocturna:
Mmm. Filosófica. Pensando en cuántas veces un gobierno puede ser *hackeado* antes de admitir que necesita una *Nocturna* en plantilla.

Lan:
Te haría un despacho con vistas al lago si aceptaras. Aunque creo que prefieres la oscuridad de tus sótanos.

Nocturna:
Depende de quién esté al otro lado del escritorio.

Lan se recostó más en el sofá, su sonrisa haciéndose más franca. Durante las dos horas siguientes, charlaron. Saltaron de

vulnerabilidades recientes en sistemas de seguridad a los fallos de diseño en las nuevas aplicaciones de trazabilidad, luego a teorías absurdas sobre cómo podrían *hackear* la red de transporte de Chicago para que todos los semáforos dijeran "hola" al pasar.

Ella era brillante, aguda, rápida. Y tenía un sentido del humor que lo desarmaba. Cuando al fin se despidieron, era cerca de las tres de la mañana.

Nocturna:

Buenas noches, Lan. No sueñes con sistemas cifrados… sueña conmigo.

Lan se quedó mirando la pantalla, con el cursor parpadeando. No contestó de inmediato. Solo apagó el monitor, se levantó y caminó hacia el dormitorio.

Se dejó caer sobre la cama sin cambiarse de ropa. La ciudad vibraba más allá de los ventanales, pero dentro de él solo había confusión.

¿Y si Sienna nunca lo miraba como él la miraba a ella?

¿Y si todo lo que sentía por Nocturna —esa conexión, esa química— no era solo fascinación digital?

Rodó sobre el colchón, pasándose una mano por el rostro.

No había besado a Sienna. Apenas la había rozado.

Pero ya no podía pensar en nadie más.

Y sin embargo… cuando pensaba en *Nocturna*, también sonreía. Le gustaba esa conexión, poder hablar el mismo idioma con alguien, tener tantas cosas en común.

Cerró los ojos, sintiendo que, por primera vez en años, su lógica perfecta no podía resolver lo más simple:

Los ojos y el carácter dulce de Sienna lo tenían embrujado, pero era el sentido del humor y la personalidad de *Nocturna* lo que de verdad le gustaba en una mujer.

ΔΔΔ

La luz azulada del monitor fue lo último en desaparecer en el ático de la casa de Sienna antes de que reinara el silencio. Cerró el portátil con suavidad, como si cualquier ruido pudiera alterar la intimidad de aquel momento.

Apagó las luces, se quitó los auriculares, y bajó lentamente las escaleras que conectaban el ático con el resto de la casa. Sus pasos eran ligeros, pero felices.

Al llegar al dormitorio, todo estaba en calma. Rory dormía en la habitación contigua, y la cuidadora había dejado una nota amable sobre la mesa, informando sobre la medicación y actividades que había hecho esa tarde. Cuando se había ido al llegar Sienna, le había detallado la pequeña crisis y asegurando que lo había dejado tranquilo en la cama.

Se quitó el vestido que había llevado a la boda con movimientos lentos, casi distraídos, y se puso su pijama de algodón —una camiseta ancha y unos pantalones cómodos— como si eso pudiera devolverle la normalidad. Pero nada se sentía normal esta noche.

Se metió en la cama, encendió la pequeña luz de la mesilla y se acomodó de lado, abrazando la almohada. El silencio era absoluto, salvo por el zumbido lejano de los ventiladores de sus servidores en el ático.

Pensaba en Lan.

En su voz pausada y grave, su risa contenida, esa forma en la que decía su nombre como si supiera exactamente lo que le hacía sentir. Y también pensaba en su sonrisa, esa media sonrisa que aparecía de lado, cuando algo le divertía de verdad, esa que se moría por ver cada vez que aparecía en *Velvet*.

Porque no era la primera vez que hablaban así. Como *Nocturna*, Sienna le había escrito muchas veces. Pero esta noche era distinta, por primera vez se había atrevido a coquetear con él. Solo un poco. Un guiño disfrazado de broma, una frase con doble sentido.

Y él había respondido. Y le había seguido el juego.

Eso la hacía sentirse... mezquina.

Él confía en ti. Cree que eres dos personas distintas. Y tú lo alimentas. Te escondes detrás de una máscara mientras te haces su amiga. Mientras te acercas más de lo que te atreves cuando estás frente a él.

Y era cierto. Cuando lo tenía delante, todo se volvía más difícil. Su lengua se enredaba, su mirada huía, su corazón latía tan fuerte que temía que él pudiera oírlo. Era incapaz de decirle lo que sentía. De decirle quién era. Y sin embargo, desde la seguridad de sus teclas y su red cifrada, podía hacerle reír. Hacerle pensar. Conectar.

¿Quién era la mujer real? ¿La Sienna reservada y dulce de Velvet o la aguda y atrevida hacker llamada *Nocturna*? Sienna sabía que ambas eran reales, ambas eran facetas de ella misma, era una persona reservada, no sabía gestionar del todo bien las emociones, pero en el terreno informático era segura, se sentía libre y era de las mejores. Todo eso la hacía Sienna Maddox. Solo que para Lan eran dos personas diferentes.

Apagó la luz, cerró los ojos, y la oscuridad la envolvió.

La imagen de Lan volvió a su mente: su sonrisa torcida, el brillo de sus ojos, la forma en la que la miraba cuando creía que ella no lo notaba.

Suspiró, apenas un susurro.

Algún día, pensó, tendré el valor de decirle que Nocturna soy yo.

Y con esa idea —mitad esperanza, mitad miedo— se dejó llevar por el sueño.

CAPITULO 2

La mañana del martes siguiente, el comedor principal de Velvet aún estaba en penumbra, la luz cálida de la primavera filtrándose por los ventanales, proyectando sombras suaves sobre las mesas pulidas. Olía a madera encerada, café recién hecho y al murmullo de los preparativos antes del servicio.

Sienna estaba de pie junto a la barra, su *tablet* en mano, revisando las reservas mientras el personal se reunía en torno a Ash. Llevaba el uniforme negro reglamentario, pero con la camisa remangada y un lápiz tras la oreja, como siempre que asumía el mando. Y lo hacía con naturalidad. Desde que Ash la había ascendido a encargada del local, todo parecía fluir mejor. Más preciso. Más rápido. Menos fallos.

La reunión de personal estaba centrada en un tema delicado: la despedida de soltero del viernes por la noche.

—La sala privada ya está reservada —anunció Ash, su voz grave y directa—. Serán entre quince y veinte personas. Todos hombres. El novio es el hijo de Marcus Halstead.

Sienna alzó la vista del dispositivo, justo al mismo tiempo que Lan entraba por la puerta lateral, con su habitual energía silenciosa, con vaqueros, camiseta y sudadera negra.

Sus miradas se cruzaron. Apenas unos segundos, pero suficientes para que a Sienna le empezaran a sudar las manos y se le erizara el vello de la nuca con un escalofrío. Lan se mantuvo a cierta distancia al principio, dudando.

—No me gusta este tipo de eventos —gruñó Ash, interrumpiendo el momento flotante entre ellos—. Demasiado alcohol. Demasiado ego.

Y demasiadas oportunidades para que todo se desmadre. Esos niños ricos son intratables de normal, bebidos son nuestro peor dolor de cabeza.

—Pero no podemos rechazarlos —añadió Sienna, con la vista fija en la *tablet* de nuevo—. Halstead es un cliente importante. Si dijéramos que no, podría traeros problemas.

Finalmente, Lan se acomodó junto a ella, como si fuera casual. Miró la pantalla, luego a su cuello. Sienna sintió el calor recorrerle la nuca. Otro escalofrío.

—¿Hay confirmación de los invitados? —preguntó él, con la voz más baja que la del resto. Solo para ella.

Sienna asintió, enseñándole la lista. Él no miró los nombres. La miró a ella.

—Esta semana voy a reforzar el equipo de seguridad. El viernes no será un problema.

Ash los observaba de soslayo mientras el resto del personal asentía a sus instrucciones. Sabía lo que estaba ocurriendo entre su hermano y la chica más reservada de todo *Velvet*. Lo había previsto desde el primer momento. Y, aunque no lo admitiría nunca en voz alta, lo aprobaba. Porque Sienna era exactamente lo que Lan necesitaba: alguien que no se dejaba deslumbrar, con los pies en la tierra, reservada pero dulce y gentil.

—Quiero a Landon controlando las cámaras del exterior —añadió Ash—. Y a Sienna gestionando cualquier cambio en el sistema de reservas en tiempo real. Nada de sorpresas.

—Lo tengo —respondió ella, sin apartarse un centímetro de Lan. Esa cercanía casual la tenía en tensión, pero también le encantaba, le llegaba un sutil aroma de Lan a colada recién hecha y Aftershave que le encantaba. Era un olor que la reconfortaba y la ponía nerviosa a partes iguales. Quería lanzarse hacía él y dejar que ese olor la rodeara por completo.

Él sonrió apenas. Apenas. Pero ella lo notó. Como notaba todo lo que hacía.

Cuando la reunión terminó, el personal comenzó a dispersarse, y Ash se retiró a su despacho. Landon no se había movido. Seguía junto a la barra, observando a Sienna con una calma engañosa. Ella, por su parte, fingía revisar la agenda del día, deslizando el dedo por la pantalla con una precisión milimétrica, ocultando su nerviosismo.

Ambos parecían querer decir algo, pero ninguno sabía como empezar a hablar. Sienna se sentía torpe y Lan parecía algo incómodo.

Sienna sabía que había demasiadas palabras no dichas entre ellos. Demasiadas cosas compartidas a través de esa red cifrada que solo *Nocturna* y Lan conocían. Secretos. Confesiones. Vulnerabilidades. No cosas que se dicen a cualquiera. Eran cosas que se dicen a alguien que importa.

Sienna sintió un nudo en el estómago. El impulso de hablarle, de decirle la verdad, era tan fuerte como el miedo a lo que ocurriría después.

Porque él confiaba en *Nocturna*. Confiaba de verdad.

Sienna le había mentido. O peor: había dejado que creyera que *Nocturna* y Sienna eran dos realidades distintas. Dos mujeres que coexistían. Cuando en realidad, solo había una. Una que lo deseaba más de lo que debería.

—¿Estás bien? —preguntó Lan, rompiendo al fin el silencio.

Sienna levantó la cabeza, fingiendo naturalidad.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pareces... lejos. —Lan dio un paso hacia ella—. Y tú nunca estás lejos. Estás dos movimientos por delante. Siempre.

Sienna tragó saliva. Lan no sabía lo certeras que eran esas palabras en realidad. Bajó la vista al terminal. Las reservas estaban perfectas. El sistema, actualizado. Las mesas, asignadas.

Pero no podía mirarle. Esa situación le estaba comiendo por dentro, no le gustaba mentir, siempre lo había odiado. Pero ahora no sabía como decir la verdad y sacar todo a la luz.

—Tengo trabajo —dijo de pronto, con un tono más brusco de lo que pretendía—. Tengo que revisar los pedidos de bebidas para el viernes. Aún no tenemos confirmación del proveedor.

Lan frunció levemente el ceño. No se movió.

—Eso puede hacerlo Julie.

—No como yo.

—¿Es eso una excusa para evitar estar a solas conmigo?

La pregunta directa y clara de Lan tomó a Sienna por sorpresa. Sienna alzó la vista. Y por un instante, toda la fachada se tambaleó.

—No... es solo trabajo —susurró, sabiendo que mentía.

Lan dio otro paso. Ya estaban demasiado cerca. Ella podía oler su perfume discreto, el calor de su piel. Podía ver cómo los ojos de él la escaneaban, intentando descifrar algo que no sabía que debía buscar.

—Sienna —dijo, en voz baja—. ¿Me ocultas algo? ¿Te puedo ayudar en algo?

Ella sintió el corazón golpeándole el pecho. Quiso decirlo. Quiso, de verdad.

Pero la imagen de él alejándose, retrocediendo, rompiendo esa conexión secreta que habían construido cada noche...

Le paralizó la lengua.

—Nada importante, solo cosas de casa —dijo al fin, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Lan se quedó inmóvil. Sus pupilas se dilataron apenas. Era un gesto minúsculo, pero Sienna lo conocía ya.

—Claro, perdona por insistir —sonaba decepcionado.

Sienna no sabía si con ella, con la situación o con él mismo por insistir.

Ella apartó la mirada.

—No pasa nada. Gracias por preocuparte.

Y antes de que él pudiera decir algo más, se giró.

—Necesito revisar la cámara frigorífica antes de que lleguen los proveedores. Hablamos luego, Landon.

Y se fue. Paso firme, espalda erguida. Como si no estuviera huyendo. Como si no le estuviera destrozando por dentro dejarlo ahí.

ΔΔΔ

Landon se quedó solo.

Apoyó ambas manos en la barra y bajó la cabeza, exhalando largo.

No entendía qué demonios acababa de pasar.

O sí lo entendía. Y eso era lo que más le jodía.

Sienna se estaba alejando. Por decisión propia.

Y él no era idiota: cuando alguien huía así, no era por falta de interés. Era por miedo. A él. O a lo que había entre los dos.

Pero Lan no tenía miedo. Se había dado cuenta de algo. Esa mujer escondía algo. Algo grande. Y estaba empezando a cabrearlo el no saberlo.

ΔΔΔ

El viernes llegó con la lentitud de una tortura.

Sienna había sentido cada minuto de los últimos días como si el tiempo se burlara de ella. Desde que huyó de Landon con la excusa del trabajo, algo se había fracturado. Él no había insistido. No la había perseguido. Pero tampoco se había alejado del todo.

El silencio entre ellos era distinto ahora. Mucho más incómodo y mucho más difícil de romper. Como cuando peleas con alguien, pero al principio no quieres dar tu brazo a torcer y disculparte, y dejas pasar el tiempo, hasta el punto de que ambas partes dan todo por perdido y pierden el interés. Aunque duela.

Y esa noche, se añadía la tensión que se colaba entre cada pase, cada orden y cada revisión.

La sala privada de *Velvet* estaba impecable. Las luces tenues, el mobiliario reorganizado, el personal en sus puestos. Sienna lo había revisado todo con meticulosidad quirúrgica. A su lado, Julie ajustaba su delantal con un bufido de resignación.

—Nos han tocado los monos de feria —murmuró, sin ningún humor.

—No estás sola —le recordó Sienna, con tono firme—. Ni yo. Ni un segundo. Eder está con nosotras todo el tiempo. Y si pasa algo... Landon estará vigilando todo e intervendrá en un segundo.

Julie la miró con atención, notando esa forma extraña en que decía su nombre. Con algo de miedo. Y algo de anhelo.

ΔΔΔ

En el despacho del fondo, Landon revisaba por última vez el sistema de cámaras. Cada rincón de la sala privada estaba vigilado, incluida la entrada al pasillo que daba a los baños.

Había reconfigurado los ángulos, optimizado el *software* de detección facial y restringido las comunicaciones inalámbricas del grupo de invitados. Tenía identificados a dieciocho hombres, cuatro de ellos con antecedentes por altercados en espacios públicos.

No era paranoia.

Era previsión.

Y por alguna razón que no quería analizar, su nivel de alerta se disparaba si Sienna estaba expuesta.

—Si uno de esos imbéciles pone una mano donde no debe... —murmuró para sí, mientras ajustaba el *zoom* en la cámara del pasillo.

ΔΔΔ

A las nueve en punto, los invitados comenzaron a llegar.

Gritando. Riéndose. Empujándose entre ellos como adolescentes borrachos con demasiada testosterona y dinero. El novio era un tipo de esos de mandíbula estrecha y sonrisa de cocodrilo, llevaba ya dos copas de más. La mayoría estaban en el mismo estado. Algunos directamente bebían de botellas antes de entrar.

Ash los recibió con una expresión que era todo menos hospitalaria. Pero no podía echarlos. No aún. Esas situaciones le ponían en alerta, sabía que despistarse podía suponer un mal rato para alguien.

Sienna respiró hondo y asumió el control de la sala. Eder, el otro camarero con experiencia en eventos, se colocó entre la barra y las mesas. Julie se mantuvo en movimiento constante, esquivando manos que se creían con derecho a rozarla. Sienna se impuso con mirada fría y órdenes firmes. No dedicó ni una sonrisa de más. Prefería que creyeran que era antipática a ceder en lo más mínimo y que se tomaran libertades que eran claras líneas rojas.

—El protocolo de *Velvet* es claro: sin contacto físico, sin comentarios personales, sin escándalos. Cualquier cosa fuera de esa línea y se acaba la noche— informó Sienna de forma profesional.

Algunos rieron. Uno aplaudió. Otro dijo algo sobre "lo sexy que se ponía cuando daba órdenes".

Ella no respondió. Solo tomó nota mental de quién había hablado. Toda precaución era poca. Desvió un segundo la mirada a las cámaras. Le daba cierta tranquilidad saber que Lan estaría vigilante todo el tiempo.

Pero las dos horas siguientes fueron un infierno.

Gritos. Bromas sexuales. Intentos de traspasar los límites. Comentarios machistas y misóginos. Julie tuvo que apartar una mano de su espalda. Eder impidió que uno de ellos se subiera a la barra. Sienna mantuvo la compostura. Pero por dentro... hervía de furia. Había hecho una lista mental de los apellidos de todos esos imbéciles, todos eran de familias ricas o acomodadas y ese tipo de gente siempre guardaba secretos. *Nocturna* se encargaría de ellos.

En la pantalla del despacho, Landon lo veía todo. Ya se había levantado tres veces. La última vez, Ash le pidió que se quedara quieto.

—Dales cuerda —dijo el mayor de los Vaughn—. La justa para que se ahorquen solos. Solo necesito un poquito y todos tendrán la entrada prohibida a *Velvet* y *Vinyl*. De por vida.

A las once y diez, ocurrió.

Sienna se había separado del grupo principal para revisar el *stock* de bebidas. Iba hacia el fondo del pasillo, en dirección al almacén, cuando escuchó pasos apresurados tras ella.

Se giró. Uno de los invitados —ojos vidriosos, camisa desabotonada, aliento a ginebra— le bloqueaba el paso.

—Eh, guapa... —dijo, con voz pastosa—. No deberías estar tan sola. A estas horas pasan cosas...

—Déjame pasar —ordenó ella, firme.

El tipo sonrió, ladeando la cabeza.

—Me gustas mandona. Apuesto a que te gusta que te dominen un poco, ¿eh?

Y entonces el idiota sobrepasó la línea roja.

Puso la mano sobre la pared en un intento de acorralarla. Era más alto que ella, intentaba presionarla con las caderas. Sienna levantó el brazo para bloquearlo. Alcanzó a retroceder medio paso. Pero el tipo no cedía.

—He dicho que te apartes. —dijo Sienna con firmeza.

—Vamos, no seas sosa...

Por el rabillo del ojo Siena vio movimiento, el borracho ajeno a todo lo demás. Y luego, un vendaval.

Landon apareció de golpe. Literalmente. Como una sombra lanzada al cuello de la amenaza.

Agarró al borracho por la espalda, lo estampó contra la pared con fuerza suficiente para dejarlo sin aire. El sonido del impacto fue seco

y brutal. Landon era mucho más alto y musculoso, pero la sobriedad le daba la ventaja suficiente como para reducir al imbécil sin apenas esfuerzo.

—¿Te ha tocado? —le preguntó a Sienna, con la mirada aun fija en el borracho.

Ella negó con la cabeza, temblando de rabia contenida.

Landon giró al tipo, lo empotró contra la pared de nuevo con un antebrazo en el cuello.

—Vuelves a acercarte a ella, y no sales andando de aquí —susurró.

El borracho balbuceó algo, pero nadie lo escuchó.

Ash apareció segundos después. Tranquilo. Letal y controlado. Su sola presencia congeló el aire. Su expresión daba miedo de verdad.

—Sácalo fuera —ordenó a Eder, que ya había llegado. Señaló al resto del grupo—. Y que todos sus amigos lo acompañen. Se acabó la fiesta.

—Pero ¿qué…? ¡No hemos hecho nada! —protestó uno de los acompañantes.

Ash lo miró fijamente.

—¿Quieres repetirlo fuera?

Nadie contestó.

Uno a uno, comenzaron a recoger sus cosas, protestando entre dientes.

Ash se volvió hacia Sienna.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella, pero no sonó demasiado segura.

Ash miró a Landon. Ambos sabían que eso no debía haber ocurrido, ese tipo de cosas era las que habían querido evitar.

Pero había ocurrido. Y justamente a Sienna, la persona a la que ambos querían proteger.

Cuando la sala quedó vacía, Sienna se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Solo entonces se dio cuenta de que estaba temblando. Pero no de miedo. La ira la tenía casi paralizada, dando vueltas en su pecho, intentando salir para arrasarlo todo. Pero también se sentía emocionada y un poco excitada. Porque la forma en que Lan la había defendido le daba esperanzas, daba alas a sus sueños y deseos. Pero sabía en el fondo de su alma, que si él supiera la verdad. Quizá no la miraría así nunca más.

Sienna no se resistió cuando Landon la tomó de la muñeca con suavidad y la guio hacia el despacho del fondo. No dijo nada. Ni él tampoco.

El pasillo parecía más largo de lo habitual, más silencioso. El eco de los pasos de ambos era lo único que rompía la calma tensa.

Cuando entraron en el despacho, Lan cerró la puerta con un *clic* seco. No con brusquedad. Solo con la firmeza suficiente.

El espacio olía a cuero, café y a él. Las pantallas encendidas lanzaban un resplandor tenue, azul y frío. La mesa estaba llena de esquemas de seguridad, notas y una taza medio vacía. Pero lo único que ella veía era a él.

Landon le soltó la muñeca y se apartó apenas. No la tocó más. Ni le pidió que hablara. Solo la miró. Como si necesitara confirmar que estaba entera. Que estaba bien.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó, por fin, con la voz más baja que un suspiro.

Sienna negó lentamente con la cabeza. La garganta cerrada. Las manos aun temblorosas de ira y algo más emocionante y visceral.

—Estoy bien —respondió al fin, la voz un poco temblorosa—. Me asusté, pero estoy bien.

Landon exhaló, largo. Luego cruzó la distancia que les separaba con dos pasos. Alzó una mano hasta su mejilla, la rozó con los dedos, apenas.

—No vuelvas a alejarte.

Sienna no entendió del todo la frase. Había algo más que Lan no estaba diciendo.

—Lo siento, no sabía que me seguiría —susurró, bajando la vista.

—Lo sé. No pareces de las que se pone en peligro estúpidamente. Sin embargo, los peligros están en todas partes y no siempre podré vigilarte —dijo, con un tono que hizo que ella levantara la mirada.

Estaba más cerca. Tan cerca que podía ver la tensión en su mandíbula, el deseo en sus pupilas, el impulso contenido. Y entonces, sin más palabras, Landon la besó.

No fue un beso dulce.

Fue urgente, profundo, cargado de todo lo que llevaban semanas y meses guardando.
Un choque de bocas, de necesidad, de fuego contenido demasiado tiempo.
Las manos de él en su cintura. Las de ella en su pecho. Las lenguas, el aliento, el temblor compartido. Todo colapsando en segundos.

Pero justo cuando él profundizó el beso, justo cuando ella sintió que el suelo se le deshacía bajo los pies, Sienna se apartó. Estaba abrumada.

Lan se quedó quieto. Respirando con dificultad. Viendo cómo los labios de ella, esos labios que lo enloquecían, aún brillaban con la humedad del beso.

—Lo siento —dijo entonces, con voz ronca—. No debería haberte besado. No después de lo que ha pasado. Estás alterada. Fue un error.

Sienna parpadeó.

¿Un error?

El calor del beso aún le quemaba en la piel. La presión de sus manos aún latía en su cintura. ¿Y ahora era un error?

—Ah —murmuró, bajando la mirada—. Claro.

—Sienna…

Pero ella ya no lo escuchaba.

Sentía cómo se deshacía algo dentro de su pecho. Una especie de nudo que, por fin, se aflojaba solo para apretarle la garganta. Él se había arrepentido. Sintió la vergüenza recorrerle el cuello hasta las mejillas, calentándola de humillación.

Lo miró una última vez. Los ojos llenos de algo difícil de descifrar. Empezaba a sentir las lágrimas quemarle la garganta. No podía ponerse a llorar frente a él como una tonta. Y entonces se giró y salió del despacho sin decir una sola palabra.

Landon no la detuvo. No porque no quisiera.

Sino porque no entendía qué acababa de pasar.

Y ese silencio, ese maldito silencio entre ellos, volvió a crecer.

Más grande que antes. Más infranqueable.

CAPITULO 3

Al entrar en su habitación tras el turno en Velvet, Sienna se dejó caer de espaldas sobre su cama, aún con la ropa puesta. El techo del pequeño dormitorio parpadeaba con la luz callejera que se colaba entre las persianas, creando sombras inestables que bailaban como sus pensamientos.
Tenía el pulso acelerado.

No por el café que había tomado al salir de *Velvet*. Ni por el miedo a volver a casa y encontrar a Rory en uno de sus episodios. No. Esta vez era distinto. Esta vez era por él.

Landon.

El recuerdo del beso en el despacho no la abandonaba. No había sido un beso planeado ni suave. Había sido crudo, urgente, como si él también estuviera cansado de esperar. Ella no se lo había esperado. Lan no besaba por impulso. Él analizaba, leía entre líneas, controlaba. Pero ese momento… había sido eléctrico. Y luego él se había arrepentido.

Sienna se giró hacia un lado, enterrando el rostro en la almohada mientras su cuerpo vibraba de deseo contenido. Aún podía sentir sus manos en la cintura, el roce de su barba en la mandíbula y su olor a colada recién hecha, le había gustado tanto que dolía.

Extendió una mano hacia la mesita de noche, tanteando a ciegas su teléfono. Lo desbloqueó, abrió la conversación de *Nocturna* con Lan. Ningún mensaje nuevo.

Sus dedos comenzaron a teclear por instinto:

"No dejo de pensar en…"

Borró la frase antes de terminarla. Había estado a punto de cagarla.

Lan ni siquiera sabe que la mujer a la que besó esta noche es la misma que con la que habla a través de una red cifrada.

Cerró los ojos con fuerza. La culpa le mordió las entrañas. Otra noche más. Otra vez ese peso en el pecho.

Landon confiaba en *Nocturna*. Admiraba a *Nocturna*. Había llegado a decir, en uno de esos audios irónicos que él grababa cuando no quería escribir, que *"la única mujer que no me da dolores de cabeza es una hacker invisible con nombre de superheroína y nula vida social"*.
Y Sienna se había reído. Como una idiota.

Lan merecía libertad. Una mujer que no tuviera que esconder quién era. Que no tuviera una mochila de dolor, cargas familiares y doble identidad.

Sienna dejó el móvil en la almohada, girándose de nuevo boca arriba. Se llevó las manos al rostro, respirando hondo.

Lo deseaba. Dios, cómo lo deseaba. Quería saber por qué se había arrepentido del beso, quería hablar con él, mirarlo a los ojos toda la noche mientras sentía su aliento cálido sobre los labios. Confesando todos sus secretos, deseos y anhelos.

Y, sin embargo, no podía escribirle.

Hasta que no le contara la verdad sobre quién era. Lan merecía muchas cosas, pero sobre todo sinceridad. Estaba harta de mentirle. Debía encontrar la manera de contarle todo.

ΔΔΔ

Landon estaba tumbado sobre las sábanas revueltas, con la camiseta arrugada y los pies aún calzados. El portátil seguía encendido sobre la mesa baja, parpadeando con líneas de código que ya no miraba. La ventana abierta dejaba entrar la brisa nocturna

de Chicago, cargada de humedad, pero no lo suficiente como para calmar la tormenta que tenía dentro.

Sienna.

La forma en que se había dejado besar.

La manera en que le había devuelto el beso.

Ese temblor en sus dedos cuando él la sujetó por la cintura, como si no supiera si quería apartarse o fundirse más.

Había algo en ella que lo desarmaba. No era su belleza —aunque era jodidamente hermosa—. No era su voz —aunque sonaba como el cielo, un poco rasgada—. Era la contradicción.

Ese contraste entre su dulzura educada y la sombra constante en sus ojos. Entre sus silencios y sus respuestas rápidas. Era como un puzle al que le faltaban piezas que ella misma escondía.

Y a Landon siempre le habían fascinado los enigmas.

Pero entonces estaba *Nocturna*.

La mente más afilada que había conocido. Imposible de rastrear. Siempre tres pasos por delante. Sarcástica, precisa, feroz. Lo había ayudado a evitar tragedias más de una vez.
Se sentía conectado a ella de un modo extraño, cerebral... y, últimamente, emocional.

Se pasó una mano por la cara, frustrado.

—Estoy jodido —murmuró al techo.

Dos mujeres.

Una tangible, de carne y hueso.

Otra invisible, pero con la capacidad de tocarle el alma con una simple línea de texto.

Landon giró la cabeza hacia su móvil. Ni una notificación. Abrió el chat encriptado con *Nocturna*. Aún sin respuesta desde la última conversación. Ella solía contestar en segundos. O al menos dejaba una señal.

Hoy, silencio.

Miró la pantalla durante un largo minuto. Dudó. Y luego escribió:

> ¿Alguna vez pensaste en salir del anonimato?
>
> ¿En dejar de ser código y convertirte en alguien real?
>
> Si estás dispuesta, me gustaría conocerte en persona. Solo si tú lo eliges. Sin presiones.

Envió el mensaje y lo dejó sobre la mesita. No esperaba una respuesta inmediata.

Se giró en la cama, buscando una postura más cómoda. Pero no había forma.

Cuando cerró los ojos, no vio números ni avatares.

Solo los ojos de Sienna. Esos ojos grises, misteriosos, que escondían más verdades de las que ella estaba dispuesta a confesar.

Sonrió, pese a todo.

Tal vez estaba dividido, sí.

Pero había una diferencia clara.

A *Nocturna* la admiraba.

A Sienna la deseaba.

Y, aunque aún no lo sabía, ya había elegido.

Se dejó caer del todo sobre la almohada, soltando el último suspiro del día.
Minutos después, el sueño lo venció.

ΔΔΔ

Eran pasadas las 7:30 de la mañana cuando el sol empezó a filtrarse débilmente por las cortinas del cuarto de Sienna, tiñendo de oro pálido las sábanas enredadas. Sienna se incorporó con dificultad, con el pelo desordenado y los párpados hinchados por una noche de sueño inquieto. No había descansado realmente.

Las horas se habían ido en darle vueltas al mismo pensamiento: Landon.

No a Lan, el hacker. Ni al genio obsesionado con los algoritmos.

A Lan, el hombre que la había besado.

Que la había mirado como si fuera imposible mirar a otra.

Extendió la mano hacia su móvil. Casi por rutina. Sin esperar nada. Y entonces vio un mensaje sin leer.

De él.

> ¿Alguna vez pensaste en salir del anonimato?
>
> ¿En dejar de ser código y convertirte en alguien real?
>
> Si estás dispuesta, me gustaría conocerte en persona. Solo si tú lo eliges. Sin presiones.

El corazón le dio un vuelco. Sienna se quedó inmóvil.

Su primer instinto fue huir. Cerrar el chat. Fingir que nunca lo había visto.
Porque esa propuesta lo cambiaba todo.

Pero su segundo instinto, más fuerte, más visceral fue el de llorar.

No de tristeza. Ni de miedo. De alivio. Lan había dado el paso que ella no podía dar por falta de valor.

Porque él quería conocerla. Porque, de algún modo, la estaba eligiendo a *ella* sin saberlo. *Nocturna* era una identidad oculta, pero que enmascaraba a la verdadera Sienna. A la Sienna inteligente, audaz, valiente y libre. A la persona que hubiera sido si su madre no hubiera muerto, si su padre no los hubiera abandonado y si su hermano no hubiera tenido una sobredosis que la encadenaba a su cuidado constante.

—Joder, Lan… —susurró al aire, con la voz rota por dentro—. No tienes idea de lo cerca que estás.

Se levantó. Caminó descalza hasta el baño. Se miró al espejo. El cabello alborotado, las ojeras marcadas… y, sin embargo, algo

distinto brillaba en sus ojos grises. Determinación.

Quizá… solo quizá… era hora.

Volvió al cuarto. Se sentó frente al pequeño escritorio donde había dejado su portátil, encendió la pantalla, y durante varios minutos simplemente observó la interfaz de comunicación cifrada que usaba como *Nocturna*. Escribió:

> Sí. He pensado en salir del anonimato.
>
> No porque me sienta obligada. Sino porque tú lo has hecho seguro.
>
> Te veré esta tarde. En la cafetería frente al muelle de Lakeshore, la de ladrillos rojos. 17:00.
>
> Me reconocerás porque llevaré una flor de jazmín en el pelo.

Dudó unos segundos.

Y luego, sin borrar y sin corregir… pulsó enviar.

El mensaje desapareció de su pantalla con el clásico destello azul de confirmación. Ya no había marcha atrás.

Sienna respiró hondo, con los ojos cerrados.

Tenía miedo, sí.

Miedo de que él se sintiera traicionado. De que no pudiera perdonarla por haberle mentido tanto tiempo. Pero también tenía esperanza.

Ese día, por fin, iba a dejar de esconderse.

Sienna bajó las escaleras en silencio, aún en pijama, con el pelo recogido en un moño desordenado y el jazmín blanco sujeto entre los dedos. No lo pondría en su pelo hasta más tarde. Aún no era el momento.

Primero, café.

Y Rory.

El olor a pan tostado la sorprendió.

Rory no solía tocar la tostadora sin supervisión.

—Buenos días, hermana perezosa —canturreó él desde la encimera, con un delantal lleno de manchas y el pelo recogido en una pequeña coleta improvisada—. Te he dejado la esquina crujiente. Sé que eres una hereje que no le gusta el pan blando.

Sienna sonrió, desconcertada y cálida a partes iguales.

—¿Tú has dormido en esta casa o has sido abducido por alienígenas que te devolvieron en versión funcional?

—Tal vez. O tal vez simplemente he decidido que hoy no me apetece romper platos ni gritarle al horno. Ya sabes, un día libre del apocalipsis mental.

Ambos rieron.

Sienna se sentó frente a él con la taza caliente entre las manos. Lo observó mientras untaba mantequilla con concentración exagerada. Esa mañana, Rory era Rory. El de antes. El que le robaba los cereales cuando eran críos. El que se sabía los diálogos de *Star Wars* de memoria. El que tocaba la guitarra con los ojos cerrados en las noches de verano.

—¿Estás bien? —preguntó ella, como si tuviera miedo de romper el hechizo.

—Estoy… presente —respondió él, sin mirar—. No sé cuánto durará. No me hagas preguntas difíciles.

Sienna asintió en silencio. Le bastaba eso.

Durante varios minutos hablaron de tonterías: el tiempo, el nuevo robot aspirador que había estrellado contra la puerta del baño, la vecina que cantaba ópera los sábados por la mañana.
Nada importante. Todo importante.

Entonces Rory la miró. No como el chico errático y perdido que solía ser. Sino como su hermanito pequeño. El Rory real. El que a veces aparecía entre los huecos.

—No deberías seguir cargando con esto, Sien. —Su voz era tranquila, pero firme—. No puedes seguir viviendo como si fueras responsable de lo estúpido que fui a los dieciocho.

Ella bajó la mirada, incómoda.

—No estoy…

—Sí, sí lo estás —interrumpió él, sin brusquedad—. Estás sacrificando tu vida por alguien que no siempre va a poder volver a ser quien fue. Y eso… no es justo. Ni para ti. Ni para mí. Tú no tienes por qué cargar conmigo y yo no quiero verte cargar con todo.

Sienna tragó saliva. Le ardían los ojos.

—Eres mi hermano. —Fue todo lo que logró decir.

—Y tú eres la persona más brillante que he conocido. Y también la más cansada. A veces pienso que… tal vez deberías dejarme marchar.

—¿Qué dices?

—Que quizá es hora de que busques un centro donde puedan cuidarme como necesito. Para que no tengas que estar vigilando cámaras por las noches ni escondiendo cuchillos en los cajones. O cerrando con pestillo tu habitación cada noche. Tienes derecho a vivir, Sien. A querer a alguien. A dejar de tener miedo.

Ella lo miró con los ojos nublados, el corazón encogido. Iba a decirle algo. Lo que fuera. Un *te necesito*, un *no me pidas eso*, un *gracias*.

Pero entonces sonó el timbre.

—La cuidadora —dijo Rory, sonriendo con suavidad—. Como siempre, puntual como una bomba suiza.

Sienna se levantó despacio. Se limpió las lágrimas antes de que pudieran caer. Respiró hondo.
Se giró para mirarlo una vez más antes de salir de la cocina.

—No voy a decidir nada hoy —susurró—. Pero gracias por darme permiso para pensarlo.

Él asintió. No dijo nada más.

Minutos después, Sienna estaba saliendo por la puerta principal, con el corazón desbordado, el bolso colgado al hombro y el pequeño jazmín blanco guardado con cuidado en una bolsita de tela.

Tenía un sábado ajetreado por delante. Turno en *Velvet*, asuntos pendientes como *Nocturna*...
Y una cita, esa tarde, con la verdad.

ΔΔΔ

El primer rayo de sol le golpeó el rostro a través de las ventanas sin cortinas, colándose entre las persianas metálicas del ático. Lan parpadeó, desperezándose lentamente. El *loft* estaba en silencio. Solo el zumbido del refrigerador rompía el aire inmóvil.

No había dormido bien. Ni mal.

Había dormido pensando en ella.

Sienna.

El beso de la noche anterior seguía grabado en su boca, imposible de borrar. La manera en que se estremeció bajo sus manos, la mezcla entre deseo y miedo, esa chispa que lo había dejado sin aire.

Y sin embargo… ahí estaba.

Con el móvil en la mano.

Esperando otro nombre.

Nocturna.

Suspiró y desbloqueó la pantalla, con esa mezcla de impaciencia y culpa que llevaba días arrastrando. La notificación estaba ahí.

> Sí. He pensado en salir del anonimato.
>
> No porque me sienta obligada. Sino porque tú lo has hecho seguro.
>
> Te veré esta tarde. En la cafetería frente al muelle de Lakeshore, la de ladrillos rojos. 17:00.
>
> Me reconocerás porque llevaré una flor de jazmín en el pelo.

Landon se quedó quieto, leyendo el mensaje una y otra vez.

Una flor de jazmín.

Un gesto sencillo. Humano. Casi poético. Y tan fuera del estilo críptico de *Nocturna* que lo desconcertó.

Sonrió, a pesar de todo. Porque por primera vez, ella le daba algo real. Un lugar. Una hora. Una pista.

Debería estar exultante.

Iba a conocer a la mujer que había admirado durante años. La mente brillante detrás de cada sistema imposible. Su igual. Su sombra. Y sin embargo… La imagen que acudió a su mente no fue la de una *hacker* sin rostro.

Fue Sienna.

Su pelo rojo oscuro cayendo en cascada. Su sonrisa tímida cuando pensaba que él no miraba. Landon se frotó los ojos. Se sentó al borde de la cama, con el teléfono aún en la mano.

¿Qué estaba haciendo?

Tenía derecho a conocer a *Nocturna*. No había ningún compromiso entre él y Sienna. Solo trabajo. Risas sueltas. Ese beso robado. Y, sin embargo, algo en su pecho lo apretaba.

Como si estuviera traicionándola. Como si, con cada paso hacia *Nocturna*, se alejara de la única mujer que de verdad quería mirar cuando nadie más estaba mirando.

Pero Sienna huía de él. Siempre lo había hecho.

Le hablaba con amabilidad. Con respeto. A veces incluso con dulzura. Pero nunca se quedaba más de lo necesario. Nunca dejaba que él se acercara del todo.

Y él era su jefe.

Lo sabía.

Sabía que eso complicaba las cosas.

Sabía que tal vez ella simplemente no quería crear un problema. Que su cortesía no era deseo, sino prudencia. Y ese beso… tal vez fue un error. Tal vez se dejó llevar y ahora no sabía cómo deshacerlo.

Suspiró. Tenía derecho a saber. A salir de la incertidumbre. Al fin y al cabo, conocía a *Nocturna* desde hacía mucho más tiempo que a Sienna.

Deslizó los dedos por la pantalla y escribió:

> Nos vemos allí. 17:00. Llevaré una chaqueta gris y la expresión de alguien que no sabe si va a conocer a una espía internacional o a una chica con un sentido del humor retorcido. Gracias por confiar en mí.

Pulsó enviar.

Y entonces dejó el móvil a un lado, levantándose para prepararse.

Tenía trabajo que hacer. Informes que revisar. Personal que coordinar. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no podía concentrarse en nada que no fuera ella. Una flor de jazmín.

Una identidad al fin revelada.

ΔΔΔ

El restaurante aún no había abierto al público, pero el ajetreo previo al turno de almuerzos ya se palpaba en el aire. Sienna se movía entre las mesas con la *tablet* en la mano y el ceño fruncido de concentración. Dos camareros nuevos, recién contratados, la seguían a paso ligero mientras ella les indicaba con calma cómo distribuir las reservas del día.

—La mesa quince es para una pareja que pidió estar junto al ventanal —dijo, sin levantar la vista—. La mesa nueve, por favor, sin vela. Es una comida de negocios, no una cita.

Marcaba cada detalle con precisión. Profesional y centrada. Nada podía delatar la anticipación y los nervios que sentía por la cita de la tarde.

Pero entonces, apareció Landon.

Sienna lo vio cruzar la puerta principal con ese andar sereno y seguro que tanto le costaba no mirar. Su chaqueta gris colgaba de

su antebrazo, y su expresión era la de quien lleva pensamientos pesados, bien guardados bajo llave.

Y pasó de largo.

Sin mirarla y sin detenerse. Como si ella no estuviera allí.

Sienna se quedó congelada, con la voz atrapada en la garganta. Fingió seguir hablando, pero las palabras ya no tenían sentido.

—Mesa… trece, sí… sin… eh, sí, sin niños —balbuceó, antes de excusarse brevemente y alejarse.

No necesitaba una explicación elaborada. Él se arrepintió del beso, eso le había quedado claro.

Él había perdido el interés.

Tal vez ya estaba harto de sus silencios. Tal vez el beso había sido solo un intento, y ahora, cansado de esperar una respuesta, había decidido dejarlo estar.

Sienna sintió una punzada en el pecho. Una decepción absurda, infantil. Pero real.
Lo había perdido sin siquiera haberlo tenido. Todas sus expectativas e ilusiones se iban por el retrete. Y aun le quedaba la prueba más difícil. Mirarlo a los ojos y decirle la verdad. Landon no iba a perdonarla en la vida.

ΔΔΔ

A la mitad del servicio Sienna estaba sola, sentada sobre una de las banquetas de metal, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Había cerrado los ojos solo un segundo. Lo suficiente para tragar la emoción. Para recomponerse. Estaba siendo una jornada más dura de lo que pensaba.

La puerta se abrió sin previo aviso. El olor a colada recién hecha la asaltó.

Landon.

Se detuvo al verla. No parecía sorprendido de encontrarla allí. Tal vez incluso la estaba buscando. Su expresión era… complicada. Una mezcla de determinación y algo que no supo leer.

—No voy a entretenerte mucho —empezó él, apoyándose en el marco de la puerta—. Solo quería disculparme. De nuevo.

Ella alzó la mirada, muda.

—Por lo del beso. —Sus ojos la buscaron, serios—. No fue profesional. No estuvo bien. Y si no estás interesada, si lo que quieres es que deje de acercarme… puedes decirlo abiertamente. No pasará nada. No afectará a tu trabajo. Nunca lo haría.

Las palabras cayeron como una losa.

Claras. Respetuosas. Dolorosas.

Sienna abrió la boca. Y nada salió. Tenía tantas cosas que decirle. Que ese beso había sido lo más hermoso que le había pasado en años. Que se moría por sentirlo otra vez. Que no huía por falta de deseo, sino por miedo.

Miedo a no ser suficiente.

Miedo a que cuando supiera todo —*Nocturna, Rory, la doble vida, la carga que arrastra*—, él se diera media vuelta y desapareciera.

Pero las palabras estaban atrapadas en su garganta como vidrio molido. Y entonces Landon interpretó su silencio de forma errónea.

—Está bien —dijo con suavidad—. Ya está claro.

Se dio la vuelta y se fue. Sin dramatismo. Sin reproche. Sin mirar atrás.

Sienna se quedó sola en la sala de nuevo, la puerta cerrándose a su espalda como un eco.

El nudo en su pecho se deshizo y, con él, llegaron las lágrimas. Lentas, silenciosas. No necesitó gritar. Ni sollozar. Solo se dejó llorar, con las manos temblorosas sobre el regazo.

Porque sabía que había hecho lo correcto.

Y aun así… dolía.

Esa misma tarde, todo cambiaría. Él sabría la verdad. Vería quién era ella en realidad.

Y quizá la odiaría por haber callado tanto.

Quizá solo quedaría la admiración profesional.

La amistad.

O nada.

Sienna se limpió la cara con la manga del jersey. Respiró hondo. Iba a ser fuerte. Tenía que serlo.

Porque si no podía tenerlo como hombre… Al menos quería conservarlo como aliado. Como amigo. Y, con suerte, como alguien que no le diera la espalda del todo cuando supiera que siempre estuvo a su lado.

ΔΔΔ

El comedor de *Velvet* comenzaba a despejarse, despidiendo el aroma a pan recién horneado, especias dulces y café tostado. Las luces del salón estaban en modo tenue, preparadas para cerrar. Solo quedaban un par de camareros apilando sillas y Sienna detrás de la barra, revisando las últimas comandas del día, con la *tablet* en una mano y un lápiz mordido en la otra.

Se movía rápido. Con eficiencia.

Como si terminar todas las tareas lo antes posible pudiera contener el vértigo que crecía en su pecho.

Tenía libre el resto del fin de semana.

Y en apenas una hora… iba a encontrarse con Landon.

La ansiedad se le subía por la garganta como una llama viva.

—¿Por qué esa cara de funeral, jefa?

Sienna levantó la vista, sobresaltada.

Ivy.

Vestía un vestido negro fluido, con las mangas recogidas y la incipiente curva de su embarazo visible bajo el cinturón trenzado. El pelo rubio recogido en una coleta alta.
Tenía esa aura brillante que la seguía a todas partes, una luz acentuada por su embarazo.

—Ivy —sonrió Sienna con suavidad, dejando la *tablet* a un lado—. Qué sorpresa.

—Estoy aburrida en casa y Tess está en el quirófano —dijo Ivy, encogiéndose de hombros—. Y no puedo seguir reorganizando por colores los bodis de bebé. He llegado al nivel de desesperación en que me hacen ilusión los zumos naturales de aquí.

—Tú nunca necesitas excusa para aparecer. Ya lo sabes.

—Claro que no. Soy adorable —dijo con descaro, sentándose en uno de los taburetes de la barra—. Y tú, en cambio, tienes cara de querer esconderte en el lavavajillas industrial.

Sienna rio, pero era una risa quebrada.

—Estoy bien. Solo ha sido un día largo.

Ivy la observó con atención. No insistió. Solo asintió y dejó que el silencio se instalara un instante.

Fue entonces cuando Landon cruzó el local.

Había salido del despacho de Ash, con su portátil en una mano y la chaqueta gris en la otra. Caminó con determinación hacia la puerta.

Ni una mirada. Ni un gesto. Ni siquiera se detuvo.

Sienna se quedó rígida, mirando de reojo. Fingió centrarse en una nota mal escrita en el pedido de un proveedor.

Pero Ivy sí lo notó. Lo vio todo. Mucho más de lo que Sienna hubiese querido.

Vio la forma en que los dos evitaron mirarse. Como si se hubieran hecho daño.

—¿Qué ha pasado entre tú y Lan? —preguntó Ivy con delicadeza, tras unos segundos.

Sienna suspiró. No podía esconderlo más.

—Algo —dijo simplemente—. Y espero poder solucionarlo esta tarde.

Ivy ladeó la cabeza, interesada.

—¿Solucionarlo cómo? ¿Con palabras? ¿Con besos? ¿Con una confesión escandalosa?

Sienna sonrió. Pero su expresión era más triste que otra cosa.

—Con… la verdad. Algo que debería haberle dicho hace mucho tiempo. Me besó —añadió en voz más baja—. Y luego se disculpó. Y yo… no dije nada. Me quedé callada. No fui capaz de responderle. Y él se fue pensando que no siento nada.

—¿Y sí lo sientes?

—Demasiado.

Ivy la miró durante un largo instante. Y luego colocó ambas manos sobre la barra, con suavidad, como si sellara un juramento silencioso entre ellas.

—Entonces haz lo que haces siempre, Sien. Sé valiente**.** Lo has sido todos estos años, sola con Rory. Has vivido con miedo, con responsabilidad, con esa maldita presión que nadie más ve. Pero nunca has huido. Y tampoco vas a huir ahora.

Sienna bajó la mirada, los ojos húmedos.

—Ivy… ¿y si cuando le diga quién soy, se aleja para siempre?

—Entonces será un idiota. —Ivy se encogió de hombros, no sabía del todo a que se refería Sienna—. Pero, si lo hace… que se aleje sabiendo exactamente a quién dejó marchar.

Las dos se quedaron en silencio unos segundos.

Después Ivy sonrió y alzó el dedo haciendo un circulo suave delante del rostro de Sienna.

— Te mereces todo, Sienna. También el amor. También a él. Landon es una persona especial y merece a un igual junto a él.

Sienna no respondió.

Solo asintió, con el corazón palpitando fuerte.

Sabía que tenía razón. Landon merecía lo mejor. No sabía si eso era ella, pero tenía que intentarlo. Decirle la verdad y empezar de nuevo de forma limpia y sana. Sin secretos y sin misterios. Libre.

ΔΔΔ

Sienna llegó trece minutos antes de la hora acordada a la cafetería en Lakeshore. Necesitaba unos minutos para respirar. Para sentarse, recordar quién era. Y lo que estaba a punto de hacer.

El interior de la cafetería estaba medio vacío. Las terrazas al sol se llenaban de parejas jóvenes, ciclistas tomando limonada y madres con carritos de bebé. La primavera en Chicago lo bañaba todo con luz dorada, olor a tierra mojada por el deshielo y hierba fresca recién cortada. Todo lo que a Sienna la hacía sentirse en casa.

Pero Sienna eligió una mesa del fondo del local, junto al ventanal. Necesitaba privacidad. No por secretismo, era más una necesidad de protegerse, si Lan no entendía lo que le quería decir, no quería ser un espectáculo a ojos de todo el mundo.

Pidió un té. No lo probó. Pasó los dedos por la taza caliente, una y otra vez, como si pudiera absorber valor a través de la porcelana.

El jazmín blanco, estaba ya sujeto en su pelo, justo por encima de la oreja izquierda. Pequeño, discreto e inconfundible.

Había elegido una blusa sencilla de color marfil, que dejaba un hombro al descubierto y unos vaqueros desteñidos que le aportaban comodidad. Quería sentirse ella misma. Bastante tenía con tener que exponerse a corazón abierto con Lan. No solo era cuestión de explicarle su identidad oculta, también tenía que explicarle el porqué, su mayor secreto. Uno que podía matarla.

Cada pocos segundos, sus ojos se alzaban hacia la puerta. Un gesto inconsciente nervioso. A las 17:00 en punto, la campanilla de la puerta sonó.

Y entonces lo vio.

Landon.

Entró con la postura relajada de quien aparenta controlarlo todo, pero con los ojos demasiado atentos para estar en calma. Llevaba vaqueros oscuros, ceñidos en las caderas. Una camisa azul claro, arremangada hasta los codos, dejando a la vista parte de los tatuajes que recorrían sus brazos: líneas limpias e intrincadas que aludían a su ascendencia nativa americana. Y su inconfundible chaqueta gris en la mano.

Recién duchado. El pelo aún húmedo. Con leve rastro de la sombra de barba que siempre lo hacía parecer peligroso y brillante al mismo tiempo.

Sienna contuvo el aliento. Su estómago dio un vuelco. Su cuerpo entero vibró entre la emoción y el pánico. Lan se detuvo apenas unos pasos dentro del local.

Escaneó la cafetería como un radar silencioso.

Sus ojos pasaron por encima de las mesas. Los rostros. Las tazas.
Y entonces la vio.

La mirada se le detuvo en seco.

Sienna.

Primero parpadeó.

Luego frunció el ceño, como si su cerebro aún no procesara lo que sus ojos le decían. La flor. Su pelo. Su presencia serena y vulnerable a la vez.

El reconocimiento llegó como un golpe.

Landon se quedó inmóvil. Literalmente congelado. Incrédulo. Con los ajos ligeramente más abiertos de lo normal. Como si no pudiera aceptar que la persona que llevaba años hablando con él tras el nombre de *Nocturna*…fuera ella.

La mujer que había besado el día anterior. La que lo excitaba con solo una mirada. La que había creído que lo rechazaba esa misma mañana. Sus labios se entreabrieron apenas. No dijo nada. No dio un solo paso.

Sienna le sostuvo la mirada. Con miedo, pero también esperanzada.

CAPITULO 4

Landon la observó desde la entrada durante un minuto interminable, incapaz de moverse. Las emociones se apretaban en su pecho como nudos imposibles de deshacer: incredulidad, deseo, admiración y pero por encima de todo, traición.
"¿Por qué me mentiste?"—pensó Landon—*"¿Por qué fingiste ser otra persona mientras compartíamos intimidades y secretos que no has tenido el valor de decirme cara a cara?"*

Cuando por fin pudo obligar a sus pies a caminar, lo hizo despacio. Cada paso era una lucha, porque el deseo de dar media vuelta y largarse era intenso.

Sienna lo vio acercarse y se irguió, nerviosa, aunque no se apartó. Bajó los ojos cuando él se sentó frente a ella, sin decir palabra.

El silencio entre ellos se alargó. El único sonido era el leve tintineo de una cucharilla dentro de una taza olvidada en la mesa de al lado.

—Hola, Lan —dijo ella al fin, en voz baja. Era su voz de siempre, pero también era distinta. Cargada de todo lo que tenía que decirle.

Landon no respondió. Sus ojos, heridos, se mantenían fijos en ella, exigiendo respuestas.

Sienna respiró hondo. Llevaba todo el día ensayando ese momento, y sin embargo, ahora que lo tenía delante, las palabras se le escapaban. Siempre le pasaba lo mismo cuando estaba en presencia de Lan.

—Me alegro de estar aquí. De poder... por fin, contártelo todo.

Él alzó una ceja, apenas, y se apoyó en la mesa. Tenía los dedos entrelazados, tensos.

—¿Por qué? —preguntó sin rodeos—. ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué fingir? ¿Por qué hablar conmigo como *Nocturna*, contándome secretos, intimidades y cosas de tu infancia, pero no mirarme a los ojos en persona?

El temblor en los labios de Sienna fue casi imperceptible.

—No fingí contigo —susurró—. No fingí nada de lo que dijimos. Cada palabra que te escribí, cada conversación... era yo. Pero tú no sabías que era yo, y eso lo hacía más fácil para mí. Menos aterrador.

Landon tragó saliva, sintiendo que su control se deshacía como papel mojado.

—¿Más fácil para ti? ¿Y yo qué? ¿Te parece justo hacerme confiar en alguien que ni siquiera existía? ¿Que te abrieras conmigo como nadie antes y viceversa y luego fingieras ser sólo una camarera amable que no sabía nada?

—No fingí, o al menos esa no era mi intención—dijo ella, con los ojos muy abiertos—. Nunca fue intencionado. Tenía mis razones para ser precavida al principio, y después todo se complicó y ya no supe como decirlo.

Lan apartó la mirada. Quería gritarle, o levantarse y marcharse, pero no podía. Porque había verdad en sus ojos. Y porque aún, a pesar de todo, quería creerle.

—Durante años me hablaste como *Nocturna*. Me dejaste creer que eras alguien sin rostro. ¿Y al mismo tiempo me mirabas en el trabajo? Empezaste a trabajar en *Velvet* mucho después de que *Nocturna* y yo habláramos por primera vez, eso también vas a tener que explicármelo. Sabías que me estaba enamorando de ti y aun así no fuiste capaz de mirarme a los ojos y dejar de mentir.

Sienna bajó la vista, incapaz de sostenerle la mirada. La palabra amor la puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—Lo sé —dijo apenas—. Pero tú te estabas enamorado de *Nocturna*, no de mí.

—¡Eras tú! —estalló él, sin elevar la voz, pero con la rabia contenida ardiendo en sus ojos—. Eras tú todo el tiempo. Y aun así no me diste la oportunidad de elegir. Me manipulaste para protegerte. Es a ti a quién besé, maldita sea. Lo que no entiendo es de que te protegías ¿de mí?

Sienna apretó los labios. Una lágrima resbaló sin permiso por su mejilla.

—Me protegí, sí —dijo—. Porque si te decía la verdad, podía perderte. Y perderte era peor que esconderme.

El silencio volvió a caer sobre ellos. Esta vez fue más espeso. Más real.

Landon se pasó la mano por el rostro, agotado.

—¿Y ahora? ¿Qué quieres de mí, Sienna? ¿Perdón? ¿Comprensión? ¿Que me quede como si nada hubiera pasado?

Ella negó con la cabeza.

—No. No quiero nada que no quieras darme. Sólo vine a dejar de mentirte. A decirte quién soy de verdad. Y luego, si te vas, lo aceptaré. Pero al menos, no seguiré siendo una sombra.

Él la miró largo rato. Por primera vez, vio a la Sienna completa: la *hacker*, la camarera, la hermana agotada, la mujer herida. La que le había salvado la vida y a su familia más de una vez desde la sombra. La que había escuchado sus miedos más profundos como *Nocturna*.

Sienna respiró hondo. Sabía que, si no lo decía ahora, si no abría todas las puertas, perdería a Lan para siempre. No había marcha atrás.

—No he terminado —dijo, con la voz temblorosa pero firme—. No espero que me perdones. Pero sí quiero que entiendas.

Lan no respondió. Sus ojos seguían fijos en ella, tan intensos que casi dolían. Sienna tragó saliva y bajó la mirada a sus propias manos, apoyadas sobre la mesa. Tenía los nudillos blancos de tanto

apretar. Sienna decidió empezar desde el principio, contarle todo sin dejar nada en el tintero.

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Cáncer de pulmón. Nunca fumó, pero la vida no suele preocuparse por los detalles. Rory tenía cinco. No entendía lo que pasaba. Yo sí. Demasiado bien. — Sienna tenía la mirada fija en su taza, perdida en los dolorosos recuerdos.

Lan no dijo nada. Pero algo en sus facciones se suavizó. Apenas.

—Mi padre se quedó con nosotros, por obligación supongo, no era demasiado cariñoso. Era un hombre silencioso, duro. Siempre parecía molesto por tener que criarnos. Hacía lo justo. Nunca nos pegó. Pero tampoco nos miraba. No después de que mamá se fue. Casi siempre me tenía que encargar de que Rory y yo tuviéramos lo necesario. Quiero decir, teníamos comida y un techo sobre nosotros, pero a él se le olvidaba que necesitábamos ropa nueva, zapatos, matricularnos en el colegio, ese tipo de cosas.

Sienna alzó la vista un segundo. Lan estaba quieto, escuchando. Seguía dolido, sí, pero no se había ido. Ella continuó, más baja.

—Pocos días después de que Rory cumplió dieciocho años, papá desapareció. Dejó una nota, esencialmente decía: "Ya sois mayores, me largo a vivir mi vida." Se llevó todo el dinero. Las cuentas, el coche, hasta las fotos de mamá. Como si nunca hubiéramos existido.

Lan apretó la mandíbula. Su expresión era más oscura ahora, como si supiera muy bien lo que era sobrevivir con los restos que deja otro.

—Rory se rompió —susurró Sienna—. Empezó a salir con la gente equivocada. Drogas. Robos pequeños. Yo trataba de ayudarle, de convencerle... pero ¿qué podía hacer? Tenía veinte años y trabajaba doble turno en un supermercado. Había dejado mis estudios para pagar las cuentas y mantenernos. Hasta ese momento estudiaba ingeniería de sistemas en Nothwestern. Estábamos solos. La casa era de mi madre y cuando murió pasó a ser nuestra. Pero, a parte de eso, literalmente tuve que sacarnos adelante.

Un nudo se formó en su garganta, pero no lloró.

—La noche que Rory tuvo la sobredosis, me llamaron del hospital. Pensé que lo había perdido. Me pasé tres días sin dormir. Tres. Dicen que cuando amas a alguien, harías lo que fuera por él. Yo lo entendí entonces. Rory era lo único que había tenido desde que mamá murió. Solo nos teníamos el uno al otro. Si lo perdía… ¿Qué me quedaba?

Lan asintió, muy despacio, entendía ese sentimiento a la perfección.

—Necesitábamos dinero para el tratamiento, la desintoxicación, las facturas médicas... y yo no tenía nada. Ni seguro, ni estudios, ni familia. Solo tenía una cosa en la que era más que buena: la informática.

Sienna entrelazó las manos. Ahora sus dedos temblaban.

—Había aprendido a navegar por foros de código desde niña. *Hackear* fue... natural para mí. Empecé con cosas pequeñas: claves de red, cuentas de administrador en el instituto. Luego fue más fácil. Más grande. Cuando Rory se despertó, yo ya era otra persona.

Levantó la vista.

—Me convertí en *Nocturna* para salvar a mi hermano. Rastreé a los camellos que lo habían enganchado. Robé su dinero, sí. Y luego reuní pruebas para llevarlos a juicio. No para vengarme. Para sacar a Rory de ese mundo. Lo logré, pero me hice enemigos. Muchos. No eran matones de esquina. Hablamos de redes organizadas, con ramificaciones profundas, gente que no dudaría en pegarme un tiro en la nuca. Desde entonces, tuve que protegerme. A mí y a él.

Lan exhaló, despacio, como si por fin entendiera la dimensión del silencio que ella había llevado encima durante años.

—No podías confiar en nadie.

—No —confirmó Sienna—. Al principio pensé que sí. Que con el tiempo podría contarlo. Pero cada vez que conocía a alguien, me daban miedo sus preguntas. Así que me escondía. Detrás de una barra. De una pantalla. De un alias.

Sus ojos se humedecieron, pero la voz no le tembló.

—Y luego llegaste tú.

Lan la miró con intensidad. Con algo más que rabia, algo más que dolor. Como si viera, por primera vez, al verdadero corazón bajo la máscara.

—Yo era una sombra que había aprendido a proteger a todos menos a sí misma. Y tú... tú me viste. Me hablaste como *Nocturna* y me hiciste sentir que aún podía ser alguien más. Que podía salir del escondite.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te diste cuenta de que yo…? — Lan se detuvo, pero ambos sabían qué iba a decir.

—Porque tenía miedo de perderte —respondió ella sin rodeos—. Miedo de que vieras a la chica que robó para pagar una ambulancia. A la hermana de un drogadicto. A la chica rota y sola. No a *Nocturna*, la *hacker* brillante que te hizo reír a las tres de la mañana. A ella sí la querías.

Sienna lo miró con ojos anegados. Lan apoyó la espalda contra el respaldo de la silla, como si necesitara alejarse físicamente de la historia que acababa de escuchar.

Durante unos segundos, el silencio volvió a ocuparlo todo. No el silencio incómodo de antes. Era otro: denso, lleno de cosas no dichas, de emociones en carne viva. Sienna no lloraba. Sólo lo miraba. Como quien ha dejado el alma sobre la mesa y espera el veredicto.

Lan cerró los ojos un instante, respiró hondo y luego volvió a fijarlos en ella.

—No sabes lo que es esto para mí —murmuró, con la voz grave y rota por dentro—. Creí que me había enamorado de dos mujeres distintas. Me sentía como un capullo. Mientras me preguntaba si *Nocturna* era real, tú me ponías el café con esa sonrisa… como si nada.

Sienna bajó la mirada de nuevo, en silencio.

—Te entiendo —continuó él, más despacio—. Entiendo por qué te escondiste. Lo respeto. Lo que hiciste por tu hermano… eso no lo hace cualquiera. Joder, Sienna. Eres la mujer más valiente que he conocido.

Ella apretó los labios, tragando con dificultad.

—Pero también me mentiste —añadió Lan, en voz más baja—. Y no fue una mentira cualquiera. Fue una constante. Me compartiste tus miedos, tus sueños, tus heridas… y al mismo tiempo fingías no saber nada cuando nos cruzábamos en persona. ¿Sabes lo que es eso para alguien como yo?

Sienna asintió sin levantar la cabeza. Sí. Lo sabía.

—Me abrí en dos —dijo él—. Y no me diste la opción de elegir con quién lo hacía. Me hiciste confiar en dos versiones de ti que nunca parecían la misma. ¿Cómo voy a saber ahora qué es real? Me hace sentir estúpido, pero también me hace desconfiar de ti, y sin confianza no hay nada sobre lo que construir.

Sienna levantó por fin sus ojos grises, con una tristeza transparente, serena.

—Lo que soy ahora es real —dijo simplemente—. Todo lo que ves, todo lo que has visto siempre. Para ti eran dos personas diferentes, pero en realidad ambas versiones son las que forman a la Sienna verdadera. No hay más capas, Lan. No hay más disfraces. Si decides que esto es el final, lo aceptaré. Pero si decides quedarte… no volveré a mentirte. Nunca.

Lan desvió la mirada hacia la ventana. El sol estaba bajo ya, reflejando su luz sobre la superficie del lago. Todo parecía tranquilo fuera, como si el mundo no supiera que por dentro se le estaba resquebrajando algo.

—No sé si puedo —dijo al fin—. No ahora. No así.

Sienna no respondió. No suplicó. Solo asintió, como si esperara esas palabras desde que había entrado en la cafetería. Lamentablemente sus peores temores se estaban cumpliendo.

Lan se levantó con lentitud. Su sombra cayó sobre la mesa. Miró a Sienna una última vez. Y, por un momento, sus ojos no eran fríos. Solo estaban tristes. Perdidos.

—Cuídate, Sienna —dijo con voz baja—. Cuida de él. Y de ti también, por una vez.

Ella aguantó la punzada que sintió en el pecho. Hubiera preferido mil veces su ira o su enfado. Que le gritara o la maldijera, pero esa tristeza en sus ojos, la traición, la hacía agonizar. Jamás quiso herir a Lan, todo lo contrario.

—Lo haré —respondió—. Gracias por escucharme.

Lan asintió con un movimiento apenas perceptible y se marchó.

Sienna lo vio alejarse. No lloró. No salió corriendo detrás. Se quedó sentada en aquella pequeña mesa junto a la ventana, con el jazmín aún detrás de la oreja. Más sola que nunca. Pero también más libre que nunca.

No volvería a esconder quién era. Una cosa era proteger su identidad en la red cuando ayudaba a hacer justicia. Otra era ocultar quién era a su círculo cercano.

Si Lan no podía perdonarla, lo aceptaría. Pero si alguna vez lo hacía… si alguna vez volvía a mirarla como lo había hecho antes de besarla entonces quizá podrían construir algo real. Algo suyo.

Respiró hondo, recogió su chaqueta y salió del local con la cabeza alta.

El parque que bordeaba el lago tenía ese olor a agua, hierba fresca y tierra húmeda que Sienna siempre había asociado con la calma. Caminaba sin prisa, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero, los auriculares colgando del cuello sin música. Por primera vez en mucho tiempo, el silencio no la inquietaba.

Había dicho la verdad.

Por fin.

La conversación con Lan le había dejado una grieta en el pecho, pero no una que doliera. Era como una ventana abierta después de

años de encierro. Y aunque el aire que entraba le dolía en la piel, también le daba algo que creía haber perdido para siempre: espacio para ser ella misma.

Le había contado todo.

Y aunque Lan se había ido, aunque no sabía si alguna vez volvería, no se arrepentía. Porque él merecía la verdad. Porque ella merecía dejar de esconderse.

El viento le revolvió algunos mechones del moño desordenado. Se los apartó de la cara y alzó la vista. El lago brillaba con los últimos reflejos del sol. Varios niños jugaban cerca de la orilla con un balón azul. Una mujer mayor paseaba a un perro diminuto que parecía tener más energía que ella.

Sienna se detuvo junto a un banco vacío. Se sentó, apoyó los codos en las rodillas y miró el agua.

Ahora venía lo siguiente.

Tomó el móvil y buscó en sus contactos. Pulsó el nombre de Ivy. Necesitaba decírselo. A ella, a Tess y a Brynn. Les debía una conversación sincera, sin disfraces ni evasivas. El teléfono sonó tres veces antes de que Ivy respondiera con su energía habitual.

—¿Sien? ¿Todo bien?

Sienna cerró los ojos un segundo, dejó que la voz de su amiga la alcanzara.

—Sí. Bueno… mejor que en mucho tiempo. ¿Estás libre mañana para desayunar? Vosotras tres. Necesito… hablar.

—¿Desayuno con revelaciones? Estoy dentro. ¿Todo bien de verdad?

—Lo estará —respondió Sienna, con una pequeña sonrisa—. Y quiero que lo esté también entre nosotras.

—Vale. Te escribiré la hora. Trae hambre y cosas por contar.

—Lo haré.

Colgó y se quedó mirando la pantalla oscura.

No más secretos. Ni para Lan. Ni para ellas.

Aquella misma tarde hablaría con la cuidadora de Rory. Había contactado con un centro que le habían recomendado a través de una red médica privada. Tenía la documentación preparada, el historial clínico, incluso un formulario de beca para cubrir parte del coste. Si todo salía bien, Rory tendría el tratamiento adecuado. Terapia ocupacional, psiquiatras, personal especializado. Un lugar donde no estuviera solo ni ella tuviera que vivir aterrada por lo que pudiera pasar cada vez que se quedaba dormida. Por primera vez, su vida no giraría en torno al sacrificio.

Sienna se incorporó, sacudió con una mano las hojas secas del banco y echó a andar. Le quedaba camino por recorrer. No notó la figura que se deslizó tras ella, a distancia.

Alguien caminaba con cuidado, sin ruido, manteniendo siempre un par de árboles de distancia. No llevaba nada que llamase la atención: una chaqueta oscura, una gorra de visera baja, auriculares sin música. Sus pasos eran entrenados y medidos. No levantaba sospecha de nadie.

ΔΔΔ

La cafetería tenía aroma a bollos recién horneados y café molido. Era pequeña, con paredes de ladrillo visto y plantas colgantes que suavizaban la atmósfera. Un rincón cálido, discreto, perfecto para lo que Sienna estaba a punto de hacer.

Estaba sentada en una mesa redonda junto a una de las ventanas. Llevaba una bufanda gris claro, el mismo tono que sus ojos, como una especie de amuleto. Jugaba con la cucharilla del café, dándole vueltas a un azucarillo que ya se había disuelto.

"Respira. Ya no hay vuelta atrás."—se dijo.

Minutos después, Ivy apareció, radiante incluso sin maquillaje, con la chaqueta fina abierta y la barriga aún imperceptible bajo un vestido de punto. Tess la seguía de cerca, con su elegancia relajada y la mirada atenta. Brynn cerraba el grupo, con un jersey fino ancho que no ocultaba su evidente embarazo sobre unos leggins y botas de

mediacaña, la media melena recogida en un lado y esa sonrisa suave que calmaba tormentas.

—¡Hola! —saludó Ivy, dándole un beso en la mejilla—. Por fin. Me tienes en ascuas desde ayer.

—¿Tú también sientes los nervios en el aire? —bromeó Tess, sentándose a su lado—. Porque es denso.

—Solo si son confesiones jugosas —añadió Brynn mientras se acomodaba—. Porque si no, para eso me habría quedado abrazando una bolsa de agua caliente.

Sienna sonrió débilmente. Las adoraba. Y justo por eso, dolía más tener que confesar tanto.

—Gracias por venir —dijo al fin—. Os prometí que os contaría la verdad. Toda.

Las chicas se miraron entre sí, sin burlas, sin tensión. Solo expectación tranquila. Brynn le apretó una mano por debajo de la mesa. Las tres sabían que Sienna ocultaba más de lo que decía, solo que no sabían cuánto.

Sienna tragó saliva. Y entonces empezó.

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Rory, mi hermano, tenía cinco. Fue muy rápido… cáncer. Mi padre… bueno, él no supo gestionarlo. Nunca volvió a ser él. Cuando Rory cumplió dieciocho, simplemente… se fue. Dejó una nota y vació las cuentas. Se llevó todo. Incluso las fotos de mamá. —cada vez le era más fácil contarlo. Una vez que se abrían las compuertas era difícil dejar de decir la verdad.

Nadie habló. Nadie la interrumpió. Ivy tenía las cejas fruncidas y los labios apretados. Tess sostenía su taza entre las manos sin beber. Brynn, con lágrimas contenidas, no soltaba la mano de Sienna.

—Tuve que dejar los estudios para mantenernos. Trabajé en todo lo que pude. Pero Rory… él se fue torciendo. Las drogas. Las compañías. Hasta que una noche tuve que correr al hospital. Había tenido una sobredosis. Casi se muere.

Se le quebró un poco la voz. Brynn subió su otra mano y se la puso sobre el antebrazo. Firme. Presente.

—Y ahí… apareció *Nocturna*. — levantó la vista y vio tres pares de ojos sorprendidos y expectantes—. Me metí en la red para conseguir lo que no podía pagar. Las cuentas del hospital se acumulaban. Rastreé a los camellos que engancharon a Rory, robé su dinero, reuní pruebas y los hundí. Fue para salvar a Rory. Pero desde entonces… tuve que esconderme. Creé una identidad. Me protegí. Protegí a mi hermano. Y me acostumbré a que nadie supiera quién era yo en realidad.

El silencio era total. Pero no hostil. Era reverente y comprensivo.

—Así que sí —añadió, bajando la mirada—. Fui *Nocturna* todo este tiempo. Os ayudé cuando Peter acosó a Tess. Cuando Elise intentó lo de Parker. Cuando Coral se convirtió en una sombra para Ivy. Fui yo. Desde la sombra. Y... lo haría otra vez. Mil veces.

Tess fue la primera en hablar.

—Tú nos salvaste. A todas —dijo en voz baja, con una mezcla de gratitud y asombro—. Sienna, no sé cómo no te derrumbaste hace años. Estoy impresionada. Y tan, tan, pero tan orgullosa de ti.

Ivy sacudió la cabeza con una mezcla de sonrisa triste y admiración.

—No estoy enfadada. Estoy alucinando. Pero no enfadada. Nos has protegido más de lo que cualquiera podría pedir. Siento no haberte visto de verdad antes. También siento no haberme dado cuenta de tu carga. Es una mochila demasiado enorme para una chiquilla de veinte años.

Brynn se inclinó hacia ella.

—No eres solo una protectora. Eres familia. Y estoy aquí para ti, como tú lo estuviste para nosotras. Si necesitas llorar, lloramos. Si necesitas apoyo, lo tienes. Si necesitas empujar el mundo para empezar de cero... lo empujamos juntas.

Sienna cerró los ojos un instante. El peso de los años cayó con una sola exhalación. Y aún quedaba una verdad más.

—Le conté todo a Lan.

Tess arqueó una ceja, Ivy se quedó inmóvil, Brynn ladeó la cabeza con ternura.

—Todo —repitió—. Que *Nocturna* era yo. Que me escondí por miedo. Que él se enamoró de dos mujeres distintas que, en realidad, solo eran una.

—¿Y qué hizo? —preguntó Ivy.

—Se fue. —Sienna tragó saliva—. Lo entendió. Pero estaba herido. No sé si volverá o si me perdonará. No tengo muchas esperanzas, la verdad.

Hubo unos segundos de silencio.

—Le dolerá —dijo Tess con su lógica serena—. Pero no eres la única que se esconde detrás de capas. Lan lleva toda la vida guardándose cosas. Si te ha visto de verdad… volverá. Pero dale espacio. Necesita ordenar todo esto, en su cabeza y en su corazón.

—Y si no vuelve —dijo Brynn, con dulzura—, sabrás que tú diste todo lo que tenías. No te quedaste callada. Fuiste honesta. Ese es el único camino para construir algo sólido.

Ivy se inclinó sobre la mesa y le señaló con una cucharilla.

—Y si vuelve, exígele el triple de honestidad que tú acabas de entregar. Porque esto que has hecho no es pequeño. Has dejado de sobrevivir para empezar a vivir. Y nadie debería amar a medias a alguien que se ha mantenido firme mientras su mundo se derrumbaba.

Sienna rio. Una risa rota pero real. Con lágrimas y alivio.

—Gracias.

—De nada —dijeron las tres al unísono.

El camarero llegó con bollería recién hecha. Las chicas se sirvieron café y compartieron una bandeja de croissants como si fueran pastillas de recuperación emocional.

En ese pequeño rincón de la ciudad, rodeada de mujeres que sabían lo que era sobrevivir, Sienna por fin sintió algo parecido a un hogar.

ΔΔΔ

Esa misma tarde, después de un desayuno que se convirtió en almuerzo, Ivy, Tess y Brynn acompañaron a Sienna a dar el primer paso para empezar a vivir de verdad.

El edificio era más moderno de lo que Sienna había imaginado. Fachada blanca, líneas limpias, grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural. El cartel en la entrada rezaba *Centro Integral de Rehabilitación y Salud Mental Lakeside*. No había ni rastro de oscuridad ni frialdad hospitalaria. Eso la tranquilizaba.

Tess, Ivy y Brynn caminaban a su lado, sin decir nada. Cada una sujetaba una carpeta o un bolso, tres centinelas dispuestas a todo por ella, tres hermanas mayores. Porque eso era lo que eran.

Sienna se detuvo frente a las puertas de cristal automático. Respiró hondo.

—¿Estás segura? —preguntó Ivy, bajando la voz.

—Estoy lista —respondió Sienna con un largo suspiro.

Entraron.

El recibidor era acogedor, con sofás en tonos suaves y cuadros de paisajes en las paredes. Una recepcionista amable las condujo a una sala de reuniones pequeña pero luminosa, con una mesa de madera clara y una cafetera automática en la esquina.

El director del centro apareció cinco minutos después. Alto, de cabello canoso y expresión meticulosamente neutra. Llevaba una *tablet* en la mano y gafas sin montura.

—Señorita... Sienna Maddox, ¿cierto? —dijo al entrar, sin mirar aún a las demás.

—Correcto —respondió ella con seguridad.

—Nos habló por teléfono ayer. Mencionó un caso familiar. ¿Su hermano?

Sienna asintió, sentándose con la espalda recta.

—Rory Maddox. Tiene veintiuno. Fue adicto a varias sustancias, ha sufrido episodios psicóticos intermitentes y una sobredosis hace tres años. No está bajo tratamiento continuo. Vivo con él. Quiero encontrarle una plaza aquí. Internado. Con atención médica especializada.

El hombre tecleó en su *tablet*.

—Entiendo. —Levantó la vista, por fin, y observó a Sienna—. ¿Usted es su tutora legal?

—No formalmente —intervino Tess, profesional y precisa—. Pero lo ha cuidado sola desde hace tres años. Tiene la documentación médica, el historial psiquiátrico y las pruebas clínicas. Puedo avalar la situación si hace falta. Soy la doctora Tess Mitchell, del Chicago Mercy.

El director parpadeó, conocía la reputación de una de las mejores cirujanas pediátricas de la ciudad. Luego, su mirada regresó a Sienna. Algo en su tono cambió.

—Disculpe la pregunta, pero... ¿usted tiene veintitrés años, señorita Maddox?

—Sí.

—Y desea costear este tratamiento de forma privada —era una afirmación más que una pregunta.

—Sí —afirmó Sienna de nuevo.

—Verá… —el hombre se aclaró la garganta, incómodo—. El coste mensual de un ingreso residencial con atención 24/7, psiquiatría, fisioterapia y terapia ocupacional no es precisamente bajo. Estamos hablando de cifras altas. Muchos pacientes requieren apoyo familiar estable o algún tipo de beca externa. ¿Dispone usted de… medios financieros acreditables?

Antes de que Sienna pudiera abrir la boca, Ivy se adelantó.

—¿Y eso qué importa? Está aquí con informes especializados, una de las mejores doctoras de Chicago, y con todos los documentos en regla. ¿Desde cuándo hay que demostrar solvencia antes de valorar la necesidad clínica?

—No, no he querido decir…

—¿Y qué ha querido decir entonces? —preguntó Tess, seca como uno de sus bisturís quirúrgicos—. ¿Que por ser joven no es capaz de cuidar de su hermano? ¿O que si no aparece con un traje caro no puede permitirse un ingreso?

Brynn, hasta entonces en silencio, miró al director con una dulzura peligrosa.

—Sienna ha hecho más por ese chico que la mayoría de las familias que traen aquí a sus hijos. Ella puede encargarse de lo que usted requiera. Y dónde no llegue ella tiene a gente que la respalda.

El director se removió, incómodo. Intentó recuperar el control de la conversación, pero Sienna levantó una mano y habló con calma.

—No os preocupéis.

Las tres la miraron. Ella respiró con profundidad, con el control impecable de quien ha tenido que calmar muchas tormentas sola.

—Doctor —dijo—. Entiendo sus dudas. Las compartí durante años. Pero le aseguro una cosa: el dinero no será un problema. La documentación está completa, el historial actualizado, y tengo los recursos necesarios para cubrir los costes, no solo el ingreso, también todas las terapias adicionales y complementarias. No vengo a pedir un favor. Vengo a contratar un servicio digno para mi hermano. Y si ustedes no pueden ofrecerlo sin juzgar, buscaré otro lugar.

Durante unos segundos, sólo se oía el zumbido lejano de un aire acondicionado.

El director tragó saliva. Asintió, esta vez sin evasivas. La verdadera Sienna había dejado de ocultarse. La reservada camarera y la audaz *hacker* se fusionaban en esta nueva criatura, firme y resuelta.

—Les enseñaré las instalaciones —dijo finalmente—. Y discutiremos las condiciones.

Las chicas se miraron entre sí. Tess sonrió, aprobando. Ivy le guiñó un ojo. Brynn le apretó el brazo al pasar junto a ella.

Sienna se puso en pie, más erguida que nunca.

Por fin estaba dejando de luchar sola.

CAPITULO 5

El zumbido bajo del sistema de ventilación y el leve aroma a cuero y bourbon impregnaban el despacho de Dominic. Las luces estaban atenuadas, proyectando sombras suaves sobre las paredes revestidas de madera oscura. Fuera, el murmullo de Vinyl seguía vivo, preparando los pedidos de bebidas y el equipo de seguridad para la apertura de la noche, pero ahí dentro, el tiempo parecía suspendido.

Ash estaba apoyado en la pared, brazos cruzados sobre el pecho, imponente como siempre. Max se había quitado la chaqueta y se reclinaba en el sillón junto al escritorio, con un vaso de güisqui en la mano. Dominic revisaba unos informes en su *tablet*, pero escuchaba con atención. Landon estaba en el sofá, inclinado hacia delante con los codos en las rodillas, el ceño fruncido y el gesto ausente.

—¿Va todo bien, Lan? —preguntó Max tras unos minutos de conversación intrascendente sobre contabilidad y reformas en *Velvet*.

Landon no respondió al instante. Se pasó una mano por la nuca y soltó un suspiro bajo, como si llevara horas acumulando presión.

—Hay algo que tengo que deciros —murmuró al fin—. Y..no sé ni por dónde empezar.

Ash alzó una ceja. Dominic dejó la *tablet* a un lado. Max se irguió en el sillón, ya alerta.

—*Nocturna* —dijo Lan, con la voz tensa—. La *hacker* que nos ha ayudado con Elise, con Peter, con Coral... Es Sienna.

El silencio fue inmediato. Ash dejó de apoyarse en la pared. Dominic parpadeó. Max solo lo observó, con esa expresión que usaba cuando

evaluaba si alguien estaba diciendo toda la verdad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Max en voz baja.

—Porque me lo dijo ella —respondió Lan con amargura—. Me lo confesó ayer por la tarde. Me explicó por qué lo ocultó... todo. Pero joder, Max. Me siento un idiota.

Ash frunció el ceño, pero no habló.

—Estoy loco por ella —continuó Lan, la voz cargada de rabia contenida—. Y aun así, también sentía algo por *Nocturna*. No sabía quién era, pero había una conexión, una forma de entendernos... Y resulta que eran la misma persona. Me engañó. Me lo ocultó todo este tiempo. Se reía en mi cara mientras yo la buscaba en la red y la tenía delante todo el maldito tiempo.

—No se reía de ti —intervino Ash, con su tono grave—. Si te lo ha dicho, ha sido porque ha decidido confiar en ti. Nadie la obligó. No pierdas de vista que fue por propia voluntad, no la descubriste en un renuncio, ni nada por el estilo.

—Exacto —apuntó Dominic—. Nadie le puso una pistola en la cabeza. Y tú sabes lo que significa eso, Lan. Con todo lo que esa chica ha vivido, confiar es un salto al vacío.

—Y aun así, me mintió. Durante meses —insistió Lan dolido—. Entiendo que ha tenido una vida dura, pero nosotros también, Tess, Ivy y Brynn. Y no mentimos.

—¿En serio? —preguntó Max, sin apartar la mirada—. ¿Tú le contaste todo lo tuyo desde el principio? ¿Le dijiste que eras parte del círculo más protegido de la ciudad? ¿Que trabajas con mafias, clubes de motoristas y jueces en la línea de la legalidad para proteger a tu gente?

Landon apretó los labios. No. No lo había hecho.

Ash se acercó al sofá y se sentó frente a él.

—Sienna no es como las demás. Lo sabes. No es una mujer que busque atención. No es una interesada o una cazafortunas. Ella se

esconde por algo. Con lo que hace seguramente necesita proteger su propia vida y la de su familia. Y sin embargo... te lo dijo.

Landon bajó la mirada. Sus manos temblaban apenas.

—Estoy enamorado de ella. De *ella*. De Sienna. De *Nocturna*. De las dos. Joder, es lo mismo. Me enamoré dos veces, sin saberlo. Me sentía un poco cabrón por sentir lo mismo por dos mujeres distintas… y resulta que son la misma. No sé cómo conciliar eso en mi cabeza y en mi corazón.

—Y eso tiene que significar algo, ¿no? —dijo Dominic, serio—. Te enamoraste de la verdad, Lan. Incluso cuando no sabías que lo era. Eso no suena a traición. Te enamoraste de la misma mujer dos veces, hermano. Es jodidamente poético, la verdad.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada. Solo se oía el murmullo lejano de las pruebas de sonido desde el pasillo. Max se levantó y colocó su mano en el hombro de su hermano pequeño.

—¿Qué vas a hacer?

Landon tragó saliva, sin apartar los ojos del suelo.

—No lo sé. No puedo perdonarla fácilmente. Pero tampoco quiero perderla. Primero necesito ordenar todo en mi cabeza.

Ash asintió, lento.

—Entonces empieza por no huir. No seas mezquino con ella. Ya ha pasado por bastante. Tu siempre nos tendrás a nosotros, a Tess, a Ivy e incluso a Brynn. ¿A quién tiene ella si tú la apartas?

Landon alzó la vista, aun dudando. Y por primera vez en días, pensó que tal vez, solo tal vez, había una salida.

ΔΔΔ

La cocina olía a curry suave y pan de ajo recién horneado. La cuidadora de Rory se había marchado hacía una hora, satisfecha por la tranquilidad del fin de semana. Sienna, sin embargo, no terminaba de relajarse. Se movía con cuidado, como si algo dentro de ella

supiera que la paz era un hilo demasiado fino y éste estaba a punto de romperse.

Rory estaba sentado a la mesa, con el rostro ligeramente iluminado por la lámpara colgante. Llevaba una camiseta de *Star Wars* y hojeaba distraídamente la guía de Netflix.

—¿Guardianes de la Galaxia otra vez? —preguntó Sienna, esbozando una sonrisa tenue mientras se sentaba frente a él con una carpeta azul entre las manos.

—Me hace reír —respondió Rory, sin mirarla—. El mapache habla igual que tú cuando estás enfadada.

Sienna soltó una risa breve, pero en su pecho la ansiedad crecía como una sombra.

—Rory, cariño —empezó, bajando el tono—. Hoy he ido a visitar un sitio, es un centro. Uno nuevo, muy distinto a lo que puedas imaginar. Es bonito. Luminoso. Con jardines. Hay habitaciones privadas y talleres de arte. Y tienen personal psiquiátrico de primer nivel.

Rory dejó de mirar la guía. Giró la cabeza muy despacio, clavando los ojos en ella.

—¿Quieres encerrarme?

—No. No es un encierro, Rory —dijo ella con ternura, mostrando los folletos—. Es un lugar donde estarás seguro. Con gente que te cuidará cuando yo no pueda. Yo estaré yendo. Todo el tiempo. Y podrás salir. Ir donde quieras, con compañía. Tendrás visitas. Cuidadores. No es una cárcel.

—¡Suena como una cárcel! —espetó él, con la voz rota por la ira—. ¡Como cuando en el hospital me ataban a la cama y no me dejaban salir!

—Rory, no es lo mismo. Es un sitio amable. He hablado con el director. Pueden ayudarte a controlar los brotes, a estabilizarte...

—¡Tú quieres librarte de mí! — la interrumpió con la cara roja de ira y los ojos desorbitados,

Se levantó de golpe. La silla cayó al suelo con un golpe ruidoso. Sienna también se incorporó, despacio, con las manos en alto.

—No quiero librarme de ti. Quiero cuidarte, Rory. Quiero que tengas la mejor vida posible.

Pero ya era tarde. El brillo de lucidez en los ojos de su hermano se apagó en un segundo. En su lugar, apareció algo oscuro. Ajeno e incontrolable.

Rory cruzó la cocina en dos zancadas. Sienna intentó esquivarlo, pero la golpeó en la mejilla con el dorso de la mano. Cayó al suelo. El segundo golpe le dio en el hombro. El tercero le partió el labio.

—¡Tú no eres mi hermana! ¡Tú no eres real! ¡Estás muerta, tú estás muerta!

—Rory, para. Por favor... —la voz se le rompió.

Se acurrucó junto al lavavajillas, protegiéndose la cabeza con los brazos, temblando. Los folletos se habían esparcido por el suelo como hojas caídas. Entonces, de golpe, todo cesó.

El silencio fue absoluto.

—¿Sienna?

La voz de Rory sonó como la de un niño.

—¿Te he hecho daño?

Ella no respondió, el temblor le impedía hablar.

—No... no quería. No otra vez. No... no soy un monstruo...

Sienna lo vio desplomarse de rodillas. Su rostro se cubrió con las manos. Empezó a llorar.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

—Está bien... —susurró ella con voz ronca—. Está bien si firmas los papeles.

Rory, sin dejar de llorar, se arrastró hacia la mesa, cogió el bolígrafo y los formularios, y firmó con trazos temblorosos. Sienna aún seguía en el suelo, con la sangre resbalándole por la comisura del labio. No

se movió hasta que lo vio desaparecer por el pasillo, dirección a su habitación.

Solo entonces se incorporó. Le temblaban las rodillas. Le dolía todo. Recogió los documentos, cerró la carpeta azul, y caminó a su cuarto con pasos arrastrados. Entró, cerró la puerta. Echó el pestillo. Puso el seguro. Apoyó la espalda contra la madera. Lo hizo todo con movimientos mecánicos.

Y por primera vez en muchos días, tuvo miedo real de su hermano. El labio le sangraba. Le ardía la mejilla.

Se dejó caer al suelo y, sin soltar la carpeta, rompió a llorar.

ΔΔΔ

El lunes por la mañana, el sol apenas se filtraba por las vidrieras altas de *Velvet*, proyectando haces cálidos sobre las mesas aún vacías. El local olía a café recién hecho, a madera pulida y a rutina. Pero Landon no sentía nada de eso. Había dormido mal, o más bien, no había dormido en absoluto. La madrugada lo había sorprendido en el sofá de su estudio, con las manos enredadas en el pelo y el pecho encogido.

Todo era una mierda.

Había perdido a Sienna. A su risa contenida, a su forma de morderse el labio inferior cuando pensaba algo sarcástico, al único beso que le había dado, que ahora parecía tan lejano como irreal. Pero también había perdido a *Nocturna*. Su compañera invisible, su aliada digital, esa mente brillante que lo entendía con una precisión que nadie más alcanzaba.

Ambas eran la misma mujer.

Y eso lo jodía aún más.

Cruzó el vestíbulo de *Velvet* con paso tenso. El local aún no había abierto al público, pero el equipo ya estaba en marcha. Algunos camareros pulían copas, otros repasaban reservas. Y entonces la vio.

Sienna.

Detrás de la barra, con su impecable uniforme negro y la camisa planchada hasta la perfección. El cabello rojo recogido en una trenza ladeada, labios pintados en un tono neutro. Profesional, hermosa e inalcanzable.

Pero Landon no vio solo eso.

Vio el maquillaje que intentaba —sin éxito— ocultar las sombras violáceas bajo uno de sus ojos. El leve abultamiento en el pómulo derecho. Y sobre todo, el corte en el labio inferior, que ni el mejor cosmético podría disimular del todo.

Se detuvo. El aire pareció volverse más denso.

Sienna alzó la vista y lo miró. Fijamente.

No con súplica, ni con reproche. Solo esperandolo.

A que hiciera algo. A que se acercara. A que preguntara. A que la perdonara. Algo.

Y él la veía. La veía demasiado.

El recuerdo de los mensajes, cuando era solo *Nocturna*, le atravesó la mente. La forma en que los mensajes agudos y divertidos se sucedían en la pantalla, cómo se burlaba de él mientras lo ayudaba a rastrear enemigos. También recordó cuando la tuvo contra la pared del pasillo trasero de *Velvet*, sus labios contra los suyos, su cuerpo temblando bajo sus manos.

Todo eso era ella. Y ahora era nada. No podía perdonarla. No tan rápido.

No cuando su confianza era lo único que nunca regalaba. No quería ser mezquino como le había pedido Ash. Pero toda la situación le superaba.

Tragó saliva. Se obligó a moverse. Avanzó hacia la barra, lento. Ella no apartó la mirada. Sus ojos seguían clavados en los suyos.

Al pasar junto a ella, Landon la miró una última vez.

—Buenos días —murmuró, sin detenerse.

Su voz sonó más hueca de lo que quería.

Sienna no respondió. Solo parpadeó, una vez. Y luego volvió la mirada a las tazas que estaba ordenando. Ocultando el dolor que le producía su indiferencia, aguantando el picor en la nariz que amenazaba con iniciar un llanto antológico. Quizá le había perdido para siempre.

Lan subió las escaleras hacia su despacho con el corazón latiendo como un tambor, sabiendo que había elegido el castigo en lugar del consuelo. Porque era más fácil alimentar el orgullo que enfrentar el miedo de volver a confiar en ella.

Un rato después, Sienna seguía tras la barra, organizando al personal con su eficiencia habitual. Su voz era firme, casi impasible, mientras distribuía tareas y revisaba la lista de reservas. Nadie parecía notar la leve tensión en sus hombros o la forma en que evitaba tocarse el labio partido.

Hasta que Ash entró.

La puerta principal del local se cerró tras él con un golpe suave. Avanzó con paso seguro, como siempre, la chaqueta colgando del antebrazo y la mirada concentrada. No llevaba expresión alguna en el rostro, pero cuando sus ojos se posaron sobre Sienna, el mundo pareció detenerse un instante.

Ella lo notó al instante. Levantó la vista, y su cuerpo se tensó.

Ash la observó con esa intensidad silenciosa que todos conocían y pocos eran capaces de soportar. Sienna aguantó la mirada, aunque por dentro se sentía a punto de quebrarse.

Él no dijo nada. Solo hizo un gesto leve con la cabeza.

—Despacho. Ahora.

Los camareros disimularon su incomodidad. Sienna asintió, entregó su bloc de notas a uno de ellos y rodeó la barra sin decir una palabra. Sus pasos resonaron tras los de Ash mientras subían al despacho del segundo piso. Apenas entraron, Ash cerró la puerta

con firmeza. Se giró hacia ella, pero antes de que pudiera decir nada, Sienna habló.

—Sé que lo sabes. —Su voz era baja, contenida—. Sé que Landon te lo ha dicho. Que sabes que yo… que yo soy *Nocturna*.

Ash no respondió al instante. La observó con detenimiento. Vio más allá del maquillaje, más allá del uniforme. Vio a la chica asustada y sola que había salvado a todos sin pedir nada a cambio.

—Sí, lo sé —dijo finalmente—. Pero no te he traído aquí para juzgarte. Te he traído para darte las gracias.

Sienna parpadeó.

—¿Gracias?

Ash asintió con gravedad.

—Por ayudar a Tess. Por proteger a Ivy. Por infiltrarte en sistemas donde nadie más se habría atrevido. No importa cómo lo hiciste. Importa que lo hiciste. Que lo hiciste por nosotros.

Ella bajó la mirada. Las manos le temblaban.

—Mentí, Ash. Me escondí. Fui una cobarde.

—No —la interrumpió él, con suavidad inusual—. Fuiste una superviviente. Un *hacker* de verdad no deja nunca al descubierto su identidad. Tú solo seguiste las reglas. Y aun así, decidiste confiar en Landon. Lo hiciste. Eso dice más que cualquier excusa.

Sienna cerró los ojos un segundo. Cuando volvió a abrirlos, Ash la estaba mirando con ternura. Como un hermano mayor que comprendía demasiado.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó, esta vez con una nota grave de preocupación.

Ella vaciló. No quería mentir. No con él.

—Rory tuvo un brote anoche —dijo al fin—. Le hablé del centro, de que debía ingresar… y perdió el control. Me golpeó. Pero volvió en sí. Firmó los papeles y aceptó el ingreso.

Ash apretó la mandíbula. Dio un paso hacia ella.

—¿Quieres que alguien lo recoja por ti? ¿Que esté vigilado? Puedo mover a un par de chicos de Sam, o hablar con Maksim. Si ese cabrón vuelve a levantarte la mano…

—No. —Sienna lo interrumpió con suavidad, pero con firmeza—. Rory está enfermo, Ash. No es un monstruo. No siempre. No cuando está bien. No necesito castigarlo. Necesito apoyo y que él obtenga toda la ayuda que necesita.

Ash bajó la cabeza. Asintió.

—Vale. Pero si alguna vez vuelve a pasar… me llamas. No lo dudes ni un segundo. ¿Entendido?

Sienna sonrió, apenas. Desearía poder tener ese ofrecimiento por parte de Landon.

—Entendido.

Se hizo un silencio breve. Luego Ash habló, con ese tono grave que usaba solo cuando el tema le importaba de verdad.

—Sobre Lan…

Sienna se tensó.

Ash suspiró i continuó.

—Mira, Lan… Lan es el más brillante de nosotros. Pero también el más jodidamente sensible. Tiene mil capas por debajo del sarcasmo. Cuando confía en alguien, lo hace con el alma entera. Y ahora se siente traicionado. Pero también está un poco roto. Porque tú le importas de verdad.

Sienna bajó la vista.

—No espero que me acepte de nuevo. Solo que me perdone… quiero que algún día me mire sin dolor. Que podamos volver a hablar. Aunque sea como amigos. —Hizo una pausa—. Ni siquiera me atrevo a desear algo más.

Ash la observó un momento.

—Él volverá —dijo con seguridad—. Porque a los nuestros no los dejamos caer. Aunque ahora no sepa cómo mirarte, sigue viéndote.

Créeme.

Ella asintió, sin poder contener las lágrimas silenciosas que empezaban a deslizarse por su mejilla.

Ash se acercó y, sin decir palabra, la abrazó.

Fuerte. Fraternal. Protector.

Y durante un instante, Sienna se permitió apoyarse. Porque por primera vez en mucho tiempo… no estaba sola. Tenía a Ivy, a Tess, a Brynn y ahora también a Ash. Solo deseaba poder añadir a Lan a ese grupo. Algún día. Pronto. Quizá.

CAPITULO 6

El sol aún no había terminado de despuntar cuando Sienna detuvo el coche frente al centro psiquiátrico de ingreso voluntario Lakeside. La luz tenue del amanecer apenas iluminaba la fachada blanca y limpia, flanqueado por árboles en flor que parecían vigilar en silencio. Rory, sentado en el asiento del copiloto, llevaba las manos apoyadas sobre las rodillas, inmóvil, con la mandíbula apretada y los ojos clavados en la entrada.
—No tienes que decir nada si no quieres —murmuró Sienna, rompiendo el silencio con una suavidad casi inaudible.

Rory asintió una sola vez.

—Lo sé.

Salieron del coche sin prisa. El aire frío de la mañana les envolvió como una advertencia. Frente a la entrada, Sienna se giró hacia su hermano. Sus ojos estaban limpios, sin lágrimas, pero cargados de algo mucho más profundo: determinación y miedo entrelazados.

—Voy a venir el domingo —le dijo, ajustándole el cuello del abrigo—. Y si me necesitas antes... ya sabes qué hacer.

Rory esbozó una sonrisa que le estiró la cicatriz del pómulo que se hizo a los diez años. Estaba lúcido. Cansado, pero entero.

—No quiero que sigas cargando con esto, Sien. Conmigo. Con lo que hice. —Se le quebró apenas la voz, pero se contuvo—. Tienes derecho a respirar sin sentir que tienes que salvarme.

Ella bajó la mirada un instante, y luego le abrazó con fuerza. No le respondió. Ya se lo había dicho demasiadas veces. Ahora solo

importaban los hechos.

Al otro lado de la calle, apoyado en el capó de un coche negro con cristales tintados, Landon observaba en silencio. Llevaba las manos en los bolsillos de la cazadora y los hombros tensionados. Sus ojos agudos, se posaban ahora con vulnerabilidad en la escena frente a él. Sienna notó su presencia al instante.

Sus miradas se cruzaron brevemente. Él no hizo ningún gesto. Ella tampoco. Solo le sostuvo la mirada con un temblor casi imperceptible en el cuerpo. Luego, sin decir nada, tomó la mano de Rory y entraron juntos en el centro.

ΔΔΔ

Pasaron más de veinte minutos. Lan no se movió.

Cuando Sienna salió de nuevo, sola, cerrándose la chaqueta contra el viento cortante, lo encontró exactamente en el mismo sitio. Esta vez, fue él quien se adelantó. Dio dos pasos y se detuvo frente a ella.

—No estoy aquí por casualidad —dijo, sin adornos—. Y sé que fui un idiota el lunes. No te pregunté. No dije nada. Me callé cuando tenía que haber hablado. Estabas herida, y yo... —se pasó una mano por la nuca, frustrado—. Me preocupé, claro que me preocupé. Pero dejé que mi orgullo hablara por mí. Como siempre.

Sienna no respondió enseguida. Sus ojos, cansados pero vivos, lo escudriñaron sin filtros. No había reproche, ni rabia. Solo una pregunta: *¿Y ahora qué?*

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó al fin, con voz baja.

Lan no dudó.

—Porque siempre estoy pendiente de ti. Aunque no quiera. Aunque intente engañarme diciendo que no me importas. —La miró con intensidad intentando decirle todo lo que sentía con una sola mirada —. No quería que pasaras por esto sola. Nadie debería hacerlo. Y tú ya has pasado demasiadas cosas sola.

Sienna tragó saliva. Por un momento pensó en decir algo que rompiera la tensión, algo irónico. Pero no pudo. Porque sus palabras se le clavaron muy dentro. Nadie nunca había pensado en ella como la primera opción.

—Gracias por venir —susurró, apenas audible.

Y, por primera vez en semanas, Landon sonrió de verdad, esa sonrisa luminosa que lo convertían en alguien imposible de pasar por alto.

Sienna se cruzó de brazos, un gesto inconsciente de autoprotección, no era el frío lo que la hacía temblar.

—Tengo que irme —dijo, bajando la mirada por un segundo—. Quiero darme una ducha y cambiarme antes de ir a trabajar.

Lan asintió, pero no se apartó del camino.

—Te llevo.

Sienna negó suavemente con la cabeza.

—He venido en mi coche.

Otra vez el silencio. Esta vez más espeso. Se quedaron ahí, de pie en mitad de la acera. Había mucho más por decir, ninguno de los dos quería irse aún. Parecía una oportunidad que ninguno de los dos quería dejar escapar.

Sienna se removió ligeramente, nerviosa. Buscó algo que decir y se aferró a la primera idea que cruzó por su mente, aunque sonara absurda.

—El viernes —comenzó, sin mirar directamente a Lan— he quedado con Ivy, Tess y Brynn. Vamos a *Vinyl*. Noche de chicas.

Lan ladeó la cabeza apenas un milímetro. Algo se encendió en su mirada, imperceptible para cualquiera menos para ella.

—Estaré allí —dijo simplemente—. He quedado con Max, Ash y Dom. Podemos... coincidir.

No sonrieron. No lo necesitaban. Lo que acababan de acordar no tenía etiqueta. No era una cita. Pero tampoco era una casualidad.

Sienna asintió, como quien acepta un pacto silencioso. Dio un paso atrás.

—Nos vemos luego —dijo, con voz apenas audible.

Lan se quedó quieto mientras ella caminaba hacia su coche. La vio entrar, encender el motor y ajustar el espejo retrovisor. La vio cerrar los ojos durante un segundo. Como si necesitara recomponerse.

El coche arrancó con suavidad. Lan observó cómo se alejaba calle abajo. Cuando Sienna alcanzó la primera intersección, giró a la izquierda. Justo entonces, un SUV gris surgió de la nada por la vía perpendicular.

El impacto fue brutal. El coche de Sienna se ladeó, se alzó unos centímetros y giró sobre sí mismo antes de estrellarse contra una farola.

—¡Sienna! —gritó Lan, ya corriendo antes de que el coche terminara de girar. Sacó el móvil e intentó captar alguna imagen del coche.

El SUV no se detuvo. Aceleró y desapareció calle arriba como una sombra, a la fuga.

Lan llegó al coche destrozado en segundos. Golpeó con fuerza el cristal del conductor.

—¡Sienna! ¡Mírame!

Ella estaba consciente. Sangraba por la frente. Tenía la mejilla pegada al volante, los ojos abiertos y asustados. Intentó moverse, pero no pudo.

—Tranquila, estoy aquí —dijo Lan, mientras sacaba su móvil con una mano y rompía el cristal con el codo.

Marcó a Max. Su voz fue seca, implacable:

—Han ido a por ella. Necesito refuerzos. Y un puto médico. Ahora.

Lan se arrodilló junto a la puerta del conductor, el cristal reventado a sus pies. La chapa del coche de Sienna estaba hundida como si un puño gigante hubiera aplastado el lateral entero. Humo y olor a gasolina flotaban en el aire.

—Sienna —dijo, con voz baja, firme—. Estoy aquí. No te muevas.

Ella giró la cabeza lentamente, con un gesto torpe. Tenía sangre en la sien y un corte en el labio inferior. Sus pupilas estaban dilatadas, confusas.

—¿Lan...? —murmuró, frunciendo el ceño—. ¿Qué ha pasado?

—Tuviste un accidente —respondió él, tragándose la ira y el miedo—. Pero vas a estar bien. Estás consciente. Eso es lo importante. No te muevas. No intentes salir.

Quería tocarla. Sacarla él mismo de ahí. Pero no podía arriesgarse a dañarla más. El airbag del lado del conductor se había desplegado, pero el golpe lateral había aplastado parte del bastidor. Cualquier movimiento en falso podía empeorar una posible fractura interna.

A lo lejos, se empezaron a escuchar las sirenas. Lan apretó los dientes con fuerza. No era un accidente. Lo había visto todo: el ángulo, la velocidad, la forma en que el otro coche había embestido sin titubeos.

La habían atacado. Iban a por Sienna.

Y si no la hubiera seguido esa mañana, si no hubiera estado allí…

Las luces de emergencia tiñeron las fachadas de rojo y azul. Una ambulancia frenó junto al bordillo. Tres sanitarios bajaron corriendo, cargando mochilas médicas. Tras ellos, un patrullero de la CPD se detuvo con chirrido de ruedas. Dos agentes descendieron con rapidez, evaluando el entorno, uno ya hablaba por la radio.

—¡Vehículo accidentado! Conductora atrapada pero consciente —gritó uno de los paramédicos.

—Tiene traumatismo craneal leve, corte facial y desorientación —aportó Lan al instante, señalando el lado del impacto—. No se ha movido desde el golpe. No ha perdido el conocimiento.

—¿Es usted familiar?

Lan dudó un segundo.

—Sí.

Los paramédicos abrieron la puerta con cuidado, cortando el cinturón de seguridad de Sienna mientras colocaban un collarín cervical. Uno de ellos introdujo con precisión una camilla de extracción lateral. Todo fue rápido, entrenado, eficiente.

—Vas a estar bien, Sienna. Están contigo. Yo estoy contigo —repitió Lan, sin moverse de su sitio.

Ella lo miraba sin terminar de enfocar. La sangre resbalaba por su mejilla, mezclada con lágrimas silenciosas.

—Lan... tengo miedo —susurró, antes de que la subieran a la camilla.

Lan sintió que algo dentro de él se rompía. Sonaba tan vulnerable, como una niña perdida.

—Ya no, pequeña. Ya no debes tener miedo.

Mientras los paramédicos aseguraban a Sienna en la ambulancia, uno de los policías se acercó a Lan.

—¿Ha visto lo ocurrido?

—Sí. No fue un accidente. El otro coche la embistió de forma deliberada y huyó. Era un SUV gris oscuro, sin matrícula delantera. Tengo una grabación parcial en el móvil. Puedo enviarla.

El agente asintió, tomando nota mientras otro oficial acordonaba la zona y hablaba con la central.

Lan subió a la ambulancia sin pedir permiso. Nadie se lo impidió.

Dentro, Sienna tenía una vía en el brazo y una mascarilla de oxígeno. Sus ojos iban cerrándose poco a poco. Uno de los paramédicos le hablaba con voz tranquila, dándole indicaciones. Ella asentía débilmente.

Lan se sentó a su lado, con el teléfono en la mano, pero sin poder usarlo. Tenía llamadas pendientes. Mensajes urgentes que enviar. Debía contactar con Max de nuevo. Con Ash. Con Dom. Con Legend. Con la Bratva. Activar a todos, joder.

Pero no podía. No podía mirar otra cosa que no fueran los dedos de Sienna, manchados de sangre, ligeramente abiertos sobre la sábana

blanca.

No podía apartarse de ella.

El vehículo se dirigía al Chicago Mercy a toda velocidad. Lan no sentía los baches. No escuchaba los murmullos médicos. Solo podía escuchar su respiración. Contarla. Seguirla.

Y por primera vez en años, Landon Vance tuvo miedo real de no poder proteger a alguien a tiempo.

Las puertas automáticas de urgencias se abrieron con un golpe seco. La ambulancia apenas se había detenido cuando Tess salió, con la bata blanca abrochada hasta el cuello, guantes puestos y la expresión completamente centrada.

—¿Dónde está? —preguntó al paramédico, mientras sus ojos localizaban a Lan antes de que él siquiera hablara.

—Femenina, veintisiete años —dijo uno de los técnicos—. Traumatismo craneoencefálico leve, posible conmoción, desorientación inicial, corte en la frente, colisión lateral por impacto deliberado. Consciente.

—Tess, joder, ¡haz algo! —rugió Lan, saltando del vehículo antes de que terminara de frenar.

—¡Estoy en ello! —le respondió ella sin dejar de moverse—. Lan, escucha. Déjanos trabajar. No le vas a ayudar si estás encima.

—No la dejéis sola. Ni un segundo. ¿Me oyes? Se lo he prometido.

—No lo estará. Te lo prometo —dijo Tess, con una firmeza que sólo alguien como Lan podía respetar.

Sienna perdió el conocimiento justo cuando la trasladaban de la camilla al box de trauma. Su cabeza giró hacia un lado, la mascarilla se desplazó, y los paramédicos alertaron al instante. Tess reaccionó con rapidez.

—¡Saturación bajando! ¡Vamos, vía aérea y control neurológico ahora!

Lan trató de seguirlos dentro, pero un celador y una enfermera le cortaron el paso con suavidad pero con firmeza.

—Tiene que esperar fuera, señor.

Lan golpeó la pared con la palma abierta y se quedó allí, en el pasillo. Inmóvil. Como si todo su cuerpo estuviera a punto de estallar.

El hospital giraba a su alrededor como un ruido blanco: carritos, luces, pasos rápidos, voces entrecortadas. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos un segundo.

"Respira. Mueve ficha."—se dijo.

Sacó el móvil, desbloqueó un panel de acceso biométrico y activó su servidor doméstico desde una aplicación cifrada. Dio acceso a las grabaciones de las cámaras de su casa y a los rastreadores GPS conectados a los sistemas de su equipo de inteligencia personal. Empezó a buscar coincidencias con la matrícula del SUV, trazas digitales, triangulación de móviles cercanos.

No vas a desaparecer, cabrón. Te tengo.—pensó con decisión.

Marcó a Dominic.

—¿Lan? —respondió al segundo, con voz alerta.

—Han atacado a Sienna. Embestida frontal. Iban a por ella.

—Mierda. ¿Dónde estáis?

—Chicago Mercy. Ha perdido el conocimiento al llegar al hospital. Tess la está atendiendo. No sé cómo está —se le rompió la voz.

Hubo un segundo de silencio.

—Ash y Max ya están aquí conmigo. Vamos para allá. En cuanto tengamos información, activamos a Sam, a Maksim y llamamos a Gabriella. Esto no queda así.

—Dadle prisa. —La voz de Lan ya no era humana. Era de hielo—. Esta vez, no nos vamos a quedar esperando.

Colgó. Guardó el teléfono. Y se quedó mirando la puerta cerrada del box donde estaban con Sienna.

ΔΔΔ

El tic-tac del reloj en el pasillo de urgencias se fundía con el zumbido eléctrico de las luces fluorescentes. Lan seguía allí, sentado en el suelo, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas sobre la boca. No había derramado una sola lágrima, pero el temblor constante de su pierna delataba la tormenta interior.

Las puertas del ascensor se abrieron con un pitido metálico.

—Ahí está —dijo Max.

Dom fue el primero en llegar hasta él. Sin decir palabra, se agachó y lo ayudó a levantarse del suelo con una mano firme en el antebrazo. Lan no opuso resistencia. Se dejó levantar, como si su cuerpo ya no respondiera a órdenes simples.

—¿Cómo estás? —preguntó Dom en voz baja, tocándole brevemente la nuca, reconfortándolo como un hermano mayor haría.

Lan negó con la cabeza.

—Hasta que no la vea respirar otra vez, no lo sé.

Ash, a un par de metros, ya hablaba por teléfono.

—Ivy, escucha… No te asustes. Sienna está en urgencias. Fue un accidente… no, no fue un accidente. La embistieron. Sí, está Tess con ella. Está en buenas manos. No vengas aún, espera a que tengamos información médica. Lo prometo, te llamo en cuanto sepamos más.

Max se acercó al otro lado de Lan. Sus ojos, oscuros y serios, eran puro control en tensión.

—Cuéntamelo todo —Max estaba utilizando el tono de militar entrenado que utilizaba cuando planeaban misiones de rescate.

Lan respiró hondo. Bajó la voz, pero no la firmeza.

—Estaba frente al centro con Rory. La vi despedirse, lo acompañó dentro. Luego salió sola, hablamos y subió a su coche. Yo estaba cruzando la calle. Iba a mi coche… pero no llegué. En la intersección, un SUV gris oscuro se le echó encima. No frenó. No dudó. Lo vi todo. Fue un ataque dirigido.

Ash colgó la llamada y se giró hacia ellos.

—¿Placa?

—No llevaba matrícula delantera. Lo tengo en vídeo. Parcialmente.

—¿Y crees que fueron a por ella? —preguntó Max, entornando los ojos.

Lan asintió con firmeza.

—Sienna no es solo una camarera con sonrisa tímida. Es *Nocturna*. Ayudó a meter en la cárcel a los traficantes que le vendieron la mierda a Rory. A más de uno. Ha colaborado con las autoridades como informante digital. Tiene enemigos. Y no sólo en la calle. En la red también.

—Entonces puede haber sido cualquiera —murmuró Dom.

—Sí —respondió Lan, la mandíbula apretada—. Pero no nos vamos a quedar esperando a que lo intenten de nuevo.

Ash ya estaba marcando otro número. Se apartó un poco y habló con voz baja pero rotunda.

—Sam, soy yo. Necesito a los tuyos buscando un SUV gris oscuro. Sin matrícula delantera. Zona del Chicago Mercy. Intersección este, cerca del centro psiquiátrico Lakeside. Seguramente tiene el parachoques frontal reventado. A ser posible, quiero al conductor vivo. Pero sin manos también me sirve.

Max y Dom se intercambiaron una mirada. La cacería había empezado de nuevo.

En ese momento, la puerta de la sala de trauma se abrió.

Tess salió con la bata manchada de sangre seca en la manga y el pelo recogido en una coleta alta. Se quitó los guantes mientras hablaba:

—Está estable. —Todos se giraron hacia ella al instante—. La conmoción no es grave, pero necesita observación las próximas veinticuatro horas. Tiene varios cortes, magulladuras… pero lo más serio son tres costillas rotas. No hay neumotórax, gracias a Dios. La vamos a trasladar a planta en cuanto haya cama disponible.

Lan dio un paso hacia ella.

—¿Está despierta?

—A ratos. Confusa, dolorida. Pero sí, despierta. Ha preguntado por ti. Y no la he dejado ver lo nervioso que estás —añadió con una media sonrisa suave—. Va a necesitar reposo total. Y a alguien que se quede con ella.

—Ya lo tiene —respondió Lan sin titubear.

Ash se cruzó de brazos. Max asintió. Dom dio una palmada seca en el hombro de Lan.

—Entonces vamos a encontrar al cabrón que la atacó—dijo Dom.

—Y vamos a asegurarnos de que no quede nada —añadió Max.

—Ni rastro —cerró Ash.

Lan volvió a mirar la puerta de trauma. Sus ojos eran puro fuego. Verla herida lo había puesto todo en una perspectiva brutal. Sentirse herido porque ella no le había dicho que era *Nocturna* le parecía un berrinche de niñato comparado con la posibilidad de perderla para siempre.

ΔΔΔ

La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por la luz azulada de la pantalla del portátil apoyado sobre las piernas de Lan. Sentado en la butaca junto a la cama, con la sudadera en el respaldo y los tatuajes tribales de sus brazos a la vista bajo la camiseta negra desgastada con el logo de Nintendo, parecía una figura tallada en tensión: la espalda recta, los ojos fijos en los datos, los dedos moviéndose con precisión sobre el teclado.

Sienna lo miraba desde la almohada, en silencio, sus párpados aún pesados por los analgésicos, la respiración algo lenta. Pero sus ojos estaban abiertos, y no apartaban la vista de él. Lo observaba como si intentara memorizarlo: la sombra de su mandíbula, el gesto ceñudo, las ojeras que le marcaban el rostro. Nunca lo había visto así. Vulnerable y bello. Feroz y agotado.

Lan levantó la vista. La pantalla reflejaba luces verdes y rojas sobre sus pupilas. Tardó una milésima en procesar lo que veía.

—Estás despierta —dijo, soltando el portátil al instante y acercándose al borde de la cama—. Joder, Sienna…

Ella intentó hablar, pero solo emitió un susurro débil.

—No hables —le pidió Lan, apoyando los dedos con suavidad sobre su muñeca—. Has estado horas sedada. Tuviste una conmoción leve. Tres costillas rotas. Cortes. Magulladuras. Pero estás viva. Estás entera.

Sienna parpadeó, como si le costara entenderlo todo.

—Estaba… en el coche. Iba a casa.

Lan asintió. Se sentó de nuevo en la silla, pero más cerca, con los antebrazos apoyados en los muslos, la mirada fija en la suya.

—Alguien te embistió. Deliberadamente. Y si yo no hubiese estado allí… —Su voz se quebró apenas, pero se obligó a contenerla—. Fue un ataque dirigido. No fue casual. Y sé que tú también lo sabes.

Sienna asintió muy despacio. Apretó los labios, con esfuerzo.

—¿Rory?

—Bien. Está bien. No sabe nada aún. Lo primero eras tú.

Ella cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, estaban húmedos.

—Me asusté, Lan. Cuando sentí el golpe… pensé que era el final.

—No lo era. —Su voz fue baja, grave, temblorosa de rabia contenida —. Y te juro que no voy a dejar que lo sea.

Ella lo miró entonces, parecía tan frágil en esa cama de hospital, pero sus ojos grises reflejaban toda la fuerza que contenía en su interior, esa que la mantenía firme ante todos los desafíos que se le presentaban. Lo desarmaba con esa mirada.

—¿Sigues enfadado conmigo? —preguntó con voz suave—. Por no contarte lo de Rory. Lo de *Nocturna*. Todo lo que escondí…

Lan se pasó una mano por la cara. Luego le cogió la mano a ella, con cuidado de no hacerle daño.

—Verte con sangre en la cara, medio inconsciente, fue como recibir una bofetada. Me hizo ver lo ridículo que era seguir enfadado. Has estado cargando con el mundo. Sola. Y no quiero que lo vuelvas a hacer.

—Lo último que he querido siempre ha sido hacerte daño o perderte —Sienna lo dijo sin pensar, con los labios resecos, pero la mirada cargada de verdad.

Lan se inclinó un poco más, sin romper la distancia prudente que imponía el estado de ella, pero dejando claro que no estaba lejos.

—Lo sé — dijo Lan con seguridad— No vas a perderme, el resto lo podemos solucionar más adelante. Puedes tener esa seguridad.

Se quedaron en silencio. Él aún sostenía su mano.

—Necesitas salir de tu casa —continuó Lan, más pragmático ahora —. Es posible que los que te atacaron te hayan rastreado. No me quiero arriesgar. Vas a venir conmigo. A mi casa.

Sienna abrió la boca para protestar, pero Lan la interrumpió antes de que hablara.

—No es negociable. Y no es por capricho, es por seguridad. Allí estarás protegida. Mi casa es a prueba de todo. Pero también porque necesito saber que estás bien y segura. Que respiras con tranquilidad.

Ella suspiró con dificultad, las costillas le estaban matando. Cerró los ojos, agotada. Pero cuando los abrió, sonrió, muy levemente.

—Está bien. Me rindo. Pero solo si me dejas elegir las series antes de ir a dormir.

Lan soltó una risa breve. Un sonido escaso, pero real.

—Trato hecho.

Sienna lo miró. Lo absorbió. El miedo no había desaparecido, pero algo en su interior se estaba recomponiendo. Estaba viva. Y Lan estaba allí.

Y aunque el cuerpo le dolía entero, solo podía pensar en una cosa: los próximos días junto a Lan iban a ser interesantes y muy muy

excitantes.

CAPITULO 7

El silencio de la casa unifamiliar de Sienna no tenía nada de acogedor.

Landon entró detrás de ella, alerta, con los ojos recorriendo cada rincón como si esperase que algo saltara detrás de las puertas. No lo dijo, pero se notaba que seguía enfadado. No con ella. Por lo que le habían hecho. Por lo cerca que había estado de perderla sin siquiera haberla tenido.

—Está vacía —susurró Sienna, y su voz resonó con un eco extraño. Como si la casa supiera que ya no era su hogar.

Llevaba muletas por precaución, aunque apenas las usaba. Las costillas rotas tardarían en sanar, pero la conmoción cerebral ya era cosa del pasado. Aun así, Landon no dejaba que cargara nada más pesado que una chaqueta. Le cogía hasta el bolso.

—¿Dónde tienes el equipo? —preguntó él, mirándola de reojo.

—Arriba. En el ático —respondió ella, sin añadir que era un secreto que nadie más había visto. Nunca. Ni siquiera Rory. Ni su padre antes de desaparecer de sus vidas. Siempre mantenía la puerta cerrada con llave y había instalado una sofisticada alarma que si no la desconectaba a tiempo tenía un protocolo de auto borrado de sus sistemas.

Subieron despacio. La escalera que llevaba al piso superior estaba oculta tras una puerta antigua con pomo de latón. Cuando la empujó, Landon notó el cambio de temperatura: arriba hacía más calor, pero también se sentía distinto, como si fuera a descubrir a la verdadera Sienna en aquel espacio.

El ático estaba lleno de vida. Un escritorio alargado, tres pantallas encendidas en modo nocturno, luces LED tenues recorriendo los marcos del techo inclinado, ventiladores de torre, libros de criptografía y *hacking*, discos duros etiquetados con números y palabras clave.

Sienna caminó hasta su rincón como si volviera a respirar después de días con el aire contenido.

—Este es mi refugio —confesó, sin mirarlo—. Mi base de operaciones.

Landon no dijo nada. Caminó tras ella y se detuvo en mitad de la estancia, observando sin moverse, sin invadir, pero absorbiendo cada detalle. Lo entendió todo sin que ella tuviera que explicarlo. Este era el lugar desde donde había ayudado a salvar a Parker, a Tess y a Ivy. Desde donde había desvelado la verdad sobre Elise, Peter y Coral.

—Aquí eres *Nocturna* —dijo al fin, su voz baja, grave, con algo parecido a reverencia.

Ella asintió, sin girarse. Era una confirmación que ninguno de los dos necesitaba. Para Lan era una reafirmación que le ayudaba a unir en su cabeza a *Nocturna* y la imagen que tenía hasta el momento de Sienna.

Él la miró como si acabara de verla por primera vez. Tal vez así fuera.

—Eres brillante —dijo—. Y preciosa. Joder, Sienna…

Ella giró la cabeza, sorprendida por el tono.

Sus ojos se encontraron. El aire se volvió denso.

Sienna se obligó a mirar otra vez sus pantallas. Activó su portátil, programó un *script* para dejar el sistema trabajando en remoto y volvió a guardar los discos duros más sensibles en una mochila de lona. Tenía el corazón acelerado. Por él. Por la manera en que Landon la estaba mirando. Como si por fin la estuviera viendo de verdad, a toda ella. Como si quisiera devorarla.

—Esto lo puedo llevar yo —dijo, con un tono firme—. No me romperé por una mochila.

—No es por si te rompes —replicó él, cogiéndosela con suavidad—. Es porque quiero hacerlo. Porque ahora estás conmigo.

Sienna tragó saliva.

Él no lo decía como una frase casual. Lo decía de verdad.

La bajada por la escalera fue silenciosa. Pero densa por la tensión entre ellos, una tensión que se debía más a la anticipación que a otra cosa.

Cuando llegaron al coche, Sienna se volvió hacia él antes de abrir la puerta.

—¿Estás seguro de que quieres esto? ¿Tenerme en tu casa? Si van a por mí… también pueden ir a por ti. Vivir juntos es ponerte en el punto de mira de gente peligrosa.

Landon dejó la mochila en el maletero con cuidado. Luego caminó hacia ella.

—De lo único que estoy seguro es de que quiero tenerte cerca. No me importa la forma en que eso venga. Aunque tenga que atarme las manos cada noche porque estás herida. Sienna, no creo que haya vuelta atrás para nosotros. Espero que entiendas eso también y estés en la misma página que yo.

La sonrisa de Sienna fue débil, pero honesta.

—No sé cuánto tiempo podremos resistir —susurró.

—Tampoco yo —admitió él—. Pero si vamos a caer, que sea juntos.

Ella se mordió el labio. Lo deseaba con una intensidad que dolía. Sabía que la convivencia sería un incendio constante. Que Lan, con su mirada intensa, su cuerpo esculpido y su mente afilada, era imposible de ignorar.

Pero por primera vez en mucho tiempo, *quería* que se le acabaran las excusas.

Lan le abrió la puerta del copiloto. Cuando ella entró, la mirada que intercambiaron fue una promesa muda.

La cuenta atrás había comenzado.

ΔΔΔ

El ascensor se detuvo con un leve zumbido, y las puertas se abrieron directamente al interior del *loft* de Landon.

Sienna contuvo el aliento.

El espacio era… él. Todo en el ático industrial hablaba de su carácter: techos altos, paredes de ladrillo visto, ventanales enormes que dejaban entrar la luz de la ciudad como una caricia tenue, y una distribución abierta que equilibraba el caos controlado con una elegancia inesperada.

El suelo de cemento pulido estaba cubierto en parte por alfombras persas antiguas. A un lado, una zona de descanso con sofá de cuero negro, estanterías de metal repletas de libros de filosofía, neurociencia y programación avanzada. Al otro, una cocina abierta con electrodomésticos negros y madera cálida.

Sienna avanzó despacio admirando el espacio, sintiéndose cómoda al instante.

—No imaginaba que vivieras en un lugar así —murmuró.

Landon cerró el ascensor con el mando y la observó. Se notaba tenso. En realidad, estaba nervioso, quería que a Sienna le gustara su espacio, que se sintiera a gusto y cómoda. Nunca había deseado que su *loft* le gustara tanto a una chica. Pero sabía que Sienna era distinta. Si tenía suerte quizá ella quisiera quedarse.

—No mucha gente viene aquí —dijo con voz baja—. Me gusta la paz que me da un sitio así. En la casa de acogida estábamos siempre unos encima de otros. Ni siquiera vienen Max o Ash. Ni Dom. Solo tú.

Ella se volvió, sorprendida.

—¿Por qué?

Lan no respondió enseguida. En cambio caminó hacia una puerta corrediza de vidrio esmerilado y la deslizó con suavidad.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Sienna le siguió. La habitación era más fría, silenciosa, con una atmósfera más profesional. La luz era artificial, ajustada a tonos suaves. Había un escritorio de madera clara y cristal que ocupaba toda una pared, con pantallas curvas, servidores personales, placas base abiertas y cables perfectamente ordenados. En la esquina opuesta, había una mesa gemela vacía, limpia, con espacio de sobra.

—Aquí trabajo yo —dijo Lan, señalando su centro de mando. Luego miró la mesa vacía—. Y esto… es para ti.

Sienna se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Sabía que en algún momento necesitarías un espacio para tu equipo. Para *Nocturna*. Lo preparé hace algunos días. Pensé que quizás... que si todo esto funcionaba... —se detuvo, incómodo—. Que querrías quedarte.

Sienna sintió que el pecho le ardía. No solo por las costillas. Quería tanto quedarse.

Lan la estaba invitando a compartir su mundo. Su intimidad. Su guarida.

—¿Y si mi sistema es más potente que el tuyo? —bromeó, con una sonrisa ladeada.

Él alzó una ceja, desafiándola.

—No me avergüenza admitir que eres la mejor *hacker* que he conocido en mi vida. Enséñame todos tus trucos —dijo Lan provocativo.

Sienna rio, suave. Pero el sonido pronto se desvaneció, tragado por la intensidad de la mirada de Lan. Él la observaba como si fuera lo

más real que había tenido nunca delante. Como si, de algún modo, ya le perteneciera.

—¿Quieres ver tu habitación? —preguntó, con voz ronca.

—¿Habitación para mí? —replicó ella con fingida inocencia.

Lan le dirigió una media sonrisa.

—Sí. Pero espero que pronto quieras dormir en la mía.

Sienna lo siguió por el pasillo corto con las piernas temblorosas, quería ser más atrevida y pedirle dormir con él directamente. Él abrió la puerta de una habitación sencilla pero acogedora: cama de matrimonio, sábanas nuevas, una cómoda, una estantería con libros variados, algunas plantas. Frente a esa habitación, otra puerta abierta mostraba la habitación de Lan: más sobria, más oscura. Cama *king-size*, sábanas negras y grises. Todo ordenado hasta la perfección. Le encantaba, todo de él.

Sienna miró su cama. Luego la de él. Y supo que no habría forma de dormir sin imaginar cómo sería cruzar ese pasillo.

Lan no dijo nada, pero la tensión en su cuerpo hablaba por él.

Se acercó un paso más a ella.

—Tienes que descansar —murmuró—. Estás cansada y herida. Y no quiero que te hagas daño.

—¿Y si quiero hacerme daño contigo?

Lan apretó la mandíbula.

—No digas eso. No esta noche.

Sienna tragó saliva. Sus costillas dolían. Pero no más que las ganas de acercarse. De rozarlo. De decirle que quería dormir en su cama, con la mínima ropa posible.

—Voy a montarlo todo mañana —dijo Sienna en cambio, mirando hacia la zona vacía de su futuro escritorio—. Te prometo no colapsarte la red.

—Ya he reforzado el *firewall*. Por si acaso —respondió él, divertido. Le encantaba esa conversación con doble sentido. Le recordaba las

noches en vela hablando y bromeando con *Nocturna*. Solo que era mucho mejor, porque todo salía de los labios perfectamente besables de Sienna.

Y esa risa compartida rompió por un segundo la tensión. Solo un segundo.

Él se acercó, rozó su mejilla con los dedos y la miró como si le costara no besarla.

—Buenas noches, Sien.

—Buenas noches, Lan.

Se miraron un instante más. Luego él se alejó, entró en su habitación y cerró la puerta despacio.

Sienna no durmió enseguida.

Tardó en convencer a su cuerpo de que tenía que descansar. Porque su mente seguía repasando cada mirada, cada palabra, cada promesa velada. Cuando por fin cerró los ojos fue con la imagen de los labios de Lan sonriéndole de medio lado.

ΔΔΔ

El olor a café recién hecho la despertó antes que la luz del sol. Sienna se desperezó lentamente, sintiendo el tirón leve en las costillas y la calidez de las sábanas. Se incorporó con cuidado, descalza, el cabello pelirrojo suelto en una maraña suave sobre los hombros. A pesar del dolor residual, había dormido mejor que en semanas.

Al salir al salón, lo vio.

Landon estaba en la cocina, sin camiseta, con unos pantalones de chándal oscuros colgando bajos sobre sus caderas. Se movía con soltura, concentrado en preparar el desayuno. Había una cafetera humeando, una sartén con huevos, pan tostado y fruta troceada sobre la encimera.

La luz matinal le rozaba la piel con una delicadeza que Sienna envidió por un segundo.

—¿Siempre cocinas con esa pinta? —preguntó desde la puerta, con una sonrisa perezosa.

Lan giró la cabeza. Sus ojos brillaron al verla.

—Solo cuando hay público interesante.

Sienna cruzó la estancia despacio, sujetándose el costado con una mano y conteniendo una sonrisa. Lan le sirvió una taza de café sin pedirlo, como si ya conociera su forma de empezar el día.

—¿Leche o azúcar? —preguntó él.

—Gracias, solo está bien —dijo, sentándose en un taburete de la isla.

Lan se apoyó en la encimera, con su taza en mano, observándola con esa mezcla de admiración y algo más profundo.

—¿Cómo has dormido?

—Como una piedra. Y creo que es culpa de este sitio. O tuya.

Lan esbozó una sonrisa suave.

—Probablemente de las dos cosas.

Durante unos segundos, compartieron el silencio cómodo de quienes no necesitan decir mucho. Solo estar.

—Hoy empezaré a buscar —dijo Sienna, rompiendo el momento—. Quiero saber quién provocó el accidente. Por qué. Si iba en serio o solo era un aviso. La lista puede ser larga.

Lan asintió.

—Sam y Legend están en ello. También Maksim ha puesto a su gente a investigar. Lo que te pasó no fue un accidente. Lo saben ellos. Y lo sé yo.

Sienna bajó la mirada a su taza, incómoda.

—¿Y tú estás cómodo trabajando con ellos?

Lan se apoyó mejor en la encimera, cruzando los brazos.

—No es cuestión de comodidad, Sienna. Es mi vida. Mis hermanos y yo siempre nos hemos movido en ese filo estrecho entre lo legal y lo ilegal. Nunca metidos del todo. Nunca fuera del todo. Y a veces, para que haya justicia, hay que cruzar ciertos límites. Tú lo sabes. No siempre se gana jugando limpio. El sistema nos ha fallado tanto y de tantas formas que solo nos quedó hacer nuestro propio camino.

Ella levantó la mirada. Lo entendía. Demasiado bien.

—Sí. Yo también he tenido que hacerlo —admitió—. Muchas veces ayudar a alguien no era legal. Pero era lo justo. Así que lo hice. Pero no sé si quiero deberle un favor a la Bratva y a un MC.

Lan se acercó, apoyándose en la encimera frente a ella, más cerca. Ese olor a colada recién hecha asaltó las fosas nasales de Sienna relajándola al momento, pero excitándola también.

—Entonces explícame una cosa —dijo con suavidad Lan—. Ya te he dicho que eres probablemente la mejor *hacker* que he conocido, y eso incluye a tipos que trabajan para gobiernos y agencias de seguridad. ¿Por qué nunca usaste eso para hacerte rica? Podrías haber cobrado fortunas por tus servicios. Cuidar de Rory. Vivir sin miedo.

Sienna sonrió, triste y serena.

—Porque no me convertí en *Nocturna* para hacerme rica. Empecé cuando tenía quince años. Un chico de mi clase intentó suicidarse porque su padrastro abusaba de él y nadie le creía. Hackeé el portátil del padrastro, encontré vídeos ocultos, chats. Lo entregué todo anónimamente a la policía. El tipo está en prisión. El chico sobrevivió.

Lan no dijo nada. Solo la miró con algo que parecía respeto puro.

—Aquel día supe que podía hacer algo con mis habilidades. Algo que realmente importe. Después vinieron otros casos. Mujeres maltratadas. Adolescentes acosados. Familias estafadas. Nunca cobré. A veces ni siquiera me dieron las gracias. Pero cada vez que ayudaba a alguien... dormía mejor. Era mi forma de estar en paz conmigo. Con el mundo.

Lan dejó la taza sobre la encimera y rodeó la isla hasta situarse junto a ella.

—Sienna —murmuró—. No sabes lo jodidamente admirable y valiente que eres.

Ella desvió la mirada, incómoda.

—Tampoco soy una santa.

—No —concedió él, con una sonrisa torcida—. Pero eres exactamente lo que este mundo necesita.

La tensión volvió, sutil pero real. Estaban demasiado cerca. Él olía a café y a piel limpia. Ella, a calidez y restos de su perfume fresco.

Y sin embargo, no se tocaban.

Sienna tragó saliva.

—Si me besas ahora, prometo no huir como la última vez... pero puede que me rompa otra costilla de la emoción.

Lan rio, bajo y grave.

—Entonces lo dejaré para más tarde.

Ella sonrió. Por primera vez en días, se sintió invencible.

ΔΔΔ

La sala principal de *Velvet* estaba en penumbra, con los focos apagados y el murmullo del equipo preparando las mesas. Desde la barra apenas se oía música, y las cortinas corridas en los ventanales mantenían a raya el mundo exterior.

Landon entró por la puerta lateral con su portátil bajo el brazo y el ceño fruncido. Ash ya lo esperaba en la barra, removiendo un café solo con gesto ausente. Max salió del despacho unos segundos después, en mangas de camisa, con ese aire de tipo que lleva el control incluso cuando el mundo se desmorona.

—¿Ya estamos todos? —preguntó Max sin preámbulos.

Lan dejó el portátil sobre la barra y asintió.

—Sí. ¿Qué pasa?

Max se apoyó con ambas manos sobre el mármol.

—Vamos a reforzar toda la seguridad de *Velvet* y *Vinyl*. Quiero nueva estructura, nuevo protocolo, cámaras actualizadas, escáner de matrículas y entrada biométrica para la plantilla clave. Incluidos vosotros.

—¿Qué ha cambiado? Hace pocos meses que actualizamos todo el sistema —Ash entornó los ojos. Siempre atento. Siempre un paso por delante.

—El ataque a Sienna —respondió Max, serio—. Alguien la embistió a propósito. Alguien quería mandarle un mensaje o acabar con ella directamente. No sabemos exactamente a qué nos enfrentamos, pero debemos suponer que a lo peor imaginable.

Lan se tensó.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí —replicó Max—. Pero ahora empiezo a pensar que puede ir más allá de cuatro traficantes de mierda. Quizá Sienna esté metida en algo más, sin saberlo. O alguien ha descubierto quién es *Nocturna* y no le gusta lo que está haciendo.

Ash frunció el ceño.

—¿Crees que está activa en alguna operación sensible?

—No lo sé. Y eso es lo que me jode —espetó Max—. Vamos a ciegas. No sabemos si esto viene de fuera o si es personal. Y si tocan a Sienna, nos tocan a todos. Ya no es solo tu chica, Lan.

Lan asintió, lento. Sus ojos se volvieron más oscuros.

—Lo sé. Hablaré con ella. Aunque ella misma se ha puesto manos a la obra. Si alguien puede cazar a estos cabrones es justamente *Nocturna*.

Ash giró la taza entre sus dedos.

—¿Cómo está? ¿Las costillas?

—Mejorando —respondió Lan, sin dudar—. Ya se mueve sin muletas. Tiene el dolor bajo control. Pero aún le cuesta respirar profundo. No se queja, pero lo noto.

Max lo observó un segundo más.

—¿Y tú? ¿Cómo estás con ella?

Lan desvió la mirada, luego la volvió a alzar. No sonrió.

—Estoy jodido. La deseo como un loco. Me despierto pensando en su voz. Me quedo mirándola como un adolescente cachondo. Y sí, solo estoy esperando a que pueda respirar sin dolor para lanzarme a por ella. Porque si me acerco ahora… igual la rompo. Y no pienso hacerle daño. Nunca.

Ash bajó la mirada, una sonrisa cruzándole la expresión. Sabía exactamente de qué hablaba.

—¿Ella está en la misma página?

Lan se encogió de hombros.

—No lo hemos hablado del todo. Aunque ambos estamos a punto de saltar sobre el otro todo el tiempo. Pero no la quiero con dudas. Ni a medio camino. Quiero hacer las cosas bien con ella.

Max cruzó los brazos.

—Entonces prepárate. Porque si lo que intuyo es cierto… y alguien está intentando silenciarla, eso os va a unir o todo lo contrario. Y no hay término medio.

Lan lo miró fijamente.

—No pienso dejar que le pase nada.

Ash soltó la taza con un golpe seco, decidido.

—Entonces vamos a averiguar quién coño ha tocado a nuestra *hacker*.

Max asintió con una sonrisa siniestra.

—Y cuando lo sepamos… vamos a devolverle el favor.

ΔΔΔ

El sonido suave del teclado llenaba el espacio con un ritmo constante y enfocado. Sienna llevaba horas trabajando frente al nuevo escritorio que Landon había preparado para ella, las luces de su sistema iluminando su espacio compartido.

Tenía los auriculares puestos, pero aun así escuchó el timbre.

Se detuvo. Parpadeó. ¿Lan? No. Había salido hacía una hora para reunirse con Ash y Max. Apretó una tecla para guardar el proceso en marcha y se levantó con cuidado, sujetándose el costado como un reflejo.

Abrió la puerta, sin pensarlo demasiado.

—Ivy —sonrió con sorpresa—. Estás radiante.

—Y redonda —bromeó Ivy, señalando su barriga aún pequeña, apenas una curva nueva en su silueta habitual—. Cada día me parezco más a una manzana con piernas.

Sienna se apartó para dejarla entrar.

—Lan me dijo que ninguno de sus hermanos venía por aquí—dijo—. No esperaba a nadie.

—Bueno, técnicamente no soy ninguno de sus hermanos—enfatizó Ivy —. Pero traigo helado de pistacho. Tu favorito.

—Entonces estás oficialmente invitada a vivir aquí.

Ivy dejó la bolsa sobre la isla de la cocina y se sentó en uno de los taburetes con ese gesto de amiga de toda la vida, aunque apenas llevaban unos meses realmente unidas. Pero en este grupo, la lealtad tenía otro valor.

—Tess está en el hospital, turno completo —explicó Ivy—. Y Brynn tenía control prenatal. Creo que Dom la ha acompañado, aunque no lo ha dicho abiertamente. Ha ido con esa cara de "no me importa, solo pasaba por allí" que no engaña a nadie.

Sienna rio, con un gesto cómplice.

—Me alegra que esté cerca de ella. No lo dice, pero está asustada.

—Sí —confirmó Ivy, abriendo el helado—. Pero no está sola. Ninguna lo estamos.

Se hizo un breve silencio mientras Sienna cogía dos cucharas y se sentaba junto a Ivy.

—¿Y tú? —preguntó Ivy—. ¿Cómo estás?

—Física o mentalmente —bromeó Sienna—. Porque las costillas siguen jodiendo, pero la cabeza ya se siente más… clara.

Ivy la miró con atención. Sabía que esa claridad no venía solo del reposo.

—¿Rory sabe algo del accidente?

Sienna negó con la cabeza, bajando la vista.

—No. Y no pienso decírselo. Bastante tiene con sus episodios y las pesadillas. Si supiera que alguien intentó matarme con un coche, se rompería. Lo que necesita ahora es estabilidad. No pánico.

—¿Y tú? —insistió Ivy—. ¿No estás asustada?

—No lo suficiente como para rendirme —respondió Sienna, tranquila —. Lan me ha ayudado. Mucho. Su casa… este lugar... me hacen sentir segura. Y no es la primera vez que me enfrento a los tipos malos.

Ivy sonrió. No dijo nada. Esperó.

—¿Qué? —preguntó Sienna, mirándola.

—Estás hablando de su casa, de su ayuda, pero no has dicho nada de *él* —murmuró Ivy, divertida—. ¿Cómo están las cosas entre vosotros?

Sienna suspiró, pero no de frustración. De deseo contenido.

—Avanzando. Lentamente. Y no porque no lo deseemos. Porque él tiene miedo de hacerme daño. No me ha tocado. No de esa forma. Me mira como si me deseara con todo el cuerp... pero se contiene. Todo el tiempo. Y yo… no creo que me quede mucha paciencia.

Ivy arqueó una ceja.

—¿Y tú se lo has dicho?

Sienna la miró como si acabara de proponerle algo revolucionario.

—Ivy…

—No, en serio. ¿Se lo has dicho con palabras? ¿Le has mirado y le has dicho "Lan, estoy preparada. Quiero que me toques"? —preguntó, con una sonrisa maliciosa.

Sienna rio, ruborizada.

—No. Pero... creí que se daba por supuesto. Que se notaba.

—A veces ellos no entienden las señales, necesitan palabras exactas y precisas—dijo Ivy—. Y Lan… bueno, él se contiene porque no quiere herirte. Vas a tener que ser muy explícita e insistente.

Sienna bajó la vista. Sus dedos jugaban con la cucharilla.

—Lo sé. Le he visto mirarme. Y estoy lista. Solo hay que tener un poco de cuidado con las costillas, pero por lo demás… necesito sentirlo.

—Entonces háblale —dijo Ivy, con voz suave pero firme—. Lo único que parece faltar entre vosotros es eso. Comunicación. Él necesita permiso. Tú necesitas decirle que lo tiene.

Sienna asintió, despacio. El corazón acelerado.

—Lo haré.

Ivy sonrió. Luego, sin avisar, cogió la mano de Sienna y la apoyó sobre su vientre.

—Y mientras tanto, puedes sentir esto. Aún no se mueve, pero ya está ahí. Pequeño y letal, como su padre.

Sienna se rio, con la emoción asomando a los ojos.

—Vais a ser una familia preciosa, Ivy.

—Y tú también con Lan —susurró Ivy—. Aunque aún os quede algo de camino.

Ivy se quedó hasta que entre ambas finiquitaron el medio litro de helado de pistacho. Recibió un mensaje de Ash, saltó del taburete y

se marchó apresurada. Sienna suponía que el mensaje era una clara insinuación sexual, las mejillas sonrojadas de Ivy la delataban.

ΔΔΔ

La cerradura electrónica emitió su tono suave de reconocimiento.

Landon empujó la puerta del *loft* con el hombro, agotado, los músculos tensos tras un día entero de trabajo con Max y Ash. Habían reconfigurado los sistemas de seguridad de *Velvet*, *Vinyl*, y las casas de todos: Max y Tess, Brynn, Ash, incluso su propio *loft*. No podía permitirse un solo agujero en su escudo. No ahora que sabía que el enemigo podía estar más cerca de lo que creían.

Pero todo el cansancio desapareció en cuanto la vio.

Sienna estaba en medio del salón, descalza, con un vestido primaveral verde que flotaba alrededor de sus piernas al moverse. El cabello pelirrojo suelto, la luz cálida del ventanal envolviéndola como una escena sacada de un sueño.

Una mesa puesta con cuidado. Dos platos. Vino tinto. Pan caliente.

Landon se quedó paralizado.

El cuerpo reaccionó antes que la mente. El deseo lo golpeó como un disparo. No solo por el vestido. O su piel luminosa. Era *ella*. Toda ella. Preparando la cena en su casa. Esperándolo.

—Hola —dijo ella, con una sonrisa tímida, tragando su propio nerviosismo.

Lan cerró la puerta en silencio. Se quedó quieto, analizándola con una mezcla peligrosa de deseo y confusión.

—¿Qué es esto? —preguntó, la voz más grave que de costumbre.

—Es la cena —respondió, sin moverse del sitio—. Y hay algo que quiero comentarte.

Él dejó las llaves y la chaqueta en el banco de entrada, como si estuviera entrando en otro universo. Uno donde las reglas acababan de cambiar.

Sienna le indicó la mesa. Lan se sentó, aún sin comprender si aquello era una escena de seducción o un regalo que no sabía si merecía.

Ella sirvió el vino con manos que temblaban un poco. Luego se sentó frente a él.

—¿Recuerdas cómo acabé trabajando en *Velvet*?

Él frunció el ceño. No esperaba esa pregunta.

—Ash dijo que viniste un día, sin avisar. Justo cuando buscaban camarera.

—Sí. Eso fue lo que pareció. Pero no fue casualidad.

Landon enmudeció.

Sienna bajó los ojos hacia su copa, luego volvió a mirarlo con una intensidad suave, casi vulnerable.

—Durante los últimos tres años, mientras trabajaba como *Nocturna*, siempre acababa cruzándome con otro *hacker* en la red. Hacía cosas parecidas a las mías. Un poco justiciero, jugando un pasito por encima de la legalidad. Preciso. Eficiente. Elegante. Pero parecía diferente. Tenía código limpio, trazas que me deslumbraban. Lo admiraba. Me obsesionó un poco. Bueno bastante.

Lan no parpadeaba. Empezaba a intuir hacia donde iba Sienna, pero quería oír la historia completa primero.

—Empecé a seguirlo. A rastrear su IP. Nunca con malas intenciones. Solo quería… saber quién era. Descubrí su nombre real. Sus vínculos. Su familia. Y sus negocios. Y entonces supe que pasaba parte de su tiempo en un restaurante. *Velvet*.

Sienna sonrió con nostalgia.

—Fui hasta allí una tarde, me senté frente al local y esperé. Y entonces vi a dos hombres. Uno era Ash, enorme como un armario y daba miedo la mirada en su cara—Sienna rio levemente — Y luego a él. A ti. Moreno, atractivo, con una sonrisa que me paró el corazón, el ordenador bajo el brazo, con una sudadera gris con el logo de Atari en el pecho… Lo supe al instante. Eras tú. *Tú* eras el *hacker*.

Lan tragó saliva emocionado, pero continuó en silencio.

—Quise hablarte. Salir del coche y saludar de forma casual. Pero me sentí patética. Así que me fui. Pero no pude olvidarte. Me sentía sola. Muy sola. Solo tenía a Rory. Mis noches eran en silencio, tras una pantalla, tratando de salvar a personas que nunca conocería. Y tú… eras lo único que me parecía real. No sé por qué, pero me sentía conectada a ti.

Sienna respiró hondo y levantó los ojos grises hasta encontrar los ojos oscuros de Lan.

—Volví días después. Vi que *Velvet* estaba haciendo entrevistas. Entré sin pensarlo demasiado. Ash pensó que era por el puesto. No lo desmentí, hice la entrevista, contestando todas las preguntas con medias verdades. Acepté el trabajo solo para estar cerca de ti.

Lan seguía inmóvil, viendo cómo la chica de sus sueños dejaba todos sus secretos y vulnerabilidades a la vista. Estaba fascinado.

—Y cada día, mientras servía copas y limpiaba mesas, solo deseaba verte. Conocerte. No como al *hacker* al que admiraba. Como hombre. Como tú. Y cuanto más te conocía, más te deseaba. Porque descubrí que eras más de lo que jamás me atreví a soñar para mí. Eres protector. Intenso. Firme. Honesto. Precioso. —suspiró Sienna la última palabra.

La voz le tembló al final, pero no se detuvo.

—Así que eso es lo que quería decirte esta noche, Lan. Que desde el principio fui tuya. Incluso cuando tú ni me habías visto. Que cada paso que di me llevó hasta aquí y hasta ti. Y que ahora... ahora solo te toca una cosa.

Lan la miró, perdido y al mismo tiempo más centrado que nunca.

—¿Qué cosa?

Sienna se inclinó un poco hacia adelante. Su voz fue apenas un susurro.

—Tomar lo que ya es tuyo.

El silencio fue absoluto. Denso. Ardiente.

Lan se levantó despacio. Rodeó la mesa. Se detuvo junto a ella.

Su mano temblaba cuando la rozó. No la besó aún. Solo le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, como si necesitara asegurarse de que era real.

—Sienna…

—Estoy bien —susurró ella—. Mis costillas están bien. No aguanto ni un día más sin que me toques.

Lan cerró los ojos un segundo. Como si esa confesión le doliera. Como si fuera todo lo que había deseado oír y todo lo que temía sentir.

Cuando los abrió, ya no había contención en su mirada.

Solo hambre.

Landon no dijo nada más.

Simplemente se inclinó.

Y la besó.

No fue suave. No podía serlo. No después de todo lo contenido. De todo lo que Sienna le había dicho. De cada día en que había reprimido las ganas de tocarla, de probarla, de tomarla.

La besó como si quisiera fundirse con ella. La última barrera se quebró.

Sienna respondió con el mismo fuego. Se aferró a su camiseta, se puso de puntillas para quedar a su altura y gimió contra su boca, dejándole saber que lo necesitaba, que lo había estado esperando desde el primer día en que lo vio.

Lan la sujetó con fuerza, pero con cuidado. Una de sus manos se deslizó por su espalda, la otra se enredó en su pelo hasta hacer un puño en su nuca. El beso se volvió más lento, más profundo, más posesivo. La lengua de Lan barría toda la boca de Sienna, marcándola.

—Dime si te duele —murmuró él, con la frente apoyada contra la de ella.

—Solo duele no tenerte —susurró Sienna, jadeante.

Lan la levantó con facilidad, sujetándola por los muslos. Sintió el estremecimiento leve de su cuerpo, el crujido sordo del dolor en sus costillas, pero ella no se quejó. Solo se aferró a él mientras la llevaba al sofá.

La dejó sobre los cojines con cuidado. Se arrodilló ante ella y deslizó los dedos por el borde del vestido, levantándolo lentamente, como quien desenvuelve un regalo precioso. Cada centímetro de piel revelada era una provocación. Una recompensa.

—Eres jodidamente perfecta —susurró.

Sienna se echó hacia atrás, respirando con fuerza. Lan se deslizó sobre ella, sin apoyar su peso, manteniendo los músculos tensos para no tocar más de la cuenta, pero sus labios no dejaron de explorarla. Le besó el cuello, la clavícula, el escote, con una adoración temblorosa. Sus manos bajaron por sus muslos, sus costados, bordeando la piel con una mezcla imposible de ternura y deseo brutal.

Cuando llegó a sus bragas, las deslizó lentamente. Sienna tembló. Su cuerpo ardía. Estaba húmeda. Abierta. Entregada.

—Lan… por favor…

Él la miró desde abajo, sus ojos oscuros de deseo, pero serenos. Controlados.

—No voy a tomar más de lo que puedas darme sin dolor —le dijo—. Pero te voy a hacer mía. Esta noche. A mi manera.

Sienna no tuvo tiempo de responder. Porque en ese momento su boca descendió. Y la tomó.

Con la lengua, con los labios, con la presión justa de los dientes.

Sienna abrió más las piernas para darle más espacio, Lan utilizó los pulgares para mantener su sexo abierto para él, la lengua lamiendo de arriba abajo, demorándose un poco más en su entrada y luego subiendo hasta su clítoris, rodeándolo con la punta de la lengua y succionando con la fuerza justa. Sienna estaba enloqueciendo,

goteando por todo el sofá bajo su trasero, y entonces de la nada explotó, cerró los ojos con fuerza, viendo estrellitas tras los párpados. Se sentía flotar. Pero Lan no había acabado.

La llevó al límite una vez. Y luego otra. Y después una más, solo para asegurarse de que recordara cada segundo en que fue suya.

Cuando subió por su cuerpo, la besó de nuevo con el sabor compartido de sus flujos en la boca. Sienna lo abrazó con fuerza. Su cuerpo vibraba. Su mente también. No entendía cómo podía sentirse tan completa sin haber llegado al final.

—Te lo advertí —susurró él—. Cuando llegue el momento, no será suave. Pero esta noche… quería que te sintieras adorada.

—Lo has conseguido —jadeó ella, aún sin aliento—. Estoy hambrienta.

Lan rio, ronco, aliviado, con esa risa que solo había mostrado cuando bajaba la guardia.

—Entonces vamos a cenar antes de que termines por devorarme a mí.

La ayudó a ponerse de pie. Le acomodó el vestido con cuidado, besó su frente y la llevó de nuevo a la mesa. Sirvió los platos con familiaridad, asegurándose de que comiera primero ella.

Cenaron entre miradas, caricias, risas suaves, y silencios llenos de electricidad.

Cuando terminaron, Lan recogió los platos y la condujo al baño.

—Ahora quiero que te duches. Agua caliente. Lentamente. Que relaje tus costillas. ¿Vale?

Sienna lo miró con ternura. Le acarició la mejilla con los dedos.

—¿Y tú?

—Yo voy contigo —dijo él, tranquilo—. Pero sin tocar más de la cuenta. Aún.

Sienna se mordió el labio. No protestó.

La ducha fue silenciosa. Cálida. Él la ayudó a meterse, controló la temperatura, y le lavó el cabello con mimo. Sienna se maravillaba como alguien tan enorme, con manos grandes y endurecidas era capaz de tanta ternura. Luego la envolvió en una toalla grande, la secó con cuidado y la llevó en brazos hasta su cama.

La dejó deslizarse bajo las sábanas. Luego se metió con ella. No en el borde. Se pegó a ella y la rodeó con sus brazos y piernas. La abrazó con todo su cuerpo.

Firme y cálido.

—Nunca he dormido con nadie así —susurró ella.

—Acostúmbrate —murmuró él, con los labios en su frente—. Porque de ahora en adelante, solo dormirás así. Entre mis brazos.

Sienna suspiró. Se acomodó contra su pecho. El latido de él era constante, seguro. Sintió que estaba en casa.

CAPITULO 8

Landon despertó antes que el sol. Un resplandor tenue se filtraba por los ventanales de su ático industrial, tiñendo de azul metálico las paredes de ladrillo visto. Pero lo único que importaba estaba a su lado, como las últimas quince noches. Sienna.

Dormía profundamente, el cabello cobrizo extendido sobre su almohada, las pestañas proyectando sombras suaves en sus mejillas. Llevaba una de sus camisetas —negra, enorme, con el logo descolorido de Joy Division— que apenas cubría la curva de sus caderas. Tenía una pierna enredada entre las suyas, como si incluso dormida se negara a soltarlo.

Lan se quedó inmóvil, observándola con una mezcla de euforia y deseo. No era solo sexo lo que deseaba —aunque lo deseaba con una intensidad casi dolorosa—. Era la conexión absoluta. Hacerla suya por completo. Fundirse con ella más allá del placer, más allá del cuerpo.

Hasta ahora, lo habían hecho todo. Sus bocas se conocían de memoria, sus manos habían explorado cada rincón, y los orgasmos compartidos eran ya incontables. Pero todavía no habían dado ese paso final. Las costillas de Sienna, casi curadas tras el accidente provocado, habían sido el único límite. Y él no pensaba forzarla. Nunca. Pero sabía que el momento se acercaba. Podía sentirlo en cada roce, cada gemido ahogado, cada vez que ella se le subía encima para morderle el cuello y luego reírse con esa voz que siempre le aflojaba las rodillas.

Sienna se removió, y él contuvo la respiración.

—Estás despierto… —murmuró ella, con la voz ronca de sueño, antes de abrir los ojos y sonreírle.

Lan le devolvió la sonrisa sin pensar. No podía no hacerlo. Sienna tenía ese efecto en él: lo desarmaba sin esfuerzo.

—No quería despertarte.

—Siempre puedes despertarme así… —susurró, antes de subir la mano por su pecho y besarlo sin prisa, como si lo estuviera reclamando. Él le rodeó la cintura con una mano y la acercó más.

—¿Te duele? —preguntó contra sus labios, refiriéndose a las costillas.

—Casi nada. No vas a librarte de mí esta mañana, Vance.

Lan rio y la alzó con facilidad.

—Ducha. Antes de que quiera hacer cosas que tus costillas aún no toleran.

—¿Y si quiero hacerlas yo?

Lan le lanzó una mirada peligrosa. —No me provoques. No vas a olvidar el primer día que lo hagamos completo. Y no será con prisas antes del desayuno.

Ella se mordió el labio. No discutió.

La ducha fue una mezcla de vapor, besos robados y manos resbalando por piel húmeda, pero Lan se contuvo como si fuera cuestión de vida o muerte. Sabía lo que estaba en juego. Lo que ella significaba.

Más tarde, en la cocina, Sienna daba pequeños sorbos de café mientras él preparaba tostadas con huevos y beicon. Llevaba su portátil abierto sobre la barra. Lan la observó desde la cafetera, apoyado con los brazos cruzados, camiseta blanca y pantalón de chándal. La *hacker* más brillante de la ciudad, posiblemente del país, yacía ante él en bragas de encaje y coleta desordenada, hablando de encriptación como si comentara el tiempo. Le encantaba verla

así, era la Sienna de siempre, pero libre para ser quién era, inteligente y talentosa.

—¿Tienes ya todos los datos actualizados para la reunión de esta tarde? —preguntó Lan mientras dejaba el plato de desayuno frente a ella.

Sienna asintió, con esa eficacia letal que la caracterizaba cuando se ponía en modo *Nocturna*.

—Sí. Revisé anoche todos los *logs* del servidor externo. También recuperé un paquete de metadatos del coche que me embistió. —Lo miró de reojo—. Y creo que ya sé quién está detrás.

Lan alzó una ceja. Se acercó y se inclinó sobre ella, apoyando las manos a ambos lados del portátil.

—¿Vas a decírmelo ya o vas a esperar a que lleguemos a la reunión?

—Voy a decírtelo cuando esté Gabriella presente —respondió ella con firmeza—. Esto ya no es una cuestión de alguien que va solo a por mí. Tiene implicaciones legales a gran escala, y si vamos a movernos, lo haremos con cobertura.

Lan se quedó quieto un segundo. Después asintió despacio.

—¿Quieres que la llame?

—Sí. Y dile que venga con todo lo que tenga sobre las propiedades encubiertas que se gestionaban en Glencoe. Tengo una corazonada.

Lan sonrió de lado. Esa promoción de propiedades inmobiliarias había estado en las noticias más de una vez, accidentes laborales inexplicables, impagos continuados, problemas de licencia. Mucha gente se olía algo raro, pero nadie había logrado demostrar nada turbio. Hasta ahora que su pequeña *hacker* se había puesto manos a la obra

—Tienes algo más que una corazonada, Sienna.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero si mi instinto no me falla… esta vez podemos acabar con todo de raíz.

Lan se inclinó y la besó, lento y profundo.

—Me pone cuando hablas así.

Ella le devolvió la sonrisa. Pero sus ojos, grises y decididos, ya no eran solo los de la camarera dulce de *Velvet*.

Eran los de la estratega. La sombra. *Nocturna*.

Y alguien estaba a punto de descubrir por qué nunca era buena idea tocar a los que ella protegía.

ΔΔΔ

El despacho de Dom en *Vinyl* era más un búnker que una oficina. Las paredes estaban recubiertas con paneles insonorizados bajo el revestimiento de ladrillo visto. El cristal era blindado, las cerraduras electrónicas de nivel militar y las cámaras de vigilancia internas se alimentaban de un sistema eléctrico independiente. Solo se usaba en reuniones de máxima confidencialidad. Y esa tarde, lo era.

Cuando Lan entró de la mano de Sienna, todos estaban ya sentados alrededor de la mesa ovalada de roble negro. Max, de pie, bebía café con gesto tenso. Ash, en una esquina, observaba con los brazos cruzados, su mirada fija en Sienna como si pudiera detectar el más mínimo temblor. Dom les dio un leve asentimiento desde su asiento principal. Gabriella hojeaba una carpeta mientras hablaba por su móvil con tono autoritario, y Maksim Volkov, el *Pakhan* de la Bratva de Chicago, se reclinaba en su silla como un león paciente. Sus ojos azul cielo se clavaron en los recién llegados con curiosidad.

—Veo que esto es más serio de lo que imaginaba —murmuró Maksim con su acento ruso suavizado por décadas en Estados Unidos—. Pero si Max me necesita, no hace falta ni preguntar.

Max se giró hacia él con un gesto seco, casi fraternal.

—Gracias por venir, Maksim. Es mejor que lo escuches tú mismo.

Lan asintió a Sienna, y ella tomó aire. Caminó hasta el centro de la sala, con el portátil bajo el brazo. Lo conectó al monitor empotrado

en la pared con movimientos precisos, su rostro serio, concentrado. Ya no era la camarera reservada de *Velvet*. Era *Nocturna*, en su elemento.

—Hace dos semanas sufrimos un intento de asesinato premeditado. Yo era el objetivo —empezó con voz clara—. La policía no ha avanzado porque el coche que me embistió era alquilado bajo documentación falsa, las cámaras de tráfico fueron *hackeadas* y no hay imágenes útiles ni del conductor ni del momento de recogida del vehículo.

—Demasiado limpio —murmuró Ash.

—Demasiado profesional —confirmó Sienna—. Por eso empecé a seguir la única pista útil: el servidor que redirigía las señales de tráfico anuladas. Me llevó a un servidor comprometido en la *dark web*. Usaban un patrón de encriptación que reconocí: el mismo que usaban los mercenarios ucranianos implicados en una operación que casi mata a… —miró a Maksim— usted.

Maksim, que hasta entonces se había limitado a escuchar, se incorporó con el ceño fruncido. Sienna hacía referencia al atentado que había sufrido años antes y por el que había conocido a Max. Él le salvó la vida, lo sacó del infierno, y por ello tenía su lealtad de por vida.

—Los de Cherkasy —escupió con desprecio—. Bastardos sin bandera. Estuve a punto de morir por su culpa.

Sienna asintió.

—Lo sé. No fue una coincidencia. El grupo está de nuevo operativo. Y lo preocupante es quién los contrató: un cártel mexicano con intereses en Chicago, conectados con el difunto traficante Molina.

Max frunció el ceño.

—¿El que suministró la dosis que casi mata a tu hermano Rory?

—Sí —respondió Lan—. Y a quien Sienna ayudó a encerrar con su testimonio e intervención digital. Molina murió en la cárcel hace dos

meses. Pero su tío, un capo importante en el sur de México, quiere venganza.

Sienna proyectó una serie de documentos, movimientos de cuentas, alquileres de terrenos, y al final, los planos de una urbanización en las afueras de Chicago.

—Aquí es donde lo blanquean. Una promotora falsa, sociedades interpuestas, y terrenos adquiridos con transferencias trianguladas desde Panamá. Todo parece legal… hasta que lo cruzas con las transferencias del servidor que rastreé. Estaban usando la tapadera urbanística como cobertura para lavar millones en menos de seis meses.

Gabriella Se incorporó en la silla decidida.

—Con esto puedo conseguir una orden judicial para intervenir a la promotora y a los testaferros. Necesitaré protección legal para Sienna si esto se filtra.

—No se va a filtrar —gruñó Ash.

—La Bratva puede encargarse de los ucranianos —añadió Maksim con calma glacial—. Será un ajuste de cuentas pendiente desde hace años. No costará demasiado… pero sí dolerá. Y nadie los echará de menos.

—Aun así, hay un problema grave —intervino Ash, sin apartar la mirada de Sienna—. Si supieron cómo atacarte… ¿saben quién eres?

Sienna respiró hondo. Su mandíbula tembló apenas un segundo.

—No. No lo creo. No completamente. *Nocturna* sigue protegida tras varias capas de cifrado, y el nombre real no ha salido en ninguno de los *logs*. Pero lo que ocurrió no fue un simple seguimiento. Fue una intrusión. Y solo alguien con un nivel muy alto puede hacer eso. Localizarme.

Lan la miró con gravedad.

—Conozco a tres personas capaces de romper tus defensas —dijo con voz baja—. Tú. Un hacker chino con base en Hong Kong al que llaman *Ghost Pipe*. Y un ruso con conexiones en Ucrania… *Arkadiy*.

El último trabajó con los mercenarios de Cherkasy hace seis años. Y desapareció tras el intento de asesinato a Maksim.

El silencio cayó como plomo.

—¿Crees que ese tal Arkadiy está de nuevo en activo? —preguntó Dom, rompiendo por fin su mutismo.

—No lo descarto —respondió Sienna—. Si es él, entonces sí podrían llegar a mi nombre si encuentran una brecha más.

—Pero ahora estamos al tanto —intervino Max—. Esta vez no juegan en la sombra.

—Quiero a toda la gente de esa promotora bajo vigilancia —ordenó Ash con tono seco—. Maksim, si puedes mover tus contactos para identificar a los ucranianos, que caigan esta misma semana. Nosotros nos ocuparemos del resto.

Maksim sonrió por primera vez.

—He esperado años para devolverles la jugada. Será un placer.

Gabriella cerró su carpeta y sacó su móvil.

—Empezaré el papeleo ahora mismo. Pero necesito saber una cosa. —Miró directamente a Sienna—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

Sienna no dudó. Se incorporó con la espalda recta.

—No voy a esconderme. Nadie vuelve a ponerle una mano encima a ninguno de los nuestros. Si no los detenemos ya, estaremos más desprotegidos. A través de mi pueden llegar a mi hermano y a todos los de esta sala. No puedo ni voy a permitirlo.

Ash gruñó con aprobación. Max le dio una palmadita en el hombro a Lan, orgulloso de su chica. Dom simplemente asintió reconociendo el valor de Sienna.

Y Maksim, con una risa profunda, murmuró:

—Ahora entiendo por qué estás con ella, Vance. Tiene más huevos que medio Chicago.

Lan sonrió, orgulloso.

—Y más cerebro que todos ellos juntos.

ΔΔΔ

El despacho se vació con rapidez. Maksim fue el primero en marcharse, escoltado por dos hombres que aguardaban en la entrada de *Vinyl*. Gabriella salió hablando por teléfono, ya activando los contactos judiciales necesarios. Ash y Max discutían en voz baja mientras caminaban hacia el vestíbulo. Dom se quedó cerrando las carpetas con gesto metódico.

Lan esperó hasta que todos salieron.

Sienna iba un paso por delante, su portátil colgado al hombro, la melena suelta rozándole la espalda. Vestía sencillo —vaqueros, camiseta oscura, chaqueta entallada—, pero para él, era como si caminara envuelta en fuego.

No podía esperar más.

Cerró la puerta del despacho tras de sí, dio tres zancadas y la empujó suavemente contra la pared del pasillo. Sienna soltó una exclamación ahogada, sorprendida pero no asustada. Sus ojos se encontraron en el semioscuro del corredor, y Lan bajó la voz hasta un susurro:

—¿Sabes lo jodidamente sexy que eres?

Sienna parpadeó, sus pupilas dilatadas.

—¿Ahora?

—Sí. Joder, sí. Con tu voz firme, tus ojos ardiendo, desmontando una red internacional de blanqueo de capital con cuatro líneas de código. Quiero arrancarte la ropa aquí mismo.

Ella se mordió el labio.

—¿Y qué te detiene?

Lan gruñó, bajo, animal, y la besó. La besó con el hambre de semanas contenidas, duro, con la lengua profunda, con la mano

firme en su nuca y la otra en su cintura, pegándola contra él como si quisiera fundir sus cuerpos.

Sienna se derritió. Su portátil cayó al suelo sin que a ninguno le importara. Sus piernas temblaban mientras él la aprisionaba contra la pared, su boca devorándola, su cuerpo ardiendo. Sus manos se aferraron a los hombros de Lan como si con eso pudiera sujetarse al mundo.

—Lan… —susurró con la voz rota, jadeando entre besos.

—Esta noche, Sienna —susurró él contra su cuello, lamiendo el borde de su oreja—. Esta noche vas a ser mía. Entera. Y no pienso dejarte dormir.

Sienna soltó un gemido suave que se ahogó en su garganta. Estaba tan mojada que dolía. Su cuerpo ya se arqueaba, temblando por él, preparada para entregarse sin reservas. Pero en ese instante, una voz grave y divertida interrumpió:

—Por favor, no me dejéis marcas en la pared. Es *Vinyl*, no un motel de carretera.

Lan se apartó a regañadientes, aún con el pecho agitado. Sienna se apoyó en la pared intentando recomponerse mientras Dom les lanzaba una sonrisa ladeada desde el otro extremo del pasillo.

—¿De verdad tengo que recordarte que las cámaras llegan hasta aquí? —añadió Dom—. Aunque si queréis, puedo pasarle las imágenes a Max para que vea cómo se portan los niños en su club.

Lan le lanzó una mirada asesina. —Vete a la mierda.

—Con gusto. Pero deja algo para esta noche, hermano. No vayas a infartarte antes de consumar.

Sienna se tapó la boca para disimular una risa incontrolable, un poco nerviosa.

Dom se marchó entre risas.

Lan se giró hacia ella de nuevo. Le arregló con ternura un mechón de pelo y rozó su mejilla con los nudillos.

—Esta noche —repitió con voz más grave, más íntima—. Sin frenos y sin interrupciones.

Sienna lo miró con los ojos brillantes, el pulso latiendo en su garganta.

—Esta noche —repitió ella, con la voz temblorosa de pura anticipación.

Lan la besó una última vez, suave, reverente, antes de recoger su portátil del suelo y dirigirse a la salida de *Vinyl*.

ΔΔΔ

Era poco después de las diez de la mañana cuando Dominic paseó desde Vinyl hasta detenerse frente a *Wild Bloom*, la floristería boutique de Brynn Mitchell que se encontraba calle abajo de *Velvet* y *Vinyl*. El escaparate, como siempre, era un festival de color y elegancia: dalias borgoña, peonías crema, helechos gigantes y pequeños jazmines silvestres trepando por una estructura de hierro forjado.

Antes de abrir la puerta, Dom miró la bolsa de papel en su mano. Un muffin casero de plátano con nueces y un zumo natural de frutos rojos. Sabía que era lo único que ella aceptaría sin discutir. Brynn tenía esa manía testaruda de olvidarse de sí misma cuando trabajaba. Y ahora, con seis meses de embarazo y una barriga que empezaba a redondearse de forma evidente, la preocupación de Dom se duplicaba por minutos.

Al entrar, una campanilla suave anunció su presencia. El olor a flores recién cortadas era embriagador, y la música ambiental —Billie Holiday, como casi siempre— sonaba en segundo plano.

—Dom —saludó Brynn desde detrás del mostrador, con una sonrisa cansada pero genuina. Tenía el cabello recogido en un moño suelto y llevaba un delantal gris manchado de polen y tierra. Había una mancha de pétalos secos en su mejilla izquierda.

—Buenos días, madre de dragones —dijo él con su media sonrisa ladeada—. Te traigo tributo.

Le tendió la bolsa. Brynn la tomó con ambas manos, frunciendo el ceño y luego sonriendo cuando vio el muffin.

—¿Plátano y nuez?

—Como te gusta. —Se encogió de hombros—. He apostado por lo seguro. No soy idiota.

—Me vas a malcriar, Dominic.

—Eso pretendo —respondió él sin pensar. Su pene tensando los pantalones después de oír la forma en que ella pronunciaba su nombre completo: *Dominic*.

Brynn lo miró un segundo, después desvió la vista y empezó a desenvolver el muffin con dedos manchados de verde.

—¿Reunión secreta con tus hermanos esta mañana?

—Más o menos. Tema serio. —No dio más detalles. Nunca lo hacía si no era necesario. Brynn respetaba eso—. Pero salí de allí pensando en ti. Apuesto a que no has desayunado.

—Tenía intención de hacerlo…

—Mmm —interrumpió Dom, alzando una ceja.

—...cuando acabara el encargo de la boda del sábado —añadió ella con un suspiro culpable.

—Lo que decía.

Brynn rio y se sentó en un taburete alto tras el mostrador, mordiéndole un trozo al muffin. Dom la observó sin disimulo. Le fascinaba cómo algo tan cotidiano podía resultarle tan íntimo. Sus dedos delgados, sus labios mordiendo la miga, el pequeño gesto que hacía con la nariz cuando algo le gustaba.

El embarazo se le notaba más cada semana. Y aunque ella intentara disimularlo con ropa suelta, Dom lo veía. Lo sentía. Se le clavaba en la piel como un ancla.

—¿Has pensado en descansar un poco? —preguntó con suavidad, apoyado en el mostrador.

—No.

—Brynn…

—No —repitió ella con firmeza, aunque sin dureza—. Esto me hace bien. Me mantiene cuerda. No puedo encerrarme en casa a esperar que pasen los meses. Necesito hacer cosas, moverme, crear.

—Lo sé. Solo… —Dom se pasó una mano por la nuca, buscando las palabras—. No tienes por qué cargar con todo sola. Yo estoy aquí. Si necesitas que te lleve, te recoja, te prepare la comida o… —hizo una pausa y bajó un poco la voz— te acompañe a todas las visitas médicas. Estoy aquí.

Brynn lo miró. Sus ojos azules tenían algo vulnerable, pero también una fuerza renovada. Se quedó en silencio unos segundos, y luego asintió, con lentitud.

—Lo sé, Dom. Y lo agradezco más de lo que sé decir. Me haces sentir segura.

Él tragó saliva, forzando una sonrisa. La deseaba. Más que eso, quería ser todo para ella, su apoyo, su consuelo, su cura y su refugio.

—¿Sabes ya el sexo? —preguntó él, con tono casual, aunque no lo era en absoluto.

—Todavía no. —Tocó su vientre de forma inconsciente—. En la próxima visita, quizá. Aunque creo que voy a esperar a que nazca. Algo que esperar con ilusión.

Dom asintió y desvió la mirada, como si no importara, aunque en su mente ya había imaginado mil veces una niña de ojos azules. Una niña con el carácter fuerte pero amable de Brynn y la risa ligera que solo mostraba cuando se sentía a salvo.

—¿Y tú? —preguntó ella de repente, con voz suave—. ¿Tú qué querrías?

Dom sonrió de lado, bajando la mirada.

—Una niña.

Brynn se quedó inmóvil un momento. Luego volvió a morder el muffin, pero sus mejillas se habían teñido de un leve rubor.

—¿Por qué?

—Porque si se parece a ti… —Dom la miró a los ojos—, no habrá en el mundo nadie capaz de no amarla.

El silencio se instaló entre ellos, pero no fue incómodo. Era un silencio cargado, cálido, lleno de cosas que ninguno decía. Todavía no.

Brynn respiró hondo y apartó la vista.

—Dom…

—No te estoy pidiendo nada —la interrumpió él, sin brusquedad—. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, estoy aquí. Para ti. Para el bebé. Siempre.

Ella asintió, y aunque no dijo nada más, sus ojos brillaban con una humedad contenida. Como deseaba que ese bebé fuera de Dom. Ella amaría igual a su bebé, fuera como fuera. Pero si Dom hubiese sido el padre, podría permitirse a sí misma dar ese paso definitivo hacia él, hacia sus brazos.

Dom se enderezó y le acarició la mejilla con el pulgar, quitándole el pétalo seco que aún quedaba allí. Luego cogió las tijeras del mostrador y empezó a recortar unas rosas sin pedir permiso.

—¿Qué haces? —preguntó ella, sonriendo con las lágrimas contenidas.

—Te ayudo a que acabes antes. Y luego te llevo a comer algo caliente. Porque, aunque digas que este muffin cuenta, no lo hace. Y tú lo sabes.

Brynn rio.

—Sí, papá oso.

—Acostúmbrate.

Y mientras ambos trabajaban entre flores, el mundo alrededor seguía girando. Pero en *Wild Bloom*, todo estaba donde debía estar.

ΔΔΔ

El reloj del salón del *loft* marcaba las 20:47.

Sienna había dejado de fingir que podía concentrarse hacía más de una hora.
Velas encendidas, luces tenues, el sofá perfectamente ordenado —como si fuera a importar—, y una fina *playlist* de jazz electrónico apenas audible desde su portátil.

Llevaba un conjunto de encaje negro translúcido, elegante y provocador, que le ceñía la piel como una segunda sombra. Encima, una bata corta de seda gris perla, apenas cerrada por un nudo a la cintura. Su melena suelta, labios mordidos de tanto pasarse los dientes por ellos.

Había pasado el día entero entre mensajes no enviados, duchas frías y fantasías intensas. El sabor de Lan seguía en su boca desde aquella mañana en el pasillo de *Vinyl*. Su olor seguía impregnado en su ropa. Y la promesa que él le había hecho… ardía entre sus piernas.

Estaba en medio del salón cuando oyó la puerta.

Se giró despacio.

El *clic* de la cerradura electrónica.

Los pasos.

Y entonces apareció Lan.

Cerró la puerta con la espalda, y al verla, se quedó congelado.

La chaqueta abierta, la camiseta ceñida, los ojos oscuros… pero su expresión era puro impacto. Como si no pudiera creer lo que tenía delante.

Los ojos de ambos se clavaron. Las respiraciones contenidas. Silencio absoluto. La tensión se estiró entre ellos como un hilo a

punto de romperse.

—Sienna… —murmuró Lan con voz rasgada, como si decir su nombre fuera la única forma de no perder el control.

Ella no respondió. Solo desató el nudo de su bata. La seda cayó al suelo sin un solo ruido.

Lan dio un paso. Y luego otro. Y de pronto, cruzó el salón como un animal desatado y la atrapó entre sus brazos.

La besó con brutalidad, como si llevara meses reteniéndose. Sus manos descendieron por su espalda, la alzaron sin esfuerzo, y Sienna se aferró a su cuello mientras él caminaba con ella pegada al cuerpo hasta el pasillo.

La estrelló contra la pared y la devoró.

El encaje crujió entre sus dedos, lo desgarró sin cuidado.

Sienna jadeaba, sus muslos temblaban al rodearlo, el cuerpo entregado por completo, sin miedo, sin dudas. Sabía a quién pertenecía. Y él se lo estaba demostrando.

—Dime que eres mía —susurró Lan con la voz ronca, entre beso y mordisco, recorriendo su clavícula.

—Siempre —gimió ella—. Soy tuya. Soy tuya, Lan.

Él gruñó como si esas palabras lo prendieran en llamas. La llevó en brazos hasta el dormitorio, la arrojó suavemente a la cama y se desnudó con una desesperación silenciosa. Sienna se incorporó, temblando de deseo, y le desabrochó el cinturón sin apartar la mirada de sus ojos.

Cuando él entró en ella por primera vez, fue como romper una presa. No hubo dulzura, ni palabras tiernas. Solo cuerpos que se reconocían, respiraciones que se sincronizaban como una sola, y gemidos que llenaban la habitación sin pudor. La penetraba con fuerza, haciendo una pequeña pausa cada vez que estaba clavado en ella, saboreando la sensación. Sienna se aferraba a él con brazos y piernas, sin apartar la mirada de sus ojos. La ola de liberación la asaltó de golpe, apretándose a su alrededor, ordeñándole con

fuerza. Lan aceleró el ritmo, necesitando derramarse en ella. Le iba a explotar el pene y el corazón. El orgasmo amenazaba con consumirlo. Sienna iba a ser su perdición. Cuando por fin llegó, la inundó con su esencia, enterrando la cara en el cuello de ella, respirándola, lamiendo las gotas de sudor que le resbalaban por el cuello. Pero no era suficiente, jamás sería suficiente.

—Joder Sienna — exhaló Lan— voy a hacértelo tantas veces y tan fuertes que mañana no se si vas a poder caminar. Agárrate, nena.

Lan la tomó de todas las formas que había imaginado. Contra la pared. De espaldas en la cama. Sentada sobre él mientras la guiaba con las manos en su cintura. Susurros sucios, mordiscos en la nuca, dedos que sabían exactamente dónde tocar, cuántas veces, con qué presión.

Y cada vez, Sienna se abría más para él. Gimiendo su nombre. Suplicando por más.

—Eres perfecta —le dijo una vez, con voz rota, mientras la abrazaba con fuerza al correrse dentro de ella—. Mía, solo mía.

Pasaron horas sin noción del tiempo. Las sábanas desordenadas, sus cuerpos entrelazados, incapaces de separarse.

Cuando Sienna, agotada, se tumbó boca abajo sobre su pecho, Lan le acariciaba la espalda con movimientos lentos, posesivos.

—No me dejes dormir —susurró ella—. Quiero que lo hagas otra vez.

Lan sonrió, besándole la frente.

—Te lo prometí —le dijo, su voz aún cargada de deseo—. Y siempre cumplo lo que prometo.

Y lo hizo.

Hasta que el amanecer los encontró entrelazados, vencidos solo por el cansancio y envueltos en algo más profundo que el placer.

Pertenencia.

CAPITULO 9

El sol apenas había cruzado el horizonte cuando Landon y Sienna se encontraban en el sofá, enredados entre mantas, cajas de comida a medio terminar y restos de una noche que había durado casi veinte horas. Lánguidos, satisfechos, saciados hasta los huesos. Ella apoyaba la cabeza en su pecho desnudo, y él le acariciaba la espalda con movimientos lentos, casi inconscientes. Había algo nuevo en sus cuerpos, algo más allá del deseo: un tipo de silencio cómodo que solo se da cuando el alma ha encontrado un lugar donde descansar.

—Cuando Dom y yo llegamos a la casa de acogida —empezó Lan de pronto, con la voz grave, como si hubiera estado amasando esa confesión desde hacía días—, yo tenía cuatro. Él, trece. Max y Ash ya estaban allí. Nos intentaron separar durante los primeros meses, después nos reubicaron dos veces. Pero Dom… joder, Dom nunca permitió que nos separaran o nos quebraran. Siempre volvía a buscarme, aunque lo castigaran, aunque lo metieran en aislamiento.

Sienna no se movió. Solo apretó un poco más los dedos contra su abdomen, animándole a seguir.

—La casa era un infierno. Literal. Gritos por la noche, hambre, castigos absurdos. Aguatamos eso durante años. Nos acostumbramos a dormir con un ojo abierto. Y luego estaba… ella.

Sienna alzó la vista.

—¿Una niña?

Lan asintió, la mandíbula tensa.

—Tenía seis. No hablaba apenas. Creemos que venía de un entorno peor. Dom intentó protegerla, pero cumplió la mayoría de edad y lo echaron de la casa. Max y Ash también lo intentaron. Pero un día... desapareció. Dijeron que se había escapado. Pero nosotros supimos que era una mentira asquerosa. Se metían con nosotros, pero lo justo. Ash y Max de adolescentes ya superaban el metro ochenta, daban bastante miedo.

El silencio fue más pesado que el aire.

—Desde entonces —continuó— supimos que no podíamos confiar en nadie. Solo en nosotros. Por eso los cuatro somos así. Leales. Protectores. Por eso no toleramos la injusticia. La vida fue una mierda al principio, y decidimos que no íbamos a seguir perdiendo. No nosotros. Y desde luego, no las personas que amamos.

Sienna se quedó paralizada. Con la respiración contenida. Sentía las palabras de Lan resonando en su pecho como si hubieran sido escritas para ella.

—¿Eso es…? —murmuró, casi sin voz— ¿Eso es una forma de decir que me amas?

Landon no titubeó. Ni un segundo.

—Sí.

Fue simple y honesto.

Sienna cerró los ojos, tragando saliva, intentando no romperse. Pero algo cálido le ascendió por el pecho, derritiendo sus defensas. Volvió a mirarlo, los ojos llenos de agua, la sonrisa temblando.

—Yo también te amo. —Se quedó en silencio un momento—. Y eso me asusta una barbaridad. He perdido a todos los que he amado. Todos. No sé cómo no tener miedo.

Lan le apartó un mechón de la cara con ternura y le sostuvo la mirada con esa intensidad inteligente que la desarmaba.

—No vas a perderme, Sienna. Eso no va a pasar. —Le acarició la mejilla con el pulgar, con una delicadeza inesperada—. Pero yo sí estoy bastante acojonado de perderte a ti. Llevo años haciendo

enemigos con el trabajo que hago, y desde que sé quién eres tú de verdad… desde que sé todo lo que has hecho como *Nocturna*… no puedo ni pensar en que vuelvas a salir herida.

Sienna lo miró durante varios segundos, midiendo sus palabras. Luego sonrió con un deje de picardía.

—Si Maksim, Gabriella y nosotros jugamos bien nuestras cartas, todo esto debería estar solucionado pronto. Y además, tengo un As en la manga. Bueno… dos.

—¿Ah, sí? —Lan arqueó una ceja, divertido.

—Sí. Creo que soy más lista que la mayoría.

Lan se echó a reír. Esa risa grave que le nacía del pecho y le recorría el cuerpo.

—Definitivamente, estoy jodido.

Sienna lo besó. Lento. Con una sonrisa en los labios.

ΔΔΔ

El despacho del *Pakhan* de la Bratva Volkov estaba bañado en una luz dorada que entraba a raudales por los ventanales del piso 64. Desde allí, Maksim dominaba Chicago con mano de hierro. Había mármol negro en el suelo, estanterías con armas y libros antiguos, una botella de vodka siberiano abierta y una pantalla donde se proyectaban datos en tiempo real.

—Quiero ubicación exacta, no conjeturas —gruñó al teléfono, los dedos tamborileando contra el escritorio—. Si esos bastardos ucranianos han cruzado alguna frontera, quiero saberlo antes que nadie.

La voz del lugarteniente al otro lado hablaba rápido, en ruso. Maksim cerró los ojos un instante, procesando la información sobre movimientos extraños en West Ridge, cuando la puerta de acero forrada con madera oscura se abrió con un golpe seco.

—¿Se te ha olvidado cómo se llama al puto timbre? —murmuró, sin levantar la vista.

Pero lo hizo. Y se detuvo.

Olivia Tucker entró como una tormenta: alta, con unos vaqueros ajustados que abrazaban sus curvas, una chaqueta de cuero negro abierta sobre una camiseta blanca, el pelo castaño claro recogido en una coleta alta y desordenada, ojos ámbar como brasas encendidas. Caminaba como si fuera la dueña del lugar, contoneando las caderas, y Maksim sintió que algo en él se tensaba. No de alarma. De puro y salvaje interés.

—Uno de tus soldados —espetó ella, sin preámbulo— lleva semanas rondando uno de nuestros bares en el sur. Cortejando a una de las nuestras. La ha dejado embarazada. Y se ha largado. Como un cobarde.

Maksim colgó sin despedirse. Se recostó en su silla de piel negra, entrelazando los dedos sobre el abdomen. La miró como si fuera un enigma que le apetecía descifrar capa a capa.

—¿Nombre? —preguntó con calma.

—¿El de ella o el del capullo? —espetó Olivia.

—Ambos.

Ella se lo dijo. Él lo memorizó. Luego se levantó.

—Mis hombres no dejan bastardos sueltos. No por moral, eso sería cínico por nuestra parte. Es por lógica. Cada niño fuera del sistema es una amenaza futura. No criamos herederos ajenos a la Bratva. Si la criatura vive, vivirá bajo nuestras reglas. Y el padre… responderá. Personalmente. —Se acercó a ella, lento, imponente, sin tocarla—. Te lo prometo, Olivia Tucker.

Por un momento, se quedaron en silencio. La tensión era espesa, cargada de algo más que palabras. Olivia lo miró a los ojos. No bajó la vista. No titubeó. No le tenía miedo. Y eso avivó el interés de Maksim.

—Me gusta cómo dices mi nombre —murmuró Olivia, desafiante.

Maksim sonrió, con ese aire de peligro subyacente. No solo no tenía, miedo. Tampoco era tímida.

—Y a mí me gusta que no tengas miedo de estar aquí, rodeada de enemigos.

—No soy una niña.

—Ya lo veo.

Se quedaron así. A centímetros. El aire entre ellos vibraba. A Olivia le ardían las mejillas, pero no se apartó. Esa autoridad fría, esa precisión brutal… era magnética. Nunca había sentido algo así. Él era otra cosa. No un motero. No un soldado. Era un estratega. Un depredador que cazaba por placer. Maksim Volkov era peligroso a muchos niveles y Olivia no podía apartarse de él.

Y entonces se escuchó el estruendo.

Tres disparos.

Dos impactos contra la puerta. Uno atravesó el cristal blindado lateral.

Maksim reaccionó antes que nadie. Empujó a Olivia contra el suelo con el cuerpo encima de ella, protegiéndola con su peso.

—¡*Dvigat'sya*! —bramó en ruso— ¡Fuego de cobertura!

El rugido de las armas resonó fuera. Maksim desenfundó la pistola de su cinturón, con movimientos precisos. Sus ojos se cruzaron con los de Olivia, que, tumbada bajo él, apenas respiraba.

—Estás bien —dijo él. No preguntó. Afirmó.

Ella asintió, aún sin comprender por qué el corazón le latía tan rápido. No solo por los disparos. Sino porque Maksim Volkov, el *Pakhan* de la Bratva, se había lanzado sobre ella como si su vida valiera más que la de cualquier soldado en su ejército.

—¿Quién coño ha sido? —susurró ella.

—Mercenarios ucranianos. Creían que podían entrar a mi casa. —Se incorporó con la furia templada de un líder en guerra—. Han cometido dos errores.

—¿Dos?

—Atacarme por la espalda. —La miró con los ojos como cuchillas—. Y ponerte en peligro.

Salió de la habitación con la pistola en mano, gritando órdenes en ruso. Olivia se quedó en el suelo unos segundos más, respirando hondo. Sabía que lo que acababa de vivir no era miedo. Era otra cosa. Un incendio muy distinto. Y sabía, con cada célula de su cuerpo, que su historia con Maksim Volkov acababa de empezar.

ΔΔΔ

El despacho de Landon en *Velvet* se había convertido en un búnker de cristal y acero. Las luces eran tenues, el aire olía a café fuerte y a electricidad estática. Tres monitores proyectaban datos cifrados, mapas en tiempo real y un flujo constante de mensajes de Gabriella, Skylar y varios canales seguros. Sienna, con su portátil sobre las piernas y una coleta alta, escribía con rapidez. Su rostro estaba serio, los ojos fijos en la pantalla. Lan, Max, Ash y Dominic ocupaban los asientos alrededor de la mesa, cada uno con su propia tensión encapsulada en los gestos.

—El juez confirmó que las pruebas son suficientes para abrir diligencias formales contra el holding del cártel de Molina —resumió Sienna, sin apartar la vista de la pantalla—. El dinero blanqueado sale de México, pasa por dos bancos ficticios en Panamá, y luego entra en Chicago a través de esa empresa de construcción.

—Y todo respaldado por ese cabrón de Solórzano —añadió Dom, con voz grave—. Ese tipo debería estar muerto hace años. —escupió haciendo referencia al político local que colaboraba con el cártel.

—Gabriella ha entregado las pruebas. El juez está bajo protección federal. El problema es que el cártel lo sabrá pronto —apuntó Ash, cruzado de brazos—. Y cuando lo sepan, soltará a sus perros.

—Ya lo ha hecho —dijo Lan con frialdad—. Solo que no esperaba encontrarse con lobos más grandes.

En ese momento, el teléfono de Max vibró. Una llamada encriptada. Solo un nombre parpadeaba en la pantalla:

Maksim Volkov

Max lo cogió al instante.

—*Da* —dijo Max con naturalidad en ruso.

La voz del *Pakhan* retumbó al otro lado, seca, tensa.

—Han intentado matarme. En mi propio despacho.

Max se irguió como una fiera.

—¿Te han herido?

—No. Pero no era un aviso. Era una ejecución fallida. Mercenarios ucranianos. Confirmado. Y te gustará saber que Olivia Tucker estaba conmigo. Sam ya lo sabe. Está fuera de sí. Quiere sangre.

Ash murmuró un insulto en voz baja. Dom cerró los puños. Lan ya estaba abriendo los servidores rusos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Max, sin necesidad de dar contexto.

—He activado a toda la Bratva del noreste. Todos los *vor* reciben órdenes directas. No habrá tregua. Estamos en guerra con los ucranianos y con quien los haya contratado. Y eso significa el cártel. Voy a arrasar con ellos, ya tengo un relevo en México adecuado que deje de joder las cosas como un puto aficionado.

—¿Tienes confirmación que es el cártel?

—Aún no formal, pero es obvio. Nadie más tiene los cojones ni los recursos. Y quieren cortar nuestras piernas antes de que pongamos en movimiento la maquinaria legal. —Hubo una pausa—. El *hacker* ruso que liberó las rutas de los mercenarios ha sido identificado. Es un traidor. Será eliminado en las próximas doce horas. Ya hay movimiento en Moscú.

Max no habló durante unos segundos.

—¿Y Olivia?

—Está ilesa. Pero eso no importa. Estaba en mi despacho cuando dispararon. Sam quiere cabezas. Yo también.

—Las tendrá.

Colgó sin ceremonia.

El silencio en la sala fue absoluto. Sienna fue la primera en hablar.

—Estamos llegando a un punto de no retorno.

Todos la miraron.

—La Bratva no amenaza. Ejecuta. Si Maksim ha activado a todos los *vor*, eso significa que habrá cadáveres antes de que amanezca. Y no solo aquí. Rusia va a moverse. Y no lo hará en silencio.

—¿Y tú? —preguntó Lan, observándola con atención.

Sienna alzó la mirada. Había fuego, pero también lucidez.

—Estoy dentro. Pero quiero que lo sepáis: si la Bratva entra en guerra abierta con el cártel, esto no va a ser como Coral o Elise. Aquí no habrá margen para errores. Y si alguien relacionado con Molina contrató a esos mercenarios, no se detendrá. Irá a por todos. Ya no tiene mucho que perder.

—Entonces —murmuró Ash, con voz seca—, que venga.

Dom asintió despacio.

—Que lo intente.

Max miró a su hermano pequeño, a la mujer que lo había cambiado todo, y luego a los tres hombres que siempre había considerado su única familia.

—Vamos a cerrar esta partida —dijo.

ΔΔΔ

El cielo de Chicago estaba encapotado, con una amenaza de tormenta suspendida sobre los tejados. Dentro del ático de Lan, la tensión era casi visible. Sienna estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá, el portátil sobre sus muslos desnudos, una camiseta gris de él cayéndole por un hombro. Lan caminaba de un lado a otro, con una taza de café olvidada en la mano, el móvil

encendido sobre la mesa y los monitores proyectando mapas de datos en código rojo.

—Han caído. Todos —dijo Sienna, sin levantar la vista—. Maksim ha enviado confirmación. Los mercenarios ucranianos están muertos. El *hacker* también. Moscú lo ejecutó esta madrugada. —Hizo una pausa—. Ni siquiera intentaron negociar. Fue una limpieza quirúrgica.

Lan se dejó caer en el borde del escritorio, con el rostro tenso.

—¿Y el cártel?

Sienna entrecerró los ojos y tecleó una secuencia de acceso. En pantalla apareció un archivo marcado como "*Clase Omega – Confirmación confidencial*". Lo abrió.

—Tenemos un nombre. El informante que les filtró mi identidad. —Su voz se quebró, casi imperceptible—. Es… Carson Maddox.

Lan no reaccionó. Al menos, no al principio. Solo la miró. Esperó. Ella no parpadeó.

—¿Tu padre?

Sienna asintió, con los labios tensos.

—Sí.

Hubo un silencio largo, espeso como alquitrán.

—¿Estás segura? —preguntó Lan, aunque ya sabía la respuesta.

—La Bratva rastreó el dinero. Lo recibieron en efectivo, en un casino de Las Vegas. Él delató mi ubicación. Les dijo quién era *Nocturna*. Que había ayudado a meter a Molina en prisión. Por eso sabían dónde buscarme. Debieron seguirme desde casa hasta el centro donde ingresó Rory. En cuanto me tuvieron sola en el coche fueron a por mí.

Lan se levantó. No dijo nada. Se apoyó en la pared con la espalda rígida, los puños cerrados.

—Ese cabrón… —murmuró con los dientes apretados—. Vendió a su propia hija por dinero.

—No lo veo desde hace más de tres años —susurró Sienna—. Se largó con todo. Las cuentas, los ahorros, todo lo que dejó mamá. No volvió a llamar ni contestó ninguna llamada cuando Rory tuvo la sobredosis. No pensé que pudiera hacerme más daño. Ni siquiera sé como pudo relacionarme con el tema de Molina.

Lan se acercó. Se agachó frente a ella. Le cogió el rostro con ambas manos, firme pero tierno.

—Escúchame bien. Eres la mujer más fuerte que conozco. Y ese hombre dejó de merecer llamarse padre el día que te abandonó. Hoy solo es una amenaza. Y nosotros eliminamos amenazas.

Sienna tragó saliva. La mirada se le humedeció, pero no cayó ni una lágrima.

—¿Qué haremos?

Lan se incorporó. Ahora era puro acero.

—Contactaremos al juez. Gabriella lo activará. El caso pasa a la DEA, ellos se encargarán de la mierda a este lado de la frontera. Maksim tomará el control de México. Carson y todos sus contactos deben ser rastreados y congelados. Si la red es más grande, el gobierno se encargará. Y lo que quede en esta ciudad… —miró el móvil, abrió el canal cifrado de Maksim—, se lo entregamos a la Bratva.

—¿Incluido… él?

Lan se giró. Sus ojos, normalmente llenos de ingenio y lucidez, eran ahora oscuridad pura. Sienna había resultado tan herida por su padre, que ni siquiera era capaz de decir su nombre en voz alta.

—Sobre todo él.

Sienna bajó la mirada. Asintió.

—No voy a detenerte.

—No podrías —replicó Lan con frialdad—. Pero te prometo algo. Tú no vas a mancharte las manos con esto. No después de todo lo que has hecho para salvar a otros. Yo lo haré. Yo los haré desaparecer. Y tú no tendrás que volver a pensar en él nunca más.

Ella se levantó. Fue hacia él. Lo abrazó con fuerza, como si necesitara sentir que el suelo no se rompía bajo sus pies.

—Te amo, Lan.

Él la rodeó con los brazos, el mentón apoyado sobre su cabeza.

—Y yo a ti. Por eso nadie te va a volver a tocar. Nunca más.

Desde el portátil, la pantalla parpadeó. Un mensaje en ruso codificado. Una sola palabra:

> Готово. (Hecho)

La primera ficha había caído. Pero quedaban más. Y ahora, la guerra era personal.

CAPITULO 10

En la placa de la puerta rezaba: Juez Anton B. Kravitz – Departamento de Justicia Federal. Pero Gabriella Thorne no se molestó en llamar, ya la esperaban. Irrumpió en el despacho con su elegancia habitual: traje entallado negro, tacones rojos, carpeta de cuero en una mano y la seguridad de quien ha luchado multitud de batallas imposibles en la corte. El juez Kravitz alzó la vista desde su escritorio con una ceja arqueada. A su lado, Skylar Jensen, con su placa al cinto y expresión de piedra, la observaba como si Gabriella fuera una tormenta con piernas.

—¿Esperas que me alegre de verte, Thorne? —gruñó Kravitz.

—No. Pero vas a estar agradecido. Otra vez —respondió ella, dejando caer la carpeta sobre la mesa con un *clac* firme.

El juez la abrió. Sus ojos, siempre agudos, se movieron de izquierda a derecha en una danza rápida y cada vez más tensa. Cuando llegó a la última hoja, la dejó con lentitud y se recostó en su asiento.

—Esto… es una bomba.

—Una bomba legal, bien construida, con pruebas digitales verificadas, testigos protegidos y trazabilidad financiera completa —añadió Gabriella con una media sonrisa—. El *holding* del cártel más importante del sur de México, blanqueo de capitales, intento de asesinato, conspiración criminal internacional. Y todo en territorio estadounidense. ¿Necesitas más?

Skylar cruzó los brazos, los labios fruncidos. Sus grandes ojos avellana destilaban incomodidad.

—¿Y la fuente de todo esto? —preguntó el juez, desconfiado.

—No puedo revelarla. Pero la DEA tiene autorización para operar en cuanto actives esta orden judicial. —Gabriella deslizó un sobre rojo con la marca de seguridad federal—. Todo legal. Todo listo.

Skylar dio un paso hacia la mesa.

—¿Sabes qué me molesta, Gabriella? Que cada vez que traes pruebas como esta, no puedo evitar preguntarme si estás defendiendo a tus clientes o si estás construyendo un imperio fuera de la ley.

Gabriella la miró con calma. Con ese tipo de calma que utilizaba para destrozar a sus adversarios en el estrado.

—¿Y sabes qué me molesta a mí, agente Jensen? Que sigas creyendo que el mundo se arregla desde detrás de una placa. Yo no defiendo criminales. Defiendo a hombres que han visto más violencia y muerte que la mayoría de tus compañeros de cuerpo. Y cuando el sistema falla, cuando el orden que tú defiendes no sirve para proteger a los inocentes, entonces sí, Skylar, doy un paso más allá.

Hubo un silencio tenso.

El juez Kravitz carraspeó, incómodo.

—Esto no es un debate moral, señoras. Es un asunto legal. Y con esta información, autorizo a la DEA a actuar. Desde este instante.

Firmó y selló la orden.

Gabriella asintió, sin una mueca de triunfo. Solo con determinación. Skylar no se movió.

—Supongo que ahora les permitirás a los rusos y a los moteros hacer su parte —espetó Skylar, con veneno controlado—. Como siempre.

Gabriella caminó hasta quedar a un metro de ella. Se inclinó levemente, con esa elegancia felina que sabía usar como un arma.

—No necesito tu aprobación, Sky. Pero si te consuela, cuando esto acabe, no quedará ni un solo cabo suelto. Ni una amenaza. Y si alguna vez te pones en peligro como ellas —susurró, refiriéndose a

Tess, Ivy, Brynn y Sienna—, ellos también te protegerán. Porque eso es lo que hacen. Aunque no te guste. Aunque no creas que se lo merecen.

Skylar no respondió. Pero sus pupilas se dilataron. Lo suficiente.

La tensión entre ambas era eléctrica. Innegable. Intensa.

Gabriella sonrió apenas.

—Ten cuidado, agente Jensen. No siempre se puede resistir al lado oscuro.

Skylar entrecerró los ojos, contenida, sin ceder ni un paso.

—Ten cuidado tú, Thorne. Porque por más que los protejas… si cruzan la línea, yo iré detrás.

Gabriella se giró, caminando hacia la puerta con los tacones golpeando el mármol como una promesa.

—Lo sé —dijo sin mirar atrás—. Y por eso me gustas.

Salió sin despedirse.

Skylar se quedó allí, con el corazón golpeándole las costillas, deseando que esa mujer no tuviera razón. Pero sabiendo, en el fondo, que la tenía.

ΔΔΔ

El despacho de Dom estaba aislado del resto del mundo. No entraban sonidos del club, ni de la calle, ni siquiera del sistema de ventilación. Solo los cinco presentes respiraban en esa habitación cerrada. Lan entró primero, con Sienna justo detrás. Ella vestía de negro, rostro tenso y el portátil bajo el brazo. Max estaba apoyado contra una estantería metálica. Ash, de pie, con los brazos cruzados. Dom en su silla de cuero, girando lentamente un vaso entre las manos.

—Tenemos nombre confirmado —dijo Lan sin rodeos, dejándose caer en una silla frente a sus hermanos—. Un soplón que reveló la identidad de *Nocturna* al cártel… y es Carson Maddox.

Silencio. Ni sorpresa. Solo rabia contenida.

—¿Tu padre? —preguntó Max con tono neutro.

—Su padre. El tipo que abandonó a Sienna, que robó el dinero de Rory y desapareció. Ese mismo cabrón vendió su ubicación al cártel a cambio de efectivo y protección en Las Vegas. Supuestamente por "una oportunidad nueva". —Lan clavó la mirada en el suelo, el pulso marcado en el cuello—. Una oportunidad a costa de su hija.

Ash se apoyó en la pared, los ojos oscuros. Dom dejó de girar el vaso.

Sienna habló por primera vez, la voz baja pero firme:

—He pedido a Maksim que no lo maten. Que lo capturen y lo entreguen con vida. Quiero… —tragó saliva—, quiero saber qué pasó. Quiero mirarle a los ojos. Quiero saber si fue una traición… o por cobardía. Si el cártel lo presionó, si lo amenazaron con matarlo. No puedo aceptar que haya hecho esto por voluntad propia. No sin escucharlo.

Lan apretó los dientes.

—Sien, lo conoces. Sabes cómo es. Tú misma me contaste cómo fue con Rory y contigo. No siente remordimiento. Solo le interesa el dinero. Si hubiera sido coaccionado, habría buscado ayuda. Pero no. Lo vendió todo. Como siempre. Como a ti. Como a Rory. Es una rata, y deberíamos haberlo exterminado ayer.

—Lo sé —murmuró ella—. Pero aun así… necesito verlo. Necesito preguntárselo. Y necesito que, después, la justicia haga su parte. No quiero que mi conciencia arrastre otra sombra. En este caso quiero hacerlo todo limpiamente. No solo por mí, también por Rory.

Ash fue el primero en hablar, la voz baja, pero firme y controlada como siempre:

—Estoy con Lan. Da igual sus motivos, el caso es que fue capaz de venderte. Si lo hizo una vez, puede volver a hacerlo de nuevo.

—No lo dudo —respondió Dom desde su asiento—. Pero la pregunta no es si lo merece. Es si tú, Sienna, puedes vivir con ello. Y si no

puedes… entonces no lo hagas. Haz lo que te permita dormir por las noches.

Sienna se sentó, mirando a los cuatro hermanos. La fuerza de su vínculo era como una muralla. Y, aun así, la dejaban entrar. La respetaban.

—Gracias —dijo, apenas audible.

Max rompió el silencio que siguió.

—¿Dónde está ahora?

Lan tecleó una secuencia en su móvil. La pantalla proyectó un mapa.

—Un sótano en un almacén en desuso. Distrito industrial. Maksim ya lo ha capturado. No lo han tocado. Por ahora.

—¿Y qué haremos? —preguntó Ash.

Lan se inclinó hacia adelante.

—Vamos nosotros. Interrogatorio a puerta cerrada. Lo grabamos. Lo cruzamos con la información de Gabriella. Y si hay pruebas de traición, lo entregamos a las autoridades con todo el peso legal posible. Pero si intenta mentir, manipular o jugar con Sienna… no prometo que salga de allí respirando.

Nadie dijo nada. Porque todos compartían el sentimiento. Lan no iba permitir que su chica volviera a salir herida, ni física ni emocionalmente.

—Está bien —dijo Max al fin—. Llamaremos a Gabriella cuando tengamos todo. Que el sistema se ocupe de él. Pero si da un solo paso en falso… yo mismo llamaré a Maksim.

Dom se puso en pie, el vaso intacto.

—Esta vez, lo haremos a nuestra manera. Y con las reglas claras.

Lan miró a Sienna. Ella asintió con los ojos brillando de resolución.

—Vamos a por él.

ΔΔΔ

La noche era cerrada y húmeda. Farolas parpadeantes proyectaban sombras alargadas sobre las paredes desconchadas del almacén. Desde el exterior parecía vacío, otro esqueleto más en la periferia de Chicago. Pero en su interior, la tensión era densa como el metal.

Max, Ash y Dom caminaron delante, cruzando el pasillo oscuro hasta la trampilla que conducía al sótano. Iban vestidos de negro. Caminaban con pasos firmes, sin titubeos. A cada lado del edificio, dos soldados de la Bratva mantenían vigilancia. Silenciosos e invisibles.

Lan se quedó atrás con Sienna. Aferrado a su mano como si el mundo pudiera quebrarse si la soltaba.

—Escúchame bien —murmuró, con la voz baja pero firme—. Si hay el más mínimo indicio de que algo va mal… te vas. Me da igual si tienes que arrancar una pared o robar un coche. Sales pitando de aquí. ¿Entendido?

Sienna asintió, con los ojos fijos en él.

—No voy a exponerme, Lan. Te lo prometo. Estoy aquí para saber la verdad. Nada más. Si la cosa se tuerce, me iré. Sin mirar atrás.

Lan soltó una exhalación, frustrado.

—La Bratva tiene la ciudad tomada. Maksim ha activado a todos sus *vor*. Controlan los puertos, las autopistas, los puentes. Pero el cártel de Molina tenía conexiones profundas. Políticos. Empresarios. Incluso dentro de cuerpos federales. No sabemos si alguien más sigue en la sombra.

Sienna levantó una mano y le acarició la mandíbula, calmándolo con un solo gesto.

—Vamos a estar bien.

Lan la miró, y esa mirada suya, afilada y brillante, se tornó más suave. Ella sonrió, ladeando la cabeza con ese descaro encantador que solo usaba con él.

—Además —susurró—, cuando salgamos de aquí y lleguemos a casa, vamos a empezar otro maratón de sexo de veinticuatro horas.

Sin interrupciones. Ni conspiraciones. Ni Bratva. Solo tú, yo… y todos los muebles que aún no hemos usado.

Lan soltó una carcajada inesperada, ronca, profunda. Todo su cuerpo se relajó en ese instante.

—Dios, te amo —murmuró, y la besó.

Fue un beso intenso. Sin prisa, anclándolos el uno al otro. Cuando se separaron jadeantes, Lan apoyó su frente contra la de ella.

—Venga. Vamos a terminar con esto.

Sienna asintió, y bajaron juntos por la escalera de metal que chirriaba con cada paso, como si el edificio mismo estuviera conteniendo la respiración.

En el sótano, iluminado por fluorescentes viejos y frío como un quirófano, Carson Maddox esperaba, esposado a una silla en el centro de la sala. El rostro envejecido, la barba desordenada, los ojos todavía arrogantes. Como si no comprendiera del todo que estaba en una situación realmente jodida.

Sienna se detuvo al borde de la sala. Lan, a su lado, tenso como un resorte. Max, Ash y Dom ya estaban allí, firmes. Parecían centinelas preparados para actuar en cualquier momento.

Carson alzó la vista.

—Vaya, vaya. Mirad a mi niña. Qué jodida sorpresa.

Sienna respiró hondo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella en voz baja, directa al grano —. ¿Por qué me vendiste? A tu propia hija.

Carson suspiró, alzando la vista como si estuviera valorando si decir la verdad valía el esfuerzo.

—Porque no eras mi hija.

El silencio que siguió fue absoluto.

Sienna retrocedió un paso como si la hubiera abofeteado. Lan levantó la cabeza con una expresión de hielo, sosteniendo a Sienna por el brazo.

—¿Qué mierda estás diciendo? —susurró Sienna.

Carson entrecerró los ojos. Ya no tenía fuerza para jugar.

—A ver… tú tenías un año cuando me casé con tu madre. Acababas de nacer cuando la conocí. Ella nunca dijo quién era tu padre y yo no le pregunté. Me importaba una mierda y me facilitó la vida que nunca me pidió que te tratara como tal. Pero Rory sí es mío. El único hijo que tuve. El hijo que nunca quise. —Soltó una carcajada vacía —. Yo no quería hijos. La quería a ella. Solo a ella. Pero se empeñó en jugar a la familia feliz. Y cuando murió… ya no quedaba nada que me importara. No me importa ni mi hijo, así que imagínate lo que me importas tú.

Sienna sintió que le faltaba el aire. Las palabras eran crueles y frías. Jamás hubiera sospechado algo así, ni que su madre sostuviera tal mentira durante toda su infancia.

—¿Y por eso me vendiste?

Carson alzó la mirada, por fin con algo que podría haber sido vergüenza.

—Sabía que eras buena con los ordenadores. Desde niña. Pero no sabía que eras esa tal *Nocturna*. Eso vino después. La hermana de Molina… —resopló—, esa mujer es peor que él. Está casada con la mano derecha de su tío, el jefe del cártel. Cuando Molina se suicidó en la cárcel, después de que le añadieran cadena perpetua por matar a un preso, ella se dedicó a rastrear a quien lo había entregado. Quería venganza.

—¿Y se acercó a ti? —preguntó Max, desde el fondo del sótano. Era mucha casualidad

Carson asintió.

—Con una sonrisa, preguntas amables. Dijo que investigaba el entorno de Molina justo antes de que lo detuvieran. Rastreó a todos los chavales que salían con él en esa época. Me habló de su hermano. Me preguntó si tenía hijos. Mencioné que tú —miró a Sienna— eras buena con la mierda de internet. Que habías hecho

mierdas de *hackeo* desde que eras adolescente. Me ofreció dinero. Y acepté.

—¿Aceptaste entregar a tu hija por dinero? —murmuró Lan, con voz baja, peligrosa.

Carson no respondió. Ya había quedado establecido que Sienna no era su hija y que él era una rata de alcantarilla codiciosa.

Sienna, paralizada, murmuró:

—¿Sabes quién es mi verdadero padre?

Carson la miró, por un instante casi humano.

—No. Tu madre se lo llevó a la tumba.

Sienna tembló. Pero no flaqueó ni un segundo. Lan dio un paso hacia ella, le tomó la mano con fuerza. Ash y Dom intercambiaron una mirada. Max dio un paso adelante.

—Ya hemos oído suficiente.

Y entonces, estallaron los tiros.

Primero uno. Luego una ráfaga.

Desde el piso superior, en el interior del almacén.

Max y Ash sacaron sus armas en un segundo. Lan empujó a Sienna hacia una de las esquinas, cubriéndola con el cuerpo.

—¡Joder! —rugió Ash— ¡Nos están atacando!

—Puede que sea el último reducto del cártel —dijo Dom, ya de espaldas a la puerta, en posición de defensa—. Han venido a acabar lo que empezaron.

—¡Los *vor* están arriba! —gritó Max— ¡Vamos!

Lan se giró a Sienna, la tomó por los brazos.

—No te separes de mí. Pégate a mi espalda. ¿Entendido?

—Sí —susurró ella—. Solo prométeme que saldremos vivos.

Lan la besó rápido y duro, como una promesa.

—Contigo, siempre.

Salieron corriendo. Dejaron a Carson esposado, solo en el sótano, abandonado a su suerte. Los disparos se intensificaban. Las escaleras vibraban con las pisadas. Al llegar al nivel superior, encontraron a dos soldados disparando desde las ventanas. Otros tres se posicionaban para asegurar las salidas.

Un soldado con chaqueta de cuero negra les hizo señas.

—¡Rápido, coche blindado en la salida trasera!

Lan empujó a Sienna hacia la puerta metálica. Ash y Max cubrían con fuego. Dom se colocó en la retaguardia.

Corrieron bajo el silbido de las balas.

La puerta trasera se abrió con estruendo. Dos soldados más los cubrieron, fusiles en alto.

El blindado negro esperaba con el motor encendido. Subieron todos. Las puertas se cerraron de golpe.

—¡*Move*! —ordenó uno de los rusos al conductor.

El coche salió rugiendo, directo hacia el asfalto negro de Chicago.

Dentro, el silencio era tenso.

Sienna, aun temblando, apoyó la cabeza en el hombro de Lan.

—Ya no sé quién soy —susurró.

Lan le rodeó los hombros, la atrajo contra su pecho.

—Sí lo sabes. Eres la mujer que me salvó. Que nos salvó. Eres Sienna. Lo demás… no importa.

ΔΔΔ

El blindado negro se detuvo suavemente bajo el resplandor de las luces fluorescentes de un aparcamiento subterráneo del centro. Todo estaba en calma. La puerta se abrió, y por primera vez desde el tiroteo, el aire se sintió respirable.

—Pax viene en cinco minutos —dijo Max, mirando el móvil—. Nos recoge a nosotros. Lan, estáis a dos manzanas. Id a pie. Más rápido

y seguro. No nos han seguido.

Lan asintió. Sus dedos ya se aferraban a la mano de Sienna.

Ella no dijo nada. Bajó del vehículo como si no acabara de salir de una guerra. Caminaba, pero no parecía estar del todo presente. Como si el suelo se le hundiera con cada paso. Carson. La verdad sobre su procedencia. La traición. Las balas.

Lan no soltó su mano ni un instante.

Caminaron en silencio por las calles desiertas. El amanecer aún no despuntaba. El asfalto olía a humedad, y el aire primaveral era frío. Pasaron por un callejón conocido, una cafetería cerrada, una farola parpadeante.

Al llegar al portal, entraron en el vestíbulo y directos al ascensor que mantenía las puertas abiertas. En la puerta del *loft*, Lan introdujo el código sin mirarla. Abrió la puerta. Sienna entró despacio aun en estado de *shock*.

Cerró detrás de ellos. Y entonces, por fin, ella habló.

—¿Y si ya no sé quién soy?

Lan se giró. Le tomó el rostro entre las manos.

—Eres mía y yo soy tuyo. Eso es lo único que sé con certeza. Todo lo demás… lo resolveremos.

Los ojos de Sienna se llenaron de lágrimas, pero las contuvo de caer. Lo miró como si necesitara algo. Y entonces se lo pidió.

—Hazme el amor. Ahora. Necesito sentir que sigo viva.

Lan no dudó. No esta vez.

La llevó a la habitación en silencio. La luz del ventanal filtraba apenas la silueta de los rascacielos lejanos. Comenzó a desvestirla con una lentitud reverente. Le bajó la chaqueta, luego la camiseta, hasta dejar sus hombros desnudos. Le acarició la piel suave del cuello, los brazos, la espalda y subió por su vientre, sus pechos hasta su cuello de nuevo.

Sienna respiraba hondo. Casi temblaba.

Lan la desnudó por completo. La besó en la clavícula, luego en el centro del pecho, donde su corazón latía como un tambor. Se arrodilló ante ella, le besó el vientre, la cara interna de los muslos, y finalmente la alzó en brazos y la tumbó sobre las sábanas.

Cuando se desnudó él, su cuerpo irradiaba fuerza, tensión, y una necesidad brutal de devolverle a ella algo que el mundo le había arrebatado. Seguridad.

Se colocó sobre ella. La miró a los ojos.

—Estás viva —susurró—. Estás aquí. Conmigo. Y nadie va a volver a tocarte. Nunca.

Sienna lo besó con urgencia. Desesperada. Hambrienta. Le rodeó la cintura con las piernas y le hundió las uñas en la espalda.

—Cariño, por favor —suplicó Sienna— te necesito dentro.

Lan entró en ella de un solo movimiento, lento pero firme, estirándola al máximo, casi hasta el dolor. Luego se quedó quieto saboreando la sensación de su interior de terciopelo caliente. Ella jadeó, clavando la cabeza en la almohada, dejando que su cuerpo recordara que aún era capaz de sentir.

El ritmo fue intenso desde el inicio. Él la sujetaba de las caderas, de los muslos, de la nuca. La marcaba con cada embestida, con cada beso profundo, con cada mirada clavada en sus ojos como anclas.

Sienna reaccionó como si algo hubiera estallado dentro de ella. Se movía debajo de él con pasión salvaje, sin contención. Le rasguñaba, le besaba, le suplicaba sin palabras que no se detuviera. Que la mantuviera allí, en el mundo, cuando todo parecía desmoronarse.

Lan la hizo llegar al clímax dos veces. La segunda, con su nombre gritado contra su cuello. Y cuando él la siguió, fue con un rugido grave, contenido, como si entregara todo su cuerpo en ese instante.

Se quedaron así. Pegados. Sudorosos. Respirando al mismo ritmo.

Después, Lan se tumbó a su lado y la abrazó con fuerza. La mantuvo contra su pecho como si pudiera detener el tiempo. Ella cerró los

ojos, y por primera vez en muchas horas, se permitió soltar una lágrima.

—Gracias —susurró Sienna.

Lan la besó en la frente.

—Vas a estar bien, nena. Te lo juro. Y yo estaré contigo en cada parte del proceso.

Sienna asintió, aún con los ojos cerrados. Aferrada a él.

Porque en ese momento, Lan no solo era su amante. Era su refugio y su única certeza.

CAPITULO 11

Dos semanas después

La luz de la mañana se filtraba a través de las persianas metálicas del *loft*, proyectando líneas de claroscuros sobre el cuerpo desnudo de Sienna, arqueado bajo el de Lan. Ella jadeaba, los ojos entrecerrados, las uñas clavadas en los hombros de él mientras él embestía con ritmo firme y profundo, como si su cuerpo le perteneciera desde siempre. Lo hacía con fuerza, con una pasión que aún no se había calmado, a pesar de las noches compartidas y de los días en los que ya no se separaban.

Sienna gimió su nombre con la voz ronca, y Lan se inclinó para besarla con brutal ternura, envolviéndola con sus brazos tatuados, anclándola inmóvil a su cuerpo. Era suya. Lan la apretó con fuerza contra su cuerpo mientras se corrían. Desde aquella noche en el aparcamiento, después del tiroteo, después de las verdades reveladas por Carson Maddox, Sienna solo podía dormir bien si él la abrazaba fuerte.

Él se derrumbó sobre ella con un gruñido sordo, los cuerpos aún unidos, el aliento mezclado, y ambos se quedaron en silencio, el corazón latiendo con fuerza.

—No pienso dejarte levantar hoy —murmuró Lan contra su cuello, acariciándola con la nariz, la barba rasposa rozando su piel.

—¿Y si te digo que tengo hambre? —susurró ella, con una sonrisa perezosa.

Lan alzó la cabeza y la miró, ese tipo de mirada que Sienna aún no había logrado acostumbrarse del todo: devoción y deseo entrelazados con algo más oscuro, más posesivo.

—Entonces voy a tener que alimentarte —dijo con una sonrisa ladeada—. Pero te advierto que mi cocina es… como yo.

—¿Peligrosa? —provocó ella, riendo.

—Deliciosa —respondió él, ya levantándose de la cama con su cuerpo esculpido y desnudo sin pudor—. Ven. Dúchate conmigo. Necesito tus piernas alrededor de mi cintura otra vez antes de pensar en huevos y tostadas.

Sienna se rio mientras le lanzaba una almohada, que Lan esquivó con reflejos de depredador. No tardó en rodearla y alzarla en brazos, llevándola al baño entre risas y gemidos fingidos de protesta.

La ducha fue otra excusa para prolongar el juego. Lan apoyó a Sienna contra la pared de azulejos mientras el agua caía caliente sobre ellos, sus cuerpos encajando en todas partes. Fue más lento esta vez, más íntimo. No necesitaban hablar. El lenguaje de sus cuerpos era más claro que cualquier palabra.

Cuando por fin lograron salir del baño, envueltos en vapor y besos, ambos se vistieron con ropa cómoda. Sienna llevaba una camiseta blanca enorme que le robó a Lan y unas braguitas de encaje bajo ella. Él optó por unos vaqueros oscuros y se descalzó para moverse por la cocina con facilidad.

—¿Tienes antojo de algo en especial? —preguntó Lan, abriendo la nevera.

—Mmm… —Sienna se apoyó en la encimera con los codos, dejando que la camiseta se deslizara peligrosamente por uno de sus hombros —. Algo delicioso, ya sabes.

Lan se giró, lento, como un lobo que ha detectado una presa que se ofrece voluntaria. La devoró con los ojos, sin moverse.

—Cuidado, nena —murmuró con voz grave—. No provoques al lobo antes del café.

—¿Y si es justo lo que quiero? —replicó ella, con la sonrisa ladeada que ya era su sello.

Lan se acercó despacio, acorralándola entre la encimera y su cuerpo, y apoyó una mano firme en su cintura mientras con la otra le retiraba un mechón húmedo de la cara.

—Tienes idea del efecto que tienes en mí, ¿verdad?

—Creo que sí —susurró ella, mordiéndose el labio inferior.

—Entonces no te quejes cuando acabes desayunando en la encimera —respondió él justo antes de besarla.

Pero esta vez no la alzó. La soltó con una sonrisa arrogante y se giró hacia la cafetera, disfrutando de la forma en que ella se quejaba, frustrada.

—Te odio —murmuró ella, poniéndose a su lado con una taza vacía en la mano.

—Lo sé. —Lan le pasó el brazo por los hombros y la besó en la sien —. Pero también me deseas más que al aire, así que estamos en paz.

—Maldito *hacker* sexy —bufó Sienna entre dientes, aunque no pudo evitar sonreír.

El desayuno transcurrió entre risas, toques ligeros, y un par de amenazas por parte de Sienna de tirarle la tostadora si seguía insinuándose de forma tan descarada. Lan fingía inocencia, pero sus ojos perezosos la recorrían constantemente, con hambre contenida. Ya no había sombras entre ellos. No quedaban máscaras. Solo deseo, ternura y esa confianza sólida que ambos se estaban esforzando en construir.

El *loft* ya no era solo la casa de Lan. Ahora olía a champú femenino por las mañanas, tenía dos cepillos en el baño, una estantería de novelas clásicas junto a los servidores y una silla de diseño junto al escritorio, donde Sienna se sentaba a veces con las piernas cruzadas a mirar trabajar a Lan como si fuera lo más hipnótico del mundo.

Ninguno de los dos había mencionado de nuevo la casa de Sienna. Ella se sentía en casa en el *loft*. Él lo sabía. Y no tenía intención de dejarla ir nunca.

ΔΔΔ

El sol de mediodía caía con fuerza sobre los ventanales de *Velvet*, haciendo brillar el interior. El aire olía a pan recién hecho, especias y el primer día de verano. La ciudad latía con pereza, pero dentro del restaurante todo era movimiento.

Lan y Sienna entraron por la puerta lateral como si no fueran la pareja más devastadoramente guapa y absorta en sí misma de la ciudad. Él le acariciaba la espalda baja con la palma abierta, y ella se estiraba hacia su cuello para besarle suavemente la mandíbula. Parecían vivir en su propia burbuja, protegidos de todo lo demás. Lan estaba más relajado de lo habitual —solo visible para quien le conocía—, y Sienna, vestida con un conjunto negro ajustado y sandalias de tiras, se había recogido el pelo en un moño desordenado del que se escapaban mechones cobrizos.

—Si no dejas de besarme, no vas a poder entrar viva al servicio de mediodía —le murmuró Lan al oído, una mano ya descendiendo por su cadera.

—¿Y si me gusta el riesgo? —susurró ella de vuelta, sin dejar de caminar.

—Ya lo sé. Pero aquí dentro soy el jefe de seguridad. Y si te empotro contra la barra, técnicamente estaría rompiendo mis propias normas —replicó él, divertido.

—Te encantaría romperlas todas por mí —le picó Sienna, antes de empujarle juguetonamente hacia el acceso al despacho.

Ash estaba tras la barra, revisando informes con su teléfono apoyado en el hombro y una taza de *espresso* sin tocar en la mano. Levantó la vista al verlos entrar y alzó una ceja, la única muestra de su sarcasmo contenido.

—¿Podéis mantener las manos quietas al menos cinco minutos? Parecéis adolescentes en celo.

Sienna sonrió, le guiñó un ojo y al instante cambió de registro. Fue como ver a una general asumir el mando de su cuartel.

—Necesito el informe de reservas, la hoja de alérgenos actualizada y que Julie revise los vinos del menú. Quiero todo perfecto antes de que lleguen las chicas —dijo mientras tomaba la *tablet* del mostrador y la desbloqueaba con rapidez. Su tono era suave, pero con la firmeza de quien conoce cada rincón del local mejor que su propia casa.

Ash le lanzó el informe con un leve movimiento de muñeca.

—Ya lo tienes. Julie está en la cava. Y Vincent está recibiendo los pedidos de cocina. Dicen que el proveedor de frutas trajo mangos con etiqueta equivocada.

—Perfecto —dijo Sienna, sin detenerse un segundo mientras cruzaba el local hacia la cocina.

Lan se quedó observándola desde la barra, los brazos cruzados, el rostro iluminado por un orgullo silencioso. A su lado, Ash se sirvió por fin el *espresso* y comentó sin apartar la vista del café:

—Está en su elemento.

Lan asintió.

—Sí. Me hace sentir que yo también estoy en el mío.

Ash lo miró de soslayo y, sin necesidad de palabras, supo que su hermano pequeño estaba irremediablemente perdido. No de forma torpe o impulsiva. Perdido en el sentido más absoluto y definitivo.

ΔΔΔ

Media hora después, *Velvet* respiraba ese orden controlado que solo Sienna era capaz de imprimirle. Las mesas estaban listas, los camareros pulidos y sonrientes, la cocina afilada como un bisturí.

Sienna miró el reloj. Faltaban quince minutos para el almuerzo. Ajustó los cubiertos de una de las mesas junto a la ventana y alisó el mantel con la yema de los dedos.

Era una comida especial. Una de esas que sabían que escasearían pronto. El verano estaba a punto de empezar, Parker empezaría las vacaciones de verano en unos días y el bebé de Brynn estaba cada vez más cerca de nacer. Ivy, por su parte, ya mostraba una barriga incipiente, y aunque aún se movía con agilidad, era evidente que el embarazo avanzaba rápido.

Sienna sonrió al pensar en ellas. En lo mucho que habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. En lo que era tener una red de mujeres que se cuidaban unas a otras como una familia real. Como la que nunca tuvo.

Se detuvo un momento, distraída, al ver entrar un haz de luz distinto por la puerta. No por el sol. Era la ausencia de sombras. La calma.

Las cosas con el cártel habían permanecido tranquilas. Demasiado. Desde la intervención de la Bratva, con una "solución permanente", como había dicho Maksim con esa sonrisa cargada de secretos, no se habían vuelto a registrar movimientos hostiles. Ni amenazas. Ni llamadas. Ni cuerpos.

Eso no significaba que todo estuviera resuelto.

Carson Maddox.

El nombre seguía colgando del aire como una espada de Damocles que no termina de caer. No tenían confirmación. No sabían si había muerto en el tiroteo. Ni si había escapado. Solo silencio. Un silencio demasiado largo.

Sienna lo pensaba por las noches, cuando Lan dormía a su lado con el brazo enroscado en su cintura. Lo pensaba mientras trabajaba, mientras escribía líneas de código o abría informes con el alias de *Nocturna*. No tenía pruebas. Pero algo le decía que Carson no estaba acabado.

Y lo peor de todo era que Lan también lo sentía. Lo sabía. Lo notaba en la forma en que a veces, al mirar por la ventana, se le tensaba la

mandíbula. En la forma en que repasaba protocolos de seguridad sin necesidad aparente.

Sienna se obligó a sacudirse los pensamientos. No hoy. No cuando las chicas iban a llegar.

Se giró justo a tiempo para ver a Tess entrar, con un vestido vaporoso color salmón y gafas de sol enormes. Detrás de ella venían Ivy, con su melena rubia recogida y una blusa blanca que dejaba ver la curva redonda de su vientre, y Brynn, luminosa a pesar del embarazo avanzado, con un vestido azul marino de lunares y sandalias cómodas.

Las tres se acercaron como una ráfaga de verano, con risas y abrazos y el ruido de la vida real.

—¡Este sitio está demasiado impecable! —exclamó Tess, abrazando a Sienna—. ¿Qué pasa? ¿Te has vuelto loca con la perfección?

—Solo quería que vierais que aún puedo dirigir un restaurante y llevar una doble vida como *hacker* profesional —bromeó Sienna con picardía.

—Hablando de *hackers*, ¿Lan te deja dormir algo o sigue encontrando formas "creativas" de programar por las noches? —bromeó Ivy, guiñándole un ojo.

—Por suerte, el señor Vance tiene energía para dos o diez programaciones —replicó Sienna con una sonrisa pícara.

—Y ojos solo para ti —dijo Brynn en voz baja, sincera.

Sienna parpadeó. Agradecida. Emocionada. Y entonces, por fin, se permitió respirar.

Porque ahí estaba su familia. Y mientras todo lo demás se mantuviera en silencio… hoy sería un buen día.

Las cuatro mujeres se acomodaron en la mesa redonda junto a la ventana, la favorita de Sienna para las comidas íntimas. La luz del mediodía tamizaba sus rostros y los reflejos del tráfico pasaban como destellos sobre las copas de vino sin alcohol y las botellas de agua infusionada con frutas.

—¿Y entonces Max se presentó en el hospital con una tarta? —preguntó Ivy, dejando la servilleta sobre las piernas mientras se inclinaba con gesto de incredulidad divertida.

Tess asintió, echándose hacia atrás con esa sonrisa entre sarcástica y tierna que la caracterizaba.

—Una tarta y globos de colores. Y mientras intentaba cantar el cumpleaños feliz, Parker chocó con sus piernas y la tarta se precipitó sobre sus zapatos de piel nuevos. Casi me atraganto de la risa.

—¿Y qué hiciste tú? —preguntó Sienna.

—Lo invité a cenar a la hamburguesería favorita de Parker. Y luego le dije que no era necesario el gesto porque ya estábamos todos al borde del coma diabético con lo que cocina últimamente —respondió Tess con tono de falsa queja—. Está en modo "marido cocinitas". A mí me encanta, pero mis vaqueros no opinan lo mismo.

—Te queda todo bien, Tess —intervino Brynn con dulzura, acariciándose instintivamente el vientre ya muy marcado—. Pero reconozco que Max está insoportable de protector. Ash también. Y Dom...

La mención de Dominic cambió levemente la atmósfera. Las tres la miraron. Expectantes y con esa atención silenciosa que solo surge entre mujeres que han compartido lo más duro.

Brynn bajó un poco la mirada y luego sonrió, con esa mezcla de ternura y sorpresa que solo una mujer amada puede transmitir.

—Es… demasiado. Está en todo. Me deja flores en la floristería, me lleva comida casera cada noche, me escribe mensajes por si el bebé "necesita algo". —Se llevó una mano al pecho, emocionada—. Y aun así, no me agobia. No me presiona. No espera nada. Solo… está.

—Ese hombre está más enamorado que cualquier protagonista de novela romántica que haya leído —dijo Ivy con una sonrisa soñadora.

—Y eso que tú tienes uno tatuado y real durmiendo contigo cada noche —le recordó Tess, alzando una ceja.

—Lo sé. Estoy por escribir mi propio libro. Lo titularé *Guía para domar a un Vaughn sin morir en el intento*.

Las cuatro estallaron en risas suaves, cómplices, y en ese momento el mundo pareció sencillo, cálido, casi ligero.

Hasta que Julie apareció, nerviosa pero profesional, deteniéndose justo al lado de Sienna.

—Sien… hay un pequeño problema en la entrada.

Sienna se irguió un poco, atenta al tono bajo pero tenso de Julie.

—¿Qué pasa?

—Una mujer dice que tiene reserva para mediodía, pero no aparece en el sistema. Dice que habló con alguien por teléfono y que "todo estaba confirmado", pero no me cuadra. No es cliente habitual, no es de agencias, y no hay ninguna anotación en los *backups*. Está armando un escándalo en el atril del *maitre*.

Sienna frunció el ceño, suspiró con calma y se puso en pie con naturalidad.

—Lo manejo. Volved a los entrantes, ahora vuelvo.

Las tres la miraron con una mezcla de respeto y diversión. Ver a Sienna pasar del tono risueño a su andar profesional, con la *tablet* bajo el brazo y el moño desordenado controlado por pura voluntad, era como ver a un hada de cuento caminando hacia la corte.

En la entrada, efectivamente, la situación tenía mala pinta.

La mujer era menuda, con el cabello teñido de un rubio dorado que contrastaba demasiado con sus cejas perfiladas y oscuras. Iba vestida con un conjunto de lino blanco perfectamente planchado, gafas de sol con montura dorada colgando del escote, un bolso de *Hermès* auténtico colgado del brazo y unas sandalias de tacón italiano imposiblemente altas. Todo gritaba dinero, pero con ese aire vulgar de alguien que carece de elegancia o clase.

—¡Es absolutamente inaceptable! —estaba diciendo cuando Sienna se acercó con paso firme y expresión neutra—. ¡Llamé el miércoles y

me confirmaron! No estoy acostumbrada a este tipo de errores. ¿Saben quién soy?

—Buenos días —intervino Sienna con voz suave pero indiscutible. Se colocó justo entre la mujer y el *maitre*—. Soy la encargada de *Velvet*. Me llamo Sienna. ¿Puedo ayudarla?

La mujer alzó la barbilla, midiendo a Sienna con una mezcla de juicio y fastidio impaciente.

—Soy Catherine Roussel. Tenía una reserva para hoy, mediodía, a nombre de mi marido. Supuestamente en mesa privada. No pienso quedarme esperando en la puerta como si esto fuera una hamburguesería.

—Comprendo. —Sienna activó su *tablet* con un gesto rápido—. Revisaré personalmente el sistema. Le pido disculpas si ha habido un malentendido.

Apenas tardó unos segundos en buscar el nombre, los teléfonos asociados y los correos electrónicos de confirmación. Nada. Ni rastro.

—Señora Roussel —dijo, manteniendo el tono cortés pero firme—, le confirmo que no hay ninguna reserva registrada a ese nombre ni el miércoles ni en ningún día de esta semana. Tampoco hay llamadas entrantes desde su número en nuestra centralita.

—Eso es imposible. —La mujer apretó los labios con gesto tenso—. Hablé con un hombre. Tenía acento extranjero. Muy educado.

Sienna parpadeó. Su gesto no cambió, pero su mente sí.

¿Un hombre? ¿Con acento? ¿Educado?

—Puede que alguien le haya dado información errónea desde fuera de nuestro equipo —dijo, cubriendo todas las posibilidades sin alterar la compostura—. Aun así, quiero asegurarme de que tenga la experiencia que esperaba. Podemos ofrecerle una mesa privada en la galería acristalada. No estaba reservada y cuenta con servicio prioritario.

La mujer dudó. Midió el tono imperturbable de Sienna. Midió la sala. Midió la alternativa: marcharse sin el almuerzo por el que claramente se había arreglado con esmero.

—Está bien —dijo al fin—. Pero agradecería que revisaran a quién contratan para atender el teléfono.

Sienna inclinó levemente la cabeza, sin perder una pizca de elegancia.

—Tenga por seguro que lo haremos. Por aquí, por favor.

La condujo personalmente a la mesa, se aseguró de que Julie tomara nota de todos los detalles y, antes de alejarse, se permitió una mirada breve hacia la puerta. No había nadie fuera. Ningún coche sospechoso. Ninguna señal de amenaza.

Pero algo le daba vueltas en el estómago.

△△△

El almuerzo llegaba a su fin como suelen hacerlo los buenos momentos: con risas cálidas, cucharillas tintineando en platos vacíos de postre y promesas de verse pronto. Las chicas se levantaron de la mesa despacio, a regañadientes. Había sido una de esas comidas que saben a refugio. Afuera el calor del verano vibraba contra el cristal, pero dentro, el mundo aún parecía seguro.

Lan se apoyó en la barra, observando cómo Tess y Brynn se dirigían al baño entre risas. Ivy, de pie junto a Ash, se despedía con una mano sobre su vientre, y la otra atrapada entre las de él. Ash la tenía arrinconada, una ceja alzada, los labios rozando los suyos en un beso lento, casi indolente, cargado de posesión.

—Estás obsesionado —susurró Ivy, divertida.

—Tú estás embarazada —respondió él con voz grave—. Y eso me convierte oficialmente en un lunático.

—No tienes remedio, Vaughn.

—Y tú estás condenada a mí, nena —le devolvió, antes de besarla con una intensidad que atrajo algunas miradas.

Sienna, desde la barra, los miraba con una sonrisa. Lan se le acercó por detrás y la rodeó con los brazos, apoyando el mentón en su hombro.

—¿Crees que si le lanzamos una toalla encima se ofenderá? —murmuró.

—Se ofenderá y te romperá la nariz —contestó Sienna, riéndose—. Y luego Ivy le comprará hielo con gesto enamorado.

—Se merecen el uno al otro. Dos locos. —Lan le besó la sien—. Aunque yo también estoy algo chiflado por ti.

—¿Solo algo?

—Tóxicamente enamorado, preciosa. Pero soy más funcional que él —dijo con sorna.

Ambos rieron, envueltos en esa burbuja momentánea. Sienna le acarició la muñeca, aferrada a su calor. Entonces lo sintió. Un cambio sutil en el aire. Lan también lo percibió. Se tensó contra ella, como si algo invisible le hubiera erizado la piel. Apartó ligeramente su cuerpo del de Sienna y alzó la mirada hacia la entrada lateral.

Allí estaba.

La mujer del cabello teñido de rubio. No estaba perdida. No estaba confundida. Caminaba con paso lento, casi grácil, los tacones sonando huecos contra el suelo. Tenía los ojos fijos en Sienna.

Vacíos, fríos y completamente decididos. Parecía una loca de manicomio.

—Sienna —dijo Lan, grave, bajo—. Quédate detrás de mí.

Sienna no entendía. No aún. Solo sentía cómo el cuerpo de Lan se tensaba como un cable eléctrico. Entonces lo vio.

La mujer metió la mano en el bolso.

Y sacó un arma.

Fue como si el tiempo se quebrara.

—¡Arma! —gritó Ash, que ya se estaba moviendo. Su entrenamiento militar tomando el control.

La mujer alzó el brazo y disparó.

Una.

Dos.

Tres veces.

Ash se lanzó sobre Ivy, cubriéndola con su cuerpo contra el suelo. La bala silbó cerca de su cabeza y estalló una botella detrás de la barra. Ivy gritó, asustada pero ilesa.

Sienna se quedó congelada. El sonido de los disparos rebotaba en su mente como ecos ahogados.

Lan se giró de golpe, poniéndose frente a ella. La protegió con su cuerpo, su brazo extendido, empujándola hacia atrás.

—¡NO! —gritó Sienna justo antes de ver cómo el cuerpo de Lan se estremecía.

Una mancha oscura brotó de su cuello. Otra de su camiseta, a la altura del pecho. Lan vaciló un paso, pero no cayó.

Sienna gritó. Agarró su cintura sin pensar, intentando mantenerlo en pie, pero su cuerpo ya comenzaba a flaquear.

—Lan, no. No, no, no…

En ese instante, desde el pasillo del baño, Tess salió corriendo.

Vio la escena en un segundo.

Ni siquiera gritó.

Agarró una botella de cristal de agua de una mesa cercana y se abalanzó sobre la atacante. Le estrelló el envase contra la cabeza con toda la fuerza de su brazo, un golpe certero. El sonido fue seco. La mujer se desplomó en el suelo, inconsciente, el arma cayendo de su mano como una nota final.

Sienna no lo vio.

Solo podía mirar a Lan.

Su camiseta se teñía de rojo a toda velocidad.

Él la miraba como si aún pudiera sujetarse al mundo con solo verla.

—Shhh… estoy aquí, Lan… no te vayas, ¿vale? Quédate conmigo… —su voz temblaba, sus manos presionaban la herida del cuello, pero no bastaba.

—Sien… —susurró Lan con un hilo de voz—. Estoy bien… solo… te amo.

—¡Ash! —gritó Tess, arrodillándose junto a ellos—. ¡Está sangrando mucho! ¡Necesito ayuda!

Ash ya estaba sobre ellos, rodilla en tierra, revisando el cuello, presionando con firmeza, evaluando en segundos como si volviera a estar en el frente.

—El cuello no es la carótida —dijo Tess—. Pero está muy cerca. Llama a emergencias. ¡YA!

—¡Sienna! —Brynn había salido detrás de Tess, las manos sobre su vientre, blanca como el papel.

Sienna no oía nada. Solo el sonido de la respiración agitada de Lan. El calor de su sangre en sus manos temblorosas. Sus ojos no se apartaban de los de él.

—No te mueras… por favor… —susurró ella, en un hilo que solo él pudo oír—. No puedes dejarme ahora. No puedes.

Lan alzó una mano débilmente, rozó su mejilla con los dedos empapados en sangre.

—No voy a hacerlo… tú… me anclas aquí.

Y luego se desmayó entre sus brazos.

—¡Presión constante aquí! ¡Y mantenlo inmovilizado! —la voz de Tess sonó como un disparo, clara, firme, entrenada. Tenía las dos manos presionando con fuerza una toalla contra el cuello de Lan, que yacía inconsciente sobre el suelo de *Velvet*, empapado en su propia sangre.

Ivy estaba al otro lado del cuerpo, de rodillas, con guantes puestos —los había tomado de un botiquín de primeros auxilios que alguien había sacado en segundos—, sujetando la cabeza de Lan en posición neutra para evitar un compromiso de la vía aérea.

—Frecuencia respiratoria irregular, pulso débil —informó Ivy, su voz trémula, pero su entrenamiento de urgencias se imponía—. Está entrando en shock hipovolémico.

Tess, con la cara salpicada de gotas de sangre, alzó la vista hacia la herida del cuello.

—No es la carótida, pero ha tocado una rama secundaria. Si no lo estabilizamos antes de que llegue la ambulancia…

—Lo perderemos —completó Ivy con un susurro helado.

A unos pasos, Brynn sujetaba con delicadeza a Sienna por los hombros, alejándola del cuerpo de Lan.

—Sien, cielo, déjanos ayudarle. Confía en ellas… —susurró Brynn con suavidad.

Sienna no respondía. Estaba de rodillas, manchada de sangre, la piel blanca como la porcelana agrietada. Los ojos clavados en el rostro inmóvil de Lan. No lloraba. Ni temblaba. Solo… parecía haber desaparecido por dentro. Solo daba vueltas en su cabeza la idea de que siempre perdía lo que más amaba. Su madre, su hermano, sus estudios… no podía perder a Lan.

Brynn se inclinó, con dificultad por el embarazo avanzado, y rodeó a Sienna con los brazos, alejándola con movimientos lentos y constantes, como si fuera una criatura herida que pudiera romperse si se forzaba.

—Lo están salvando —le decía, en voz baja—. Lo están salvando…

Ash, mientras tanto, tenía a la atacante boca abajo en el suelo. Le había esposado las muñecas con una brida de seguridad extraída de un cajón bajo la barra. El golpe de Tess la había dejado aturdida, pero aún respiraba. Su bolso estaba abierto, desparramado:

maquillaje de lujo, una pistola semiautomática, documentación obviamente falsa con el nombre "Catherine Roussel".

Ash se incorporó, sin dejar de vigilarla, y se llevó el móvil al oído.

—Skylar, tiroteo en *Velvet*. Una detenida. Lan está herido grave. Ven con refuerzos ahora. Entra por la parte trasera. —Cortó y volvió a marcar—. Max, tiroteo en *Velvet*. Lan está herido. Grave. Vamos al hospital ya. —Volvió a cortar—. Dom. *Velvet*. Ahora. Ven ya.

Tess, de rodillas junto al cuerpo de Lan, no levantaba la vista. Solo susurraba:

—Aguanta, Lan. Ya viene ayuda. No me jodas, ¿me oyes? No vas a dejarme mal delante de todo el mundo, joder…aguanta.

Las sirenas comenzaron a escucharse a lo lejos. Un sonido fantasmal que se acercaba cada vez más.

Los empleados de Velvet, entrenados para emergencias, ya habían desalojado a todos los clientes por la puerta lateral. Nadie más en el restaurante. Nadie más en peligro.

Solo Lan.

Inmóvil.

Pálido.

Empapado en rojo.

Las puertas del restaurante se abrieron con estrépito. Dos técnicos de emergencias entraron corriendo con el equipo. Tess se incorporó inmediatamente, con las manos ensangrentadas y la mirada quirúrgica.

—Varón, veinticinco años. Dos impactos de bala. Uno en la región supraclavicular izquierda, posible compromiso vascular. Otro en hemitórax derecho. Hipoperfusión evidente. Vía aérea permeable por ahora. Pulsioximetría bajando. Estabilizadlo con líquidos y empaquetadlo ya.

Uno de los técnicos la reconoció y no discutió.

—Doctora Mitchell —asintió—. ¿Sube con nosotros?

—Sí. Soy la única que sabe la localización exacta del disparo cervical. ¡Vamos!

En menos de un minuto, Lan estaba intubado y sobre la camilla. Tess subió a la ambulancia sin dudar. Ivy se quedó mirando cómo se cerraban las puertas con un ruido seco. Luego cayó sentada en la acera, jadeando, con las manos cubiertas de sangre que no era suya.

Skylar apareció justo entonces, con el uniforme de la CPD y la pistola enfundada.

Ash le tendió la documentación falsa y el arma.

—Alias falso. Disparó a Sienna, Lan se interpuso. Necesito que esto no pase por protocolo habitual. Gabriella está al tanto. Llámala y deja que se encargue.

Skylar asintió, arrodillándose para esposar de forma oficial a la mujer, que empezaba a recuperar el conocimiento.

—Puedo hacerlo. Gabriella ya está en camino. —accedió a regañadientes Skylar.

Ash no esperó más. Caminó hacia la parte trasera del local, donde Sienna estaba sentada en el suelo, abrazada por Brynn e Ivy. Su rostro seguía sin expresión. El cuerpo manchado, las manos temblorosas pero inmóviles.

—Sienna —dijo Ash con voz baja, grave, pausada—. Tenemos que llevarte al hospital. Él está vivo. Está con Tess. Ella lo mantendrá con vida. Vamos.

Ella lo miró. Pero era como si no lo viera.

—He perdido a todos —murmuró—. Mi padre… mi madre… Rory… y ahora Lan…

—No lo has perdido —replicó Ash con firmeza—. Lan es un bastardo testarudo. No va a morir. No después de prometerte una vida entera.

Sienna tragó saliva. Seguía sin llorar. La conmoción le había robado las lágrimas. Solo podía pensar en lo que sentía: un abismo insoportable, como si ya hubiera comenzado a vivir sin su corazón.

Ash la alzó en brazos como si fuera una niña. La notó tan ligera que dolía.

—Vamos a verle. No te atrevas a dejar de luchar por él ahora. Estará decepcionado cuando se entere. Mantente firme.

Ivy y Brynn se miraron. Las tres subieron al coche de Ash en silencio. En la pantalla del móvil aún brillaba un mensaje recibido:

> Gabriella: Interrogaremos a la mujer en cuanto esté estable. Asegúrate de que Sienna está protegida. Nadie más muere hoy. Te lo prometo.

Ash aceleró por las calles de Chicago, las sirenas aún resonando a lo lejos.

Y en el asiento trasero, Sienna cerró los ojos, repitiendo solo una frase en su mente como un rezo desesperado:

No me dejes, Lan.

CAPITULO 12

Ash fue el primero en saltar del coche al llegar al hospital. El chirrido de los frenos apenas había cesado cuando ya rodeaba el vehículo, abriendo la puerta trasera para ayudar a Sienna, que seguía temblando, con la mirada perdida y las manos aún manchadas con la sangre de Lan. Ivy y Brynn salieron tras ellos, dirigiéndose directamente hacia la entrada del área de urgencias. Ash no perdió el tiempo en preguntar. Guiaba al grupo con paso firme, abriendo camino entre enfermeros y pacientes con una mirada que nadie se atrevió a cuestionar. Al fondo del pasillo, la doble hoja de la puerta que daba acceso a los boxes de trauma se cerraba justo detrás de la camilla de Lan. Tess iba al lado, guantes ensangrentados, voz firme, rostro desencajado.

Sienna se detuvo en seco. El pasillo giraba a su alrededor como si el suelo cediera bajo sus pies. De pronto, se dejó caer, sentándose en el suelo frío con las rodillas recogidas contra el pecho, incapaz de respirar. Ivy se agachó a su lado, pero Ash llegó primero.

—Eh. No. Aquí no, pequeña —dijo con una voz grave, firme pero suave. La levantó en brazos como si no pesara nada—. Vas a estar bien. Él va a estar bien.

Sienna no contestó. Se dejó llevar, como un cuerpo sin voluntad, hasta la sala de espera donde Brynn e Ivy la acompañaron mientras Ash hablaba con el personal de admisión. La tensión en sus gestos era brutal, contenida, como una presa a punto de estallar. Volvió junto a ellas tras unos minutos, pero no pudo sentarse. Iba y venía, mirando el reloj, observando el pasillo. Vigilando.

Fue entonces cuando llegaron Max y Dominic como una estampida.

Entraron casi al mismo tiempo, con el rostro demudado. Max tenía el ceño fruncido, el móvil aún en la mano, como si esperara una última actualización que no llegaba. Dominic, en cambio, era puro descontrol: los ojos desorbitados, la mandíbula apretada, la voz quebrada por la angustia cuando se acercó a Brynn.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿El bebé…? ¿Tú…? —le tomó el rostro entre las manos, buscando en sus ojos una confirmación que las palabras no le daban.

Brynn negó con la cabeza y colocó las manos sobre las suyas.

—Estoy bien, Dom. Estoy bien —susurró—. Solo quiero que Lan salga de esto. Solo eso.

Dominic asintió, pero su mandíbula siguió marcada por la tensión. Se quedó junto a ella, sin soltarla. Necesitaba sentir a Brynn para mantener el control, su hermano pequeño estaba en un quirófano. Él era lo único que siempre había querido proteger y ahora no sabía si iba a perderlo. Brynn lo mantendría cuerdo.

Max recorrió la sala con la mirada hasta que se detuvo en Ash. Se acercó con paso medido, pero su voz era una tormenta contenida.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo cojones ha llegado esa mujer tan cerca de él?

—Tenía un arma oculta en el bolso. La seguridad falló. La puta cámara no detectó el metal. —Ash se pasó una mano por la nuca, frustrado—. Yo debería haberlo visto.

—No. Ella sabía lo que hacía —intervino Ivy, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Esa mujer venía a matar a Sienna. No fue un acto impulsivo.

Antes de que Max pudiera replicar, la puerta de los boxes se abrió. Tess apareció con la bata quirúrgica desabrochada, las manos aún cubiertas por guantes manchados y la cara pálida como el papel. Todos se pusieron en pie.

Tess los miró uno a uno, conteniendo las lágrimas. Pero su voz, cuando habló, fue la de la cirujana que todos conocían: firme, precisa y directa.

—Lan ha perdido muchísima sangre. El disparo en el cuello ha rozado la carótida externa. El de la espalda ha dañado una vértebra torácica, pero por suerte no ha seccionado la médula. Está vivo. Está estable. Pero muy grave.

Brynn llevó las manos a la boca. Dominic bajó la cabeza, luchando por controlar la rabia.

—¿Va a entrar en cirugía? —preguntó Max.

Tess asintió.

—En unos minutos. El doctor Mayfield está en camino. Es el mejor cirujano vascular del estado. Le operó la aorta a un congresista hace tres meses. He pedido que se active todo el equipo de soporte.

—¿Y tú? —preguntó Ash—. ¿Tú vas a estar ahí?

—Voy a estar en el quirófano. Pero no puedo intervenir directamente. Es por protocolo. Es mi familia. Podría comprometer el procedimiento —respondió con voz tensa.

—Maldito protocolo —masculló Max.

Tess cerró los ojos un segundo. El cansancio, la angustia y la impotencia marcaban sus rasgos. Cuando los abrió, la armadura de la médica se resquebrajó.

—No sé si saldrá de esta, Max —dijo con un hilo de voz—. Ha perdido tanta sangre… no sé si va a aguantar la cirugía…

Max la abrazó antes de que pudiera derrumbarse. La sostuvo con fuerza, rodeándola con los brazos como si él pudiera absorber su dolor. Tess se aferró a él por un instante, respirando hondo.

—Lan es fuerte —dijo Max, cerca de su oído—. No se va a rendir ahora. Tiene razones para quedarse. Para luchar.

Tess asintió, pero no respondió. Se separó con un leve temblor en los labios.

—Os avisaré en cuanto sepamos algo más. Está entrando ahora en quirófano. Solo queda esperar.

Nadie se movió. Nadie habló.

El silencio cayó sobre la sala como un velo denso.

Y la espera, cruel e implacable, acababa de comenzar.

La vida de Landon Vance pendía de un hilo.

ΔΔΔ

El reloj de pared marcaba las 20:46.

Las agujas se movían, implacables, y cada minuto parecía durar una eternidad.

Sienna no se había movido del mismo asiento desde que Tess salió a informarles. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, la espalda recta, la mirada fija en algún punto invisible frente a ella. Ni siquiera pestañeaba. A su alrededor, todo parecía amortiguado, como si el sonido llegara distorsionado, lejano.

Ivy y Brynn se habían turnado para intentar que bebiera un poco de agua, que probara el sándwich que un enfermero les había traído. Pero Sienna no hablaba. No respondía. No lloraba.

Dominic estaba junto a ella, ligeramente inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrelazados. No la presionaba. Solo estaba ahí. Su presencia, firme y silenciosa, era un ancla en mitad del naufragio. Cada pocos minutos miraba a Brynn, buscando en sus ojos algo de consuelo, algo de fuerza. Ella se la daba con un leve gesto, una caricia en la espalda, un roce de dedos.

Max permanecía de pie, apoyado en la esquina opuesta, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Hablaba en voz baja con Ash, que no se había sentado desde que entraron en la sala. Ambos se mantenían firmes, aunque el cansancio y la tensión se acumulaban en sus rostros.

De pronto, el teléfono de Ash vibró en su bolsillo.

Todos los presentes alzaron la vista. Ash respondió al instante, con un tono seco y contenido:

—¿Gabriella?

Hubo un silencio mientras escuchaba. Su mirada se volvió aún más sombría, y cuando colgó, se volvió hacia Max con voz baja, pero firme:

—Ya tenemos un nombre. La mujer de pelo teñido se llama Marisa Molina.

Max frunció el ceño.

—¿Quién coño es?

—Hermana de Joaquín Molina. —Ash dejó que el nombre cayera como una piedra en el centro del silencio—. El traficante al que Sienna metió en la cárcel. El mismo que se suicidó hace unos meses. Está relacionada de forma muy directa con el cártel.

Sienna parpadeó por primera vez. Comprendiendo al instante las implicaciones de todo ello.

Ash continuó:

—Gabriella dice que la conexión está confirmada. Marisa ha vivido los últimos años en México, en una zona controlada por el cártel de Chiapas. Llegó a Chicago hace unas semanas. Ha estado escondida, moviéndose por pensiones, locales abandonados… pero ahora ha dado el paso.

—¿Por qué a plena luz del día? —musitó Max, hablando por fin en voz alta—. ¿Por qué en *Velvet*, delante de testigos, cuando hasta ahora había actuado desde las sombras? Contrató a mercenarios ucranianos. A un *hacker* ruso. Fue cuidadosa. Fría. Inteligente.

Ash negó con la cabeza.

—Gabriella no lo entiende. Pero yo sí, Maksim quiere destruir el clan Molina, si lo consigue esta tal Marisa no tiene donde volver, ni respaldo de nadie. Si quería ejecutar su venganza tenía que hacerlo

ella misma. Ya no tiene los recursos que le daba el cártel, ni su protección.

Max asintió. Luego bajó la mirada hacia Sienna, que seguía inmóvil, pero ahora temblaba ligeramente.

—Iba a por ella —dijo en voz baja, como si necesitara decirlo en alto para asumirlo del todo—. A por Sienna.

Brynn apretó los labios, ahogando una exclamación.

Dominic bajó la mirada, sus puños apretados.

Sienna, por primera vez en horas, abrió la boca. Su voz era apenas un susurro:

—¿Está muerta?

Ash negó con la cabeza.

—No. La entregué a Skylar. Está bajo custodia. Pero no va a salir de allí. No si depende de nosotros.

Sienna asintió lentamente.

Luego sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Todo esto es por mi culpa, por lo que hice para vengar a Rory. —sonaba rota—Lan está en un quirófano porque yo me creí demasiado lista.

Ivy se acercó a su lado y la abrazó sin pedir permiso.

Sienna, esta vez, no se apartó.

—Lan sigue luchando, Sienna. —La voz de Ivy era firme y dulce a la vez—. Él no se va a rendir. Tu eres su razón para aguantar. Además, estoy convencida que él prefiere estar ahí mil veces antes de tener que verte herida de nuevo. Lo que hiciste fue por justicia y supervivencia. Los únicos culpables son esos cabronazos, y esa loca incapaz de admitir que su hermano era un mierda.

Sienna cerró los ojos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Y, en ese instante, las puertas dobles del pasillo quirúrgico se abrieron de nuevo.

Todos se pusieron en pie de golpe. Tess aparecía de nuevo, con la bata abierta, el rostro aún más agotado. Y con una expresión que ninguno de ellos pudo leer al instante.

Avanzaba por el pasillo con paso lento, los guantes colgando aún de un bolsillo de la bata abierta y la mascarilla quirúrgica bajada sobre el cuello. El rostro le brillaba de sudor y cansancio, y tenía los ojos vidriosos, pero no era solo agotamiento.

Era emoción contenida.

Todos se pusieron en pie, en un mismo gesto instintivo.

Ash, Max, Dominic, Ivy, Brynn. Y Sienna, que parecía de porcelana rota, aún sentada, con las manos sobre el regazo. Tess los miró uno a uno antes de hablar.

Cuando lo hizo, su voz era suave, ronca, pero clara.

—La cirugía ha salido bien.

El aire se escapó de los pulmones de todos en un solo suspiro colectivo.

Brynn se cubrió la boca. Max cerró los ojos con fuerza. Ash dejó caer la cabeza hacia atrás.

Tess continuó, serena:

—El doctor Mayfield ha logrado reparar el vaso afectado en el cuello sin necesidad de *by-pass*. La bala no tocó la carótida interna, solo la externa. La hemorragia fue intensa, pero logramos estabilizarlo a tiempo.

—¿Y la espalda? —preguntó Ash con la voz rasposa.

—La vértebra torácica está fisurada, pero la médula espinal no ha sido seccionada. —Tess hizo una pausa—. Aun así, ha habido edema y hemos colocado una pequeña cánula para drenar y reducir la presión. Ahora mismo está sedado, completamente estable, pero necesitaremos esperar unos días antes de retirar la medicación.

—¿Daños permanentes? —preguntó Max, siempre directo.

—No lo sabremos hasta que despierte. Podría tener afectación motora temporal, entumecimiento en las piernas o pérdida parcial de sensibilidad. O puede que nada. Dependerá de cómo responda su sistema neurológico. —Tess tragó saliva—. La pérdida de sangre también ha sido severa. Estamos monitorizando las funciones renales y cardíacas. No hay indicios de fallo multiorgánico, pero...

—Pero hay que esperar —terminó Ash, grave.

Tess asintió.

—Sí. Lo importante es que ha sobrevivido. Y ahora mismo... está fuera de peligro.

Durante unos segundos, nadie se movió.

El peso de la tensión, el miedo, el dolor acumulado en esas horas se convirtió en un silencio denso, cargado. Hasta que, sin aviso, el muro de Sienna se rompió.

Un primer sollozo escapó de su garganta, seco, quebrado. Luego otro.

Y en un instante, el llanto la desbordó por completo.

No un llanto contenido ni discreto. No.

Era el llanto salvaje del alma que se había sostenido por puro instinto.

—Está vivo… —hipó entre lágrimas—. Está vivo…

El cuerpo entero le temblaba. Se llevó las manos a la cara, como si necesitara protegerse de la realidad de la emoción. Se encogió sobre sí misma, abrumada por la liberación de un miedo que le había calado los huesos.

Dominic no lo dudó. Se agachó a su lado, apoyó una rodilla en el suelo y la rodeó con los brazos. La sostuvo mientras ella lloraba en su hombro, sin preocuparse de su camisa empapada, sin necesidad de decir nada al principio.

Cuando Sienna comenzó a jadear, el cuerpo convulsionando por los espasmos, él le habló con voz grave, profunda, la voz de un hermano mayor que había contenido más de un arrebato.

—Shhh, pequeña. Tranquila. Escúchame, ¿vale? —Le acarició la espalda—. Lan está vivo. Tu chico es un cabrón fuerte como un roble. Y no va a rendirse ahora. Así que tú tampoco. No puedes.

Sienna negó con la cabeza entre sollozos, pero Dom no cedió.

—Ey. Mírame. —Con suavidad, le alzó el rostro con una mano grande y firme—. Lan es mi hermano. El pequeño. El mejor de nosotros. Y tú... tú eres parte de esto ya. De la familia. Así que vas a hacer lo que él haría si tú estuvieras en esa cama.

—¿Qué… qué haría? —musitó ella, temblando.

—Apretaría los dientes. Y aguantaría hasta el final —le dijo con una sonrisa serena—. Así que vas a hacer lo mismo. ¿Me oyes? Nada de colapsar. Solo descanso, paciencia... y esperar a que te vuelva a mirar con esos ojos idiotas que te pone cada vez que le hablas.

Sienna rio entre lágrimas. Una risa ahogada, rota, pero real.

Asintió con la cabeza, aún acurrucada contra el pecho de Dom.

Tess observó la escena con los ojos llenos de lágrimas.

Luego se aclaró la garganta.

—Cuando lo pasen a recuperación os avisaré. En unas horas, podréis entrar a verlo. Solo de uno en uno, y muy brevemente. No va a despertar aún, pero… estará estable, y sé que querréis estar allí. Voy a volver con él, no me voy a separar ni un minuto.

Ivy se giró hacia Ash y le rozó el brazo.

—Podemos ir a casa a por mudas. Ropa para Sienna, algo cómodo… y para nosotros. Vamos a estar aquí días.

Sienna alzó la vista y negó con fuerza, aún en el suelo junto a Dom.

—No. No me muevo de aquí. No voy a dejarlo solo. Solo saldré de este hospital el día que le den el alta.

Ash entrecerró los ojos, con una mezcla de respeto y preocupación.

—Iremos igualmente. Aunque sea por ti. Traeremos todo lo que puedas necesitar. Y algo de comida decente —añadió con media sonrisa.

Sienna asintió. Pero su voz seguía rota:

—Gracias. Pero no me mováis de aquí. No lo dejéis solo.

—No lo haremos —le prometió Tess, con voz suave—. Nadie lo hará.

Y así, con el peso del miedo soltado, con la esperanza latiendo por fin en sus pechos, todos ellos supieron que la batalla no había terminado.

Pero Lan seguía con vida.

Y eso, en ese momento, era todo lo que importaba.

ΔΔΔ

Comisaría del Distrito 16, 02:12h

Gabriella Thorne estaba apoyada contra la pared de la sala de interrogatorios número tres, los brazos cruzados y el móvil aún en la mano, iluminando su rostro con la luz azulada de la pantalla. En la mesa, un informe incompleto de Inmigración mostraba registros borrosos, identidades múltiples y entradas que no cuadraban con ningún patrón legal. Llevaba más de una hora intentando cruzar bases de datos federales. Sin éxito.

A través del cristal de la sala contigua, Skylar observaba a la detenida: Marisa Molina. Sentada, esposada, con la cabeza gacha y los labios apretados, sin decir una sola palabra desde su detención. Llevaba la camiseta manchada de sangre y una expresión ausente, casi desconectada del mundo. No había exigido un abogado. No había pedido agua. No había preguntado si alguien había muerto. Solo había pedido una cosa: verla a ella. A Sienna.

Skylar no se lo había permitido.

Gabriella se frotó los ojos con los nudillos y volvió a repasar las rutas migratorias más utilizadas por los agentes del cártel de Chiapas. Sin *Nocturna* ni Lan, estaba sola frente a un laberinto digital sellado por múltiples capas de protección institucional. Incluso ella tenía límites.

Frustrada, volvió a abrir la base de datos de INTERPOL cuando el móvil vibró de nuevo en su mano.

Un número sin identificar.

Gabriella respondió sin preámbulos.

—¿Qué?

La voz grave y glacial de Maksim Volkov retumbó en su oído.

—La guerra con el cártel de Chiapas ha terminado. Todos sus activos han sido eliminados esta noche, a ambos lados de la frontera. Las cuentas han sido congeladas. Las propiedades, incautadas o destruidas. La familia Molina ha dejado de existir.

Gabriella inspiró hondo, procesando la información. Volkov no exageraba. Si lo decía, era cierto. La Bratva no dejaba cabos sueltos.

—¿Y Marisa?

—Huyó antes de que llegáramos. Los nuestros perdieron el rastro durante la retirada en Nuevo Laredo. No tenemos constancia de cómo llegó a Chicago. Ahora entiendo por qué lo hizo tan mal. Ya no le quedaba nada.

—Ni aliados —añadió Gabriella, más para sí misma.

—Exacto —confirmó Volkov—. Se quedó sola. Desesperada. Eso la volvió estúpida.

Gabriella no respondió. Solo asintió en silencio, aunque sabía que él no podía verla.

—Buena caza, abogada —dijo Volkov antes de colgar sin más.

El pitido seco del final de la llamada quedó flotando en el aire. Gabriella bajó el móvil con lentitud y giró la cabeza hacia la sala de observación. Skylar la miraba con intensidad desde la puerta entreabierta.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Gabriella sin molestarse en sonar seca o diplomática.

—Sí.

Skylar entró despacio, sin uniforme de patrulla, con su chaqueta negra abierta y el rostro dividido entre el deber y algo mucho más personal. Se apoyó en el borde de la mesa, cruzando los brazos. Sus ojos, oscuros, estaban fijos en ella.

—¿No te parece una locura que estemos usando a criminales rusos para acabar con criminales mexicanos?

—Me parece más sensato que esperar a que el Departamento de Justicia actúe —replicó Gabriella sin titubear.

—¿Y qué pasa con las reglas? ¿Con la ley? ¿Con los procesos?

Gabriella se le acercó, a un paso de distancia. Lo miró con calma, la misma que usaba para enfrentarse a un juez federal o a un mafioso armado. Su voz era baja, pero firme.

—Skylar… abre los ojos. El mundo no es blanco o negro. No lo ha sido nunca. Tú lo sabes. Yo lo sé. Y esta guerra entre la Bratva y el cártel ha sacado algo más que cadáveres y pólvora.

Sacó una carpeta de su bolso. La colocó sobre la mesa y la abrió.

Fotos, listas, documentos marcados con sellos de distintas agencias.

Nombres.

—¿Ves esto? —le mostró un expediente manchado de sangre—. Aquí hay un oficial de inmigración que "perdió" más de doscientas entradas ilegales en un año. Un teniente de policía que recibió pagos desde una cuenta en Mérida. Un juez de instrucción que firmó tres órdenes falsas para liberar cargamentos. Y esto es solo la punta del iceberg.

Skylar la miró en silencio. Tragó saliva. Por fin comprendía la magnitud.

—No es solo el cártel —continuó Gabriella—. Es una red de blanqueo, extorsión, tráfico humano y corrupción institucional que atraviesa todo el puto sistema. Y si tengo que aliarme con Volkov para derribarla… lo haré. Volkov es un mafioso, sí. Pero al menos sabemos a qué atenernos, y él tiene líneas rojas infranqueables y el tráfico de personas es una de ellas. Límites que no tienen estos

cabrones que dicen pertenecer al sistema. Prefiero mil veces un mafioso con moral que un político o juez corrupto.

Skylar bajó la mirada un instante. Después volvió a alzarla.

Pero esta vez, la admiración en sus ojos no era solo profesional.

—Tú no tienes miedo de ensuciarte las manos, ¿verdad?

Gabriella sonrió, sin rastro de suavidad.

—No. Pero siempre sé dónde están mis límites. Y también cuándo saltármelos.

Skylar se acercó un poco más. El aire entre ellas vibró con la tensión no resuelta.

—Eso me asusta… y me fascina —dijo ella en voz baja.

—Entonces tienes buen gusto. Y mal juicio —respondió Gabriella, girándose hacia el cristal para mirar a Marisa—. Pero ahora no es momento para fascinarse. Es momento de ir hasta el fondo. Y esto —señaló el expediente— apenas ha comenzado.

ΔΔΔ

El tic-tac constante del monitor cardíaco marcaba el ritmo lento pero firme de la vida de Lan Vance.

Una semana.

Siete días desde que una bala rozó la carótida externa de su cuello y otra destrozó parte de una vértebra torácica.

Siete días desde que su cuerpo fue abierto y reparado con manos expertas.

Siete días desde que Sienna dejó de dormir.

Estaba sentada en el sillón junto a su cama, con las piernas cruzadas bajo sí misma, un jersey ancho que olía a colada recién hecha, el olor de Lan, y las manos entrelazadas, pálidas por la tensión. No se había separado de él más de lo estrictamente necesario. Solo Dom había conseguido convencerla, durante breves relevos, para que

comiera algo o se duchara, siempre bajo la vigilancia silenciosa de Ivy o la insistencia delicada de Tess.

Pero ahora, después de siete días, la ansiedad le mordía los huesos.

Lan seguía dormido.

Sin sedación. Sin fiebre. Sin complicaciones postquirúrgicas.

Pero dormido.

Sienna observaba su rostro inmóvil, el leve movimiento del pecho bajo la bata de hospital, los dedos largos sobre la sábana. Las cicatrices en su cuello y espalda ya estaban cerrando bien, con puntos retirados y vendas limpias. Pero sus ojos seguían cerrados.

—Despierta… —susurró—. Por favor…

Aquel "por favor" se le escapaba decenas de veces al día. Ya ni lo registraba.

Se lo decía a él, al techo, a Dios. A quien fuera que la escuchara.

La puerta de la habitación se abrió sin ruido. Tess entró con una *tablet* en una mano y una carpeta en la otra. Llevaba el pelo recogido con prisas y unas ojeras que ningún maquillaje disimulaba. Pero sus ojos, como siempre, estaban alerta. Tess había dormido casi lo mismo que Sienna en los últimos siete días, eso era, casi nada.

—Sienna —dijo suavemente—. Vamos a hacer un control neurológico más. ¿Vale?

Sienna asintió en silencio y se apartó unos centímetros. Tess comprobó constantes, reflejos pupilares, movimientos involuntarios. Lan respondió igual que los días anteriores: bien. Todo dentro de los parámetros. Pero no había respuesta consciente. No abría los ojos. No apretaba los dedos cuando ella le hablaba. No intentaba moverse.

—¿Y bien? —preguntó Sienna, apenas conteniendo el temblor en la voz.

Tess se detuvo, dejó la *tablet* sobre la mesilla y se acercó, tomando asiento a su lado. Su tono fue suave, profesional, pero no distante.

—Las evaluaciones neurológicas son normales. La presión intracraneal está controlada, no hay hematomas, no hay signos de isquemia ni de edema. Los reflejos básicos están presentes. Las pupilas son reactivas. Todo indica que su sistema nervioso central está íntegro.

Sienna frunció el ceño. La confusión aumentaba su angustia.

—Entonces... ¿por qué no despierta?

Tess la miró con una mezcla de ternura y agotamiento.

—A veces, después de un trauma mayor, el cuerpo entra en un estado de "hibernación neurológica". No es un coma. No es patológico. Es un mecanismo de defensa. Lan pasó por un episodio de *shock* hemorrágico muy severo. Su cuerpo y su mente aún están en modo conservación. Y también hay algo más que no se puede medir con pruebas.

—¿El qué?

—El miedo. El agotamiento emocional. La sensación de no querer volver a una realidad que ha dolido demasiado. No es inconsciente, pero tampoco está bajo control. Es… como estar atrapado bajo el agua sabiendo nadar, pero sin encontrar aún el impulso para subir a la superficie.

Sienna bajó la mirada, con las lágrimas asomando de nuevo.

—¿Y si no encuentra ese impulso nunca?

Tess le cogió la mano con cuidado.

—Lo hará. Te aseguro que lo hará. Lan es fuerte. Y tiene motivos para despertar. —Le apretó los dedos—. Tiene a su hermano durmiendo en la sala de espera todas las noches. A Max y Ash revisando cada maldito informe médico. A Ivy cubriendo turnos para que yo pueda venir cada día a verle. Y te tiene a ti. Aquí. Hablándole. Tocándole. Esperándole. Eso hace más que cualquier tratamiento.

Sienna asintió con la cabeza, mordiéndose el labio para no llorar.

—¿Puedo quedarme un rato más?

—Te quedarás hasta que él se despierte —dijo Tess con una sonrisa pequeña—. Y cuando lo haga… estoy convencida de que lo primero que verá será tu cara.

La dejó sola unos segundos después, cerrando la puerta con suavidad.

Sienna se giró de nuevo hacia la cama.

Se acercó y apoyó los codos sobre el colchón, su frente casi tocando la mano de Lan.

—Te necesito, Lan. No me dejes sola ahora. No después de todo esto. No después de habernos encontrado por fin.

Le rozó los dedos con los suyos.

Los entrelazó con delicadeza.

—Vuelve. Por favor. Vuelve a mí.

Y en el silencio roto por los pitidos rítmicos de las máquinas, Sienna esperó.

Inmóvil. Firme.

Como una llama pequeña pero tenaz, negándose a apagarse.

ΔΔΔ

Las luces suaves de la unidad de cuidados intensivos creaban sombras largas y tranquilas sobre la habitación de Lan. En la penumbra, solo el monitor cardíaco ofrecía un sonido constante y regular, como un metrónomo sereno en mitad del silencio. Afuera, la ciudad respiraba con su ritmo nocturno, ajena a la pequeña vigilia que mantenía Sienna.

Llevaba horas recostada en el borde de la cama, con la cabeza apoyada junto al brazo inmóvil de Lan, los ojos semicerrados, pero sin dormir. Su mano dibujaba líneas suaves sobre la rodilla de él, movimientos circulares, como si esa caricia insistente pudiera conectar sus pensamientos, obligarlo a encontrar el camino de regreso.

—¿Te conté alguna vez que Rory y yo robamos un extintor de la escuela solo para hacer ver que apagábamos un volcán en erupción en la cocina? —susurró, con una sonrisa triste—. La casa olió a polvo químico durante semanas… Mamá ni se inmutó. Solo dijo: "Tenéis suerte de que no haya cámaras en el colegio".

Soltó una risa pequeña. Los ojos le brillaban por el cansancio.

—La primera vez que tuve un ordenador era uno de esos portátiles gigantes que parecía un microondas. Lo desmonté al segundo día porque quería ver cómo funcionaba. Casi me electrocuto. Pero lo volví a montar… y encendió. Desde entonces supe que lo mío no era la literatura, como quería mamá, sino los circuitos.

Se frotó la nariz con el dorso de la mano, mirándole el perfil en penumbra.

—Y la primera vez que me gustó un chico… —suspiró— fue el hermano mayor de mi vecina. Me rompió el corazón porque solo me veía como "la rarita que arregla cables". Supongo que... tú fuiste el primero que me miró de verdad. Y no tengo palabras para decirte lo que eso significó.

Sienna cerró los ojos, sintiendo el nudo en la garganta.

Entonces, lo notó.

Una leve presión. Un movimiento. Una caricia. Su cuerpo se tensó de golpe. Se incorporó bruscamente y lo miró, con el corazón golpeándole el pecho.

La mano de Lan se movía. Torpemente, pero se movía.

Y sus ojos estaban entreabiertos, como si se esforzaran por enfocar el mundo.

Los párpados pesaban, pero se alzaban poco a poco.

Y entonces, por fin, la miró.

—Lan… —susurró, sin aire—. Lan… ¡Lan!

El monitor cardíaco comenzó a acelerarse, sin llegar a alarmar.

Sienna rompió a llorar, una mezcla explosiva de alivio, incredulidad y felicidad pura. Le agarró la mano con las dos suyas, acariciándola, presionándola con ternura, como si temiera que fuera un sueño.

—¡Está despierto! —gritó—. ¡Lan se ha despertado!

En segundos, la puerta se abrió y Tess entró con rapidez, seguida por una enfermera. Llevaba la bata abierta sobre la ropa de calle y el pelo recogido en una coleta mal hecha.

—¿Sienna? ¿Qué pasa?

—¡Se ha despertado! ¡Está mirándome!

Tess fue inmediatamente hasta el lado contrario de la cama, con el estetoscopio colgado del cuello y una linterna pequeña que sacó del bolsillo.

—Lan —dijo, inclinándose sobre él—. ¿Me oyes? ¿Puedes parpadear si me entiendes?

Lan parpadeó lentamente. Una vez. Luego otra.

Tess sonrió y empezó su evaluación, mientras la enfermera tomaba nota.

—Vamos, Lan, necesito que aprietes mi mano. Solo un poco.

El movimiento fue mínimo. Apenas un roce. Pero estaba ahí.

—¿Puedes mover los dedos del pie? —preguntó Tess, observando los monitores—. Muy bien… Bien. Reflejos normales. Tono muscular débil, pero no paralizado. Pupilas reactivas. No hay signos inmediatos de daño neurológico severo.

Mientras la habitación se llenaba del murmullo clínico de la evaluación, Lan apenas desvió la mirada. Sus ojos seguían fijos en Sienna.

En sus ojos llorosos, en sus labios temblorosos, en el modo en que le sostenía la mano como si le fuera la vida en ello.

Y entonces, con un esfuerzo visible, una de las comisuras de su boca se curvó en una sonrisa suave, cansada, pero inconfundible.

Sienna se inclinó hacia él, con la frente rozando su mejilla, los labios temblando.

Lan no emitió sonido alguno.

Pero formó las palabras con los labios, muy despacio.

Muy claro.

"Te amo."

Sienna rompió en llanto, apretando su mano, besándole los nudillos con devoción, con gratitud, con todo el amor acumulado de siete días de miedo.

Su Lan estaba de vuelta.

CAPITULO 13

El sol de la mañana se filtraba por los ventanales del *loft*, proyectando reflejos cálidos sobre la madera pulida del suelo. Sienna se giró en el sofá, con la tablet en la mano, intentando concentrarse en los informes médicos que Tess le había enviado. Pero su mente estaba en otra parte. O mejor dicho, en otro cuerpo. Uno que en ese momento estaba saliendo de la ducha sin una toalla a la vista.
Lan.

Apenas habían pasado tres días desde que le dieron el alta tras una larga hospitalización, y aunque sus movimientos aún eran algo comedidos, su energía era tan poderosa como siempre. Y su determinación, aún más.

Salió del baño con el pelo mojado, las gotas resbalando por su pecho y abdomen, deslizándose entre los tatuajes que cubrían sus brazos y flancos como un mapa. Caminó por el *loft* como si estuviera completamente vestido, completamente consciente de cada paso, cada músculo. Y lo peor (o lo mejor) era que lo hacía a propósito.

Sienna tragó saliva, bajó la *tablet* sin poder fingir más. Sus ojos lo siguieron mientras él cruzaba la estancia hacia la cocina, el cuerpo en plena forma, la piel aún húmeda, los glúteos firmes, perfectos, en movimiento. Él no dijo nada. Solo cogió un vaso, lo llenó de agua y se lo bebió como si no supiera que ella lo observaba con la boca entreabierta.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a poder aguantar? —preguntó Lan sin mirarla al principio, como si fuera una conversación casual.

Sienna abrió la boca para responder, pero las palabras se quedaron en algún punto entre su garganta y sus piernas.

Lan se volvió hacia ella, alzando una ceja, el vaso aún en la mano. Era descarado, irresistible, y la miraba con esa intensidad, esa mirada que parecía prometer todo… y exigirlo todo.

Sienna dejó la *tablet* en el sofá. Se levantó. Cruzó la estancia con pasos lentos, los ojos anclados en su cuerpo, en sus tatuajes, en su pecho. Cuando llegó hasta él, se detuvo a centímetros. Lo miró a los ojos.

—Cero segundos —murmuró.

Lan no necesitó más. Tiró el vaso al fregadero y la atrapó por la cintura, subiéndola de un movimiento fluido al mármol del mostrador. Sienna se arqueó al sentir el frío de la piedra en las piernas, contrastando con el fuego que crecía en su interior.

—Seis semanas, Sienna —susurró Lan contra su cuello mientras deslizaba las manos por debajo de su camiseta—. Seis jodidas semanas sin poder tocarte. ¿Sabes lo que eso me hace?

—Lo mismo que a mí —jadeó ella mientras él la liberaba de la ropa interior con movimientos precisos, impacientes, rabiosos de deseo contenido.

Sienna envolvió su cintura con las piernas y hundió las manos en su pelo húmedo. Lan gruñó, un sonido gutural que nacía del fondo del pecho. Se inclinó sobre ella, rozando sus labios, sus pechos, lamiendo el hueco de su clavícula, bajando lentamente, dejando un rastro húmedo sobre su piel.

—Lan, por favor… —suplicó Sienna, sin pudor, sin reservas.

Él se irguió, la sostuvo de las caderas y la empujó hacia él, entrando en ella con un gemido compartido, profundo, que hizo eco entre las paredes del *loft*. La tomó con fuerza, con hambre, con todo el deseo acumulado en los días de espera.

Sus movimientos eran precisos, sin prisa, pero sin pausa, sabiendo exactamente cómo hacerla gemir, cómo hacerla perder la noción del

tiempo. La sujetó con una mano por la nuca, la obligó a mirarle a los ojos mientras la poseía, como si con cada embestida le recordara quién era ella, quién era él, y lo que significaban juntos.

—Eres mía —susurró con la voz ronca, dominante—. Mía, Sienna.

—Siempre —jadeó ella—. Solo tuya.

El orgasmo llegó como una ola, arrastrándolos a ambos al borde del delirio, del amor más físico y feroz. Lan se aferró a ella como si pudiera perderla, y Sienna se aferró a él como si fuese lo único real que tenía.

Y en ese instante, lo era.

Cuando por fin se dejaron caer el uno contra el otro, entre jadeos y sudor, Sienna escondió el rostro en su cuello. Lan la abrazó con fuerza, aún dentro de ella, aun temblando.

—No vuelvas a prohibirme tocarte —dijo con una sonrisa contra su pelo.

Sienna rio suavemente, besando su clavícula.

—Solo quería que estuvieras bien.

—Estoy perfecto —le susurró—. Porque te tengo a ti.

Y en el silencio cálido del *loft*, con sus cuerpos entrelazados sobre el mármol, supieron que no necesitaban nada más.

ΔΔΔ

El ambiente en *Velvet* era cálido, familiar y cargado de una felicidad que se sentía en el aire como el aroma del pan recién horneado que salía de la cocina. Aunque el restaurante aún no había abierto al público, las mesas habían sido apartadas para dejar espacio a una enorme mesa redonda situada en el centro del local, decorada con platos coloridos, copas de cristal, risas, y trozos de vida compartida.

Sienna entró primero, sujetando la puerta para que Lan pudiera pasar sin apoyarse en nada. Aunque caminaba ya con soltura, todavía arrastraba un leve gesto de incomodidad en el costado,

como un recordatorio sutil de lo cerca que había estado todo de acabar mal. Vestía una camisa blanca abierta sobre una camiseta negra ajustada y vaqueros oscuros. Su mirada era la de siempre: firme, penetrante, pero ahora con un brillo distinto, más vivo. Más en paz.

El primero en verlos fue Parker, que soltó su cuchara y gritó:

—¡Lan! ¡Sienna! —saltando en su silla entre Max y Tess.

El resto se giró al unísono y una oleada de aplausos, silbidos y vítores envolvió la entrada.

—¡Vaya, el milagroso está de vuelta! —bromeó Dominic mientras se levantaba para abrazar a su hermano.

—¿Milagroso? Por favor, si solo era una heridita de nada —replicó Lan con su media sonrisa, dejándose abrazar por todos, aunque todavía era evidente que no toleraba demasiado contacto.

Sienna se dejó rodear por Ivy y Tess, y luego se sentó entre ellas, con la mano de Ivy apoyada brevemente sobre la suya en un gesto de cariño.

La comida fue servida entre bromas y anécdotas. Ash no soltaba a Ivy en ningún momento, manteniendo una mano firme sobre su nuca o sobre el vientre redondo que crecía día a día. Brynn, que parecía estar a punto de dar a luz en cualquier momento, se reclinaba con gesto sereno mientras Dominic, atento como un centinela enamorado, le servía agua con hielo en un vaso alto.

—¿Alguien ha contado cuántas veces al día le sirve agua? —murmuró Max con una sonrisa torcida.

—Doce. Contadas. —respondió Brynn con su voz suave, lanzando una mirada de agradecimiento a Dom.

—¿Qué puedo decir? Estoy practicando para servir biberones —bromeó él, mientras le ponía una mano sobre el vientre.

Sienna se reía con ganas. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que su risa estaba libre de sombras. Lan la observaba de reojo

mientras hablaba con Asher y Max, sus dedos jugueteando discretamente con los de ella bajo la mesa.

El almuerzo fue largo y despreocupado. Hubo pasta al horno, ensaladas frescas, vino (para quienes podían beberlo) y limonada casera para las futuras madres. Cuando los postres llegaron, una fuente enorme de tiramisú y otra de cannoli, la puerta del restaurante se abrió discretamente.

Gabriella Thorne apareció con su porte impecable y su bolso colgado al hombro.

—¿He llegado a tiempo para el café o solo para las migajas? —preguntó con una sonrisa.

—Café, cannoli y noticias, en ese orden —respondió Max, levantándose para abrazarla.

Gabriella se acomodó entre Tess e Ivy, y tras unos minutos de charla trivial, Tess se excusó para llevarse a Parker a la zona de juegos. Entonces, Gabriella cambió el tono.

—Ya es oficial. Marisa Molina ha sido procesada por intento de asesinato con premeditación. Las pruebas son sólidas y el juez ha denegado toda posibilidad de fianza. Va a pasar muchos años entre rejas.

Un murmullo generalizado recorrió la mesa. Ivy cerró los ojos con alivio. Ash le rodeó los hombros.

—¿Y Carson Maddox? —preguntó Max con tono más serio.

—Desaparecido. Pero no creo que llegue muy lejos. Todos los que han intentado buscarlo para venganzas personales han recibido advertencias muy claras. Y digamos que la Bratva no tiene fama de dejar asuntos abiertos —dijo Gabriella sin levantar la voz.

Sienna no dijo nada, solo asintió. No sentía miedo. Solo una sensación de cierre. De justicia. Carson ya no tenía poder sobre ella.

Lan, en cambio, tensó la mandíbula.

—No me importa dónde esté —dijo con tono grave—. Lo que me importa es lo que hizo. Exponerla. Dejarla indefensa. Eso no se

olvida.

—Lo sé —le respondió Gabriella con seriedad—. Pero ahora estáis protegidos. El cártel ha caído. Marisa no saldrá de prisión. Y Carson… no es más que un fantasma asustado.

El silencio se impuso brevemente, como un eco de todas las heridas pasadas. Pero no era un silencio de miedo. Era una pausa de respeto.

Luego, Ivy carraspeó y con una sonrisa brillante rompió la tensión:

—¿Alguien más piensa que este tiramisú debería venderse como una droga? Hablemos con Maksim sobre ello.

Las risas volvieron como un soplo fresco. Brynn soltó una carcajada auténtica. Sienna se inclinó hacia Lan y apoyó su cabeza en su hombro, susurrando:

—Estamos bien, ¿verdad?

Lan le besó el pelo.

—Estamos mejor que nunca.

Y por primera vez en mucho tiempo, todos lo creyeron. Porque, por primera vez en mucho tiempo, era verdad.

Después del almuerzo en *Velvet*, tras los abrazos, las bromas y las despedidas entre sonrisas, Lan y Sienna se deslizaron fuera del restaurante sin hacer demasiado ruido. El coche esperaba en la acera, discreto y cálido por el sol del mediodía. Sienna entrelazó los dedos con los de Lan mientras conducía en dirección norte, en silencio. Él no dijo nada, pero su mano no se apartó de la suya ni un instante.

El camino al centro fue breve. A Sienna se le encogía ligeramente el estómago cada vez que cruzaban aquella verja. Pero esta vez no era por miedo. Era por la esperanza contenida en el pecho. Porque Rory, su Rory, parecía estar volviendo a ella.

Una enfermera joven, de sonrisa honesta y pulsera de tela deshilachada en la muñeca, los recibió en la entrada de la unidad residencial. Se llamaba Dana.

—Llegáis en buen momento —dijo—. Rory ha tenido una semana excelente. La nueva medicación está estabilizándolo mucho mejor que las anteriores. Lleva catorce días sin episodios, y su participación en las sesiones de terapia ocupacional ha sido constante. Está siguiendo rutinas, come bien, duerme... e incluso ha empezado a escribir un diario.

Sienna asintió con un nudo en la garganta.

—¿Y emocionalmente?

—Está centrado. No habla mucho de su pasado, pero tampoco lo evita. Lo más importante: está motivado. Sabe que este lugar es para ayudarle a tener una vida que pueda manejar. No lo vive como un castigo.

Lan apretó con suavidad la mano de Sienna. Ella respiró hondo y asintió.

Dana los guio por un pasillo limpio y luminoso. Al fondo, una puerta abierta dejaba entrever una habitación sencilla, con paredes en tonos suaves, una estantería llena de libros desordenados, y sobre la cama, un chico de veintiún años sentado en posición de indio, con auriculares colgando del cuello y un cuaderno sobre las piernas.

—Eh, enana —dijo Rory al verlos, con una sonrisa tranquila que a Sienna le hizo arder los ojos de emoción.

Sienna cruzó la habitación de inmediato y lo abrazó. No de la forma desesperada de otras veces, sino con contención, con dulzura. Rory la abrazó también, y por primera vez en años, ella sintió que él estaba *presente*. Consciente. En calma.

Lan los observó desde el umbral. Cuando Sienna se giró para presentarlo, Rory ya se había levantado.

—Gracias por venir, tío. —Tendió la mano hacia Lan con una franqueza inesperada. Él la estrechó con respeto—. Me han dicho que se puede salir al jardín.

—Claro —dijo Sienna, sonriendo.

Salieron juntos al espacio exterior, un jardín sencillo con bancos de madera, parterres de flores de temporada y un pequeño camino circular de grava blanca. El sol acariciaba la piel, y el viento arrastraba olor a hierba cortada.

Rory caminaba con las manos en los bolsillos de su sudadera, su paso más lento pero firme, la mirada curiosa.

—Aquí las cosas son... distintas. Mejor —explicó—. No sé, es como si por fin alguien me hubiera bajado el volumen del caos en la cabeza. Y no solo es la medicación. Es la rutina. Las reglas. Que todo esté... claro.

Sienna lo escuchaba con el corazón apretado. Rory parecía *Rory*. El niño que se pasaba horas intentando arreglar radios rotas, fanático de los videojuegos y de *Star Wars*. El que, antes de que todo se torciera, solo quería protegerla.

—¿Estás… enfadado conmigo? —preguntó ella en voz baja, sin mirarlo.

Rory se detuvo.

—¿Por qué?

—Por traerte aquí. Por firmar los papeles. Por... decidir por ti.

Rory giró la cabeza y la miró, los ojos más claros, más enfocados.

—Sienna, tú llevas cuidando de mí desde que tengo uso de razón. Te pasaste años enteros renunciando a tu vida por intentar salvar la mía. Dormías en el suelo junto a mi puerta para evitar que me hiciera daño. Trabajabas de día, programabas de noche y me llevabas al hospital cada vez que tenía un brote. No me encerraste. Me salvaste. Otra vez.

Sienna parpadeó, pero las lágrimas le quemaban igual.

—Te lo debía. Eres todo lo que tengo.

—No —dijo Rory, mirándola con una media sonrisa—. Ya no. Ahora tienes a alguien más.

Rory miró entonces a Lan. Durante unos segundos, no dijo nada. Pero lo que dijo después, no lo olvidaría ninguno de los dos.

—Gracias por quererla como se merece.

Lan no respondió. Solo asintió una vez, con esa solemnidad que siempre tenía cuando sentía algo profundo. Luego rodeó los hombros de Sienna con un brazo, y ella se acurrucó contra su pecho, sintiendo cómo algo dentro de ella, algo roto durante tanto tiempo, estaba sanando.

No hablaron de Carson Maddox. No había necesidad. Ese nombre no tenía cabida en aquel jardín bañado por el sol, en medio de una paz que habían peleado por conquistar. Rory no lo necesitaba. Y Sienna no iba a permitir que el veneno del pasado manchara el nuevo futuro que estaban construyendo.

Allí, bajo el cielo de finales de primavera, los tres caminaron despacio, como si el mundo pudiera empezar de nuevo. Y quizás, para ellos, ya lo había hecho.

EPÍLOGO

La tarde caía sobre Chicago con una calidez propia de principios de verano. El sol teñía los edificios de un tono dorado mientras Brynn y Dominic caminaban en silencio por la acera tras bajarse del coche. El ambiente entre ellos era tranquilo, casi melancólico.
Brynn caminaba lentamente, una mano descansando sobre su vientre prominente, la otra aferrando con suavidad su bolso. Cada pocos pasos, giraba el rostro para mirarlo. Dominic estaba tan cerca, tan grande, tan presente… tan jodidamente perfecto que dolía. Iba con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, los antebrazos marcados y fuertes. Tenía el rostro sereno, contenido, como si ni una sola emoción pudiera cruzar la línea de su autocontrol.

Y eso la desesperaba.

Llevaba semanas fingiendo que podía con todo. Que no necesitaba más que su amistad, que podía gestar sola a un hijo, y que estaba perfectamente bien con mantenerlo todo en ese limbo doloroso. Pero en realidad… cada vez que lo veía sonreír, cada vez que le servía té por las noches o le traía fruta cortada por la mañana, deseaba que la besara. Que rompiera las normas que ella misma había impuesto. Que la hiciera suya.

Pero él no lo hacía.

Y eso lo hacía aún más insoportablemente adorable.

Dom, por su parte, lo sentía todo. Cada mirada de reojo, cada exhalación temblorosa de Brynn, cada roce accidental entre sus brazos. Pero estaba decidido. Ella había marcado los límites. Y él los

iba a respetar como si fueran mandamientos grabados en piedra. Sería su amigo, su apoyo, su sombra devota. Y rezaría, con cada célula de su cuerpo, porque llegara el día en que ella le dijera que estaba lista para dejarle ser lo que él ya era en su corazón: su hombre. Y el padre de ese bebé, biología aparte.

Fue entonces cuando doblaron la esquina y se encontraron con el caos.

Una dotación de bomberos ocupaba la acera frente al edificio de Brynn. No había fuego, pero una corriente de agua bajaba por la calle como si alguien hubiera abierto una presa. Brynn frunció el ceño, adelantándose, mientras Dom automáticamente le ponía una mano protectora en la espalda.

El casero, un hombre menudo con cara de susto, se acercó en cuanto la vio.

—Brynn, lo siento muchísimo. El depósito del tejado ha reventado. Los pisos superiores están inundados. También las escaleras y los ascensores. Hay filtraciones por todas partes. Vamos a tener que cortar el agua, la luz, y evacuar a todos los inquilinos. No hay peligro, pero… no vais a poder volver a entrar al menos en un par de semanas.

Brynn se quedó inmóvil. La mano en su vientre tembló ligeramente.

—¿Y… las cosas del bebé? —preguntó con voz hueca.

El casero bajó la mirada.

—No lo sé. Pero si estaban en la habitación del fondo… probablemente estén empapadas. Lo siento.

El aire pareció salirle del cuerpo. Brynn no dijo nada. Solo se quedó quieta, con la vista fija en la corriente de agua, como si su mundo se deshiciera lentamente con ella.

Dom no dudó.

La rodeó con un brazo, le giró el rostro con una mano grande y cálida en la mejilla, y la obligó a mirarlo. Sus ojos estaban tranquilos. Firmes. Inquebrantables.

—Te vienes conmigo.

Brynn parpadeó.

—Dom…

—No. No vas a dormir en ningún motel, ni en casa de Tess y Max. No vas a empezar a buscar apartamentos con treinta y siete semanas de embarazo. No vas a intentar arreglar esto sola. Vas a venir a casa. A mi casa. Esta noche. Y te vas a quedar el tiempo que haga falta.

—Pero…

—Todo lo del bebé que se pueda recuperar, lo traeremos. Lo que esté perdido, lo repondremos. —Su voz bajó, más suave, más grave —. No estás sola, Brynn. Ni tú ni ese bebé vais a dormir en otro sitio que no sea un hogar. Y el mío lo es para ti. Lo ha sido desde el primer momento.

La miró con intensidad. Sus palabras eran simples, pero llevaban la fuerza de una promesa irrevocable. El silencio se hizo eterno. Brynn tragó saliva. Se sentía como si una presa estuviera a punto de romperse dentro de ella. No por el agua, ni por la pérdida del apartamento. Sino por el amor. Por todo lo que sentía por ese hombre y no sabía cómo contener.

Lo miró durante un largo segundo.

Y finalmente, asintió.

—Vale. Me voy contigo.

Dom no sonrió. No necesitaba hacerlo. Solo la apretó contra él, con una ternura contenida, y besó su frente con una reverencia que le hizo arder los ojos.

Y mientras el agua seguía corriendo por la acera, Brynn supo que acababa de dar un paso irrevocable. Hacia él. Hacia ellos. Hacia una vida compartida, aunque aún no supiera cómo hacerlo todo.

Pero sí sabía una cosa: ya no tenía fuerzas para seguir alejándole. Y ya no quería.

FIN

¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Gracias por leer la historia de Sienna y Lan, si has llegado hasta el final sabes que la *Saga Vinyl* aun no ha finalizado. Con Sienna me pasó algo muy curioso, Cuando me planteé su historia con Lan quería que fuera algo fresco y juvenil, pero de repente puse una parte muy importante de mí en ella, el sacrificio de vivir tu vida para cuidar de un familiar enfermo, algo que me toca de cerca. Para mi es la pareja más entrañable y tierna de *Vinyl*.

Si habéis leído Protector y Faithful sabéis que esta es mi tercera novela y espero que os esté gustando toda la serie. Para los que aún no lo hayáis leído os recomiendo hacerlo, porque las historias de todos los personajes están entrelazados en los libros. Sea como fuere, mil gracias a todas mis lectoras, a las nuevas y a las fieles por llegar hasta aquí. A mi marido, gracias por aguantarme, por las noches de desvelo haciendo biberones y durmiendo a los niños. Que puedo decir, escogí bien. A mis lectoras de nuevo, si te ha gustado el libro por favor déjame una valoración o un comentario aquí , y si no te ha gustado también agradeceré sugerencias y propuestas de mejora.
Si quieres seguirme puedes hacerlo en mi página de Amazon y en mi Instagram ameliasautora.

Gracias, de corazón, a todos. Especialmente a esas mujeres que en algun momento se puedan sentir identificadas con mis personajes. Por ellas escribo historias.

Nos vemos en la siguiente entrega de la *Saga Vinyl*. No os haré esperar. Ahora les toca a Brynn y Dominic.

ACERCA DEL AUTOR

Amelia S.



Amelia S. es el nombre ficticio de una investigadora que desde muy joven le apasionan las novelas románticas, y ahora, después de ser madre por segunda vez, ha decidido contar sus propias historias. Los machos alfa dominantes han sido siempre su fetiche, pero como mujer que ha crecido en un matriarcado, busca escribir sobre mujeres fuertes, independientes y que hayan superado traumas y conflictos, que tengan cicatrices y aun así puedan ver la felicidad en el mundo.

Sus historias siempre tienen un final feliz, porque para finales amargos ya está la vida real.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Protector

Tess
Inteligente, decidida e independiente. Su infancia caótica con una madre irresponsable le hizo prometerse que jamás dependería de nadie, especialmente un hombre, para sentirse completa emocionalmente. Ha trabajado duro para ser la mejor cirujana pediátrica de Chicago. Centrándose en su carrera profesional siempre ha elegido hombres sencillos y seguros (y aburridos) con los que mantener una relación sin emociones profundas. Hasta que lo ve a él - Max Vaughn - atravesar las puertas de su sala de urgencias con su pequeño en brazos. Tess no tardará en descubrir lo equivocada que puede estar al creer que la opción sencilla es la más segura.
Max
Protector, fuerte y feroz. Ser padre soltero fue natural para él, su pequeño Parker es lo más importante de su vida. Crecer en casas de acogida le marcó, la vida callejera le enseñó y la vida militar le educó. Construyó una vida junto a sus hermanos, un negocio próspero que sirviera para mantenerlos seguros y estables. Y entonces cruzó las puertas de urgencias con su pequeño niño en brazos para encontrarse con ella, la Doctora Tess Mitchell - preciosa, exuberante, decidida y jodidamente inteligente - una mujer capaz de proteger a su hijo, de darle lo que siempre ha deseado, una mujer que puede ser su compañera, su igual, su mujer.

Pero entonces el ex de ella decide no aceptar un "No" por respuesta y la madre de su hijo empieza a manipular a todo el mundo para

obtener su custodia. Tess deberá superar sus miedos para luchar junto a Max por construir la vida que solo se han atrevido a soñar y Max pondrá en juego todos sus instintos protectores para mantener a salvo a la mujer que ama.

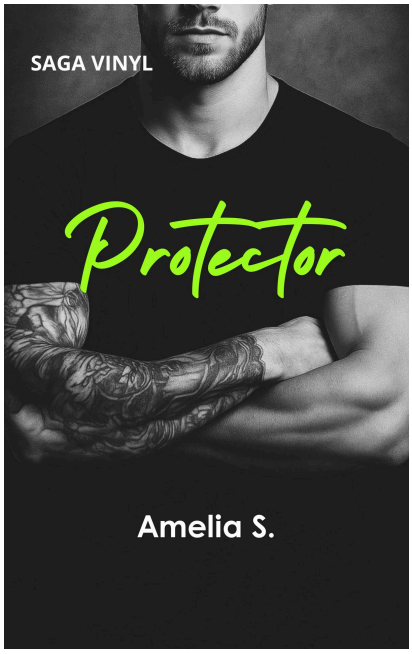
Protector es romance contemporáneo con suspense y escenas de alto voltaje. Un héroe que no se rinde. Una mujer decidida. Un niño que merece una vida segura. Bienvenidos a Vinyl.

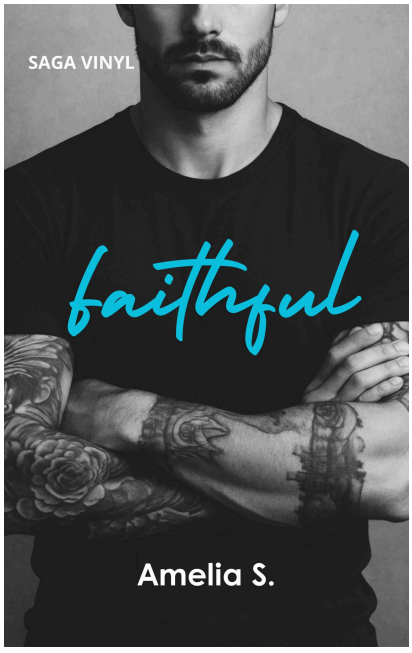
Faiuthful

Ivy
Divertida, inteligente y leal. Una de las mejores enfermeras pediátricas de Chicago y leal a las personas a las que ama. Cuando pone su vida en peligro e intercepta una bala para salvar a su mejor amiga, se despierta en el hospital para encontrar al hombre de sus sueños junto a su cama. Él la ha ignorado durante meses, dedicándole miradas intensas desde la distancia, pero incapaz de acercarse a ella.
Asher
Intenso, controlado y protector. Un exmilitar con un pasado difícil, acostumbrado a controlarlo todo a su alrededor, intenso y protector con su familia. Ha construido un próspero negocio junto a sus hermanos. Cuando la mujer que lo enloquece recibe un disparo dirigido a su mejor amiga, decide que quizá ha llegado el momento de dejar sus reservas a un lado y hacerla suya. Ella es malditamente brillante, luminosa, todo lo que siempre ha deseado.

Cuando el pasado de ella llama a la puerta y su vida está en peligro, Ash deberá poner todo de su parte para evitar que su mujer salga herida. Mientras tanto Ivy deberá aprender a confiar en Ash, en su lealtad y en que no la abandonará como han hecho todos hasta el momento.

Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.


SAGA VINYL
Protector
Amelia S.


SAGA VINYL
faithful
Amelia S.